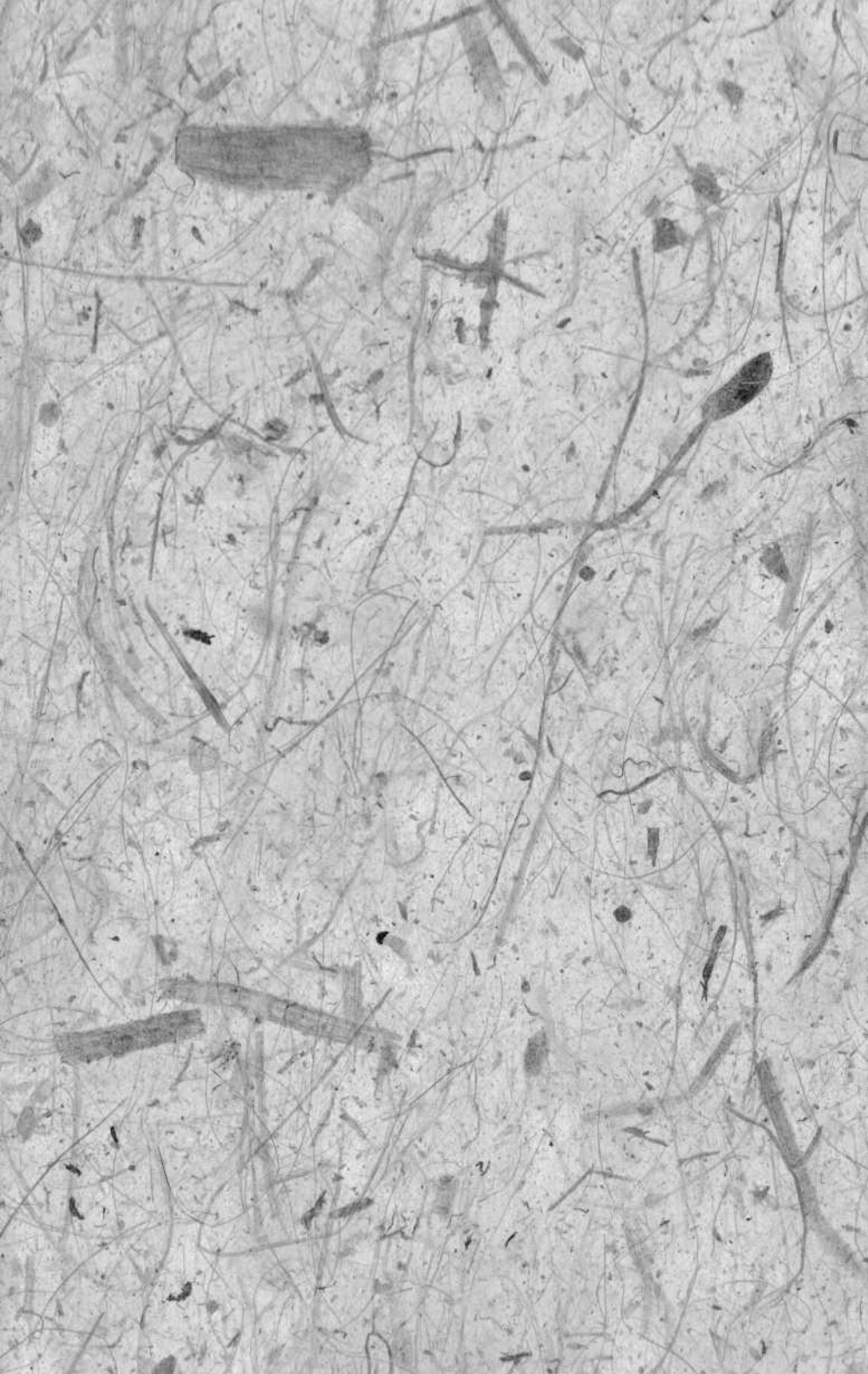


AUTOBIOGRAFIA





DG
COM

XL
90E

+ 1129035
C.

JOSE ESTRADA

AUTOBIO

GRAFIA

MIMO

RIS

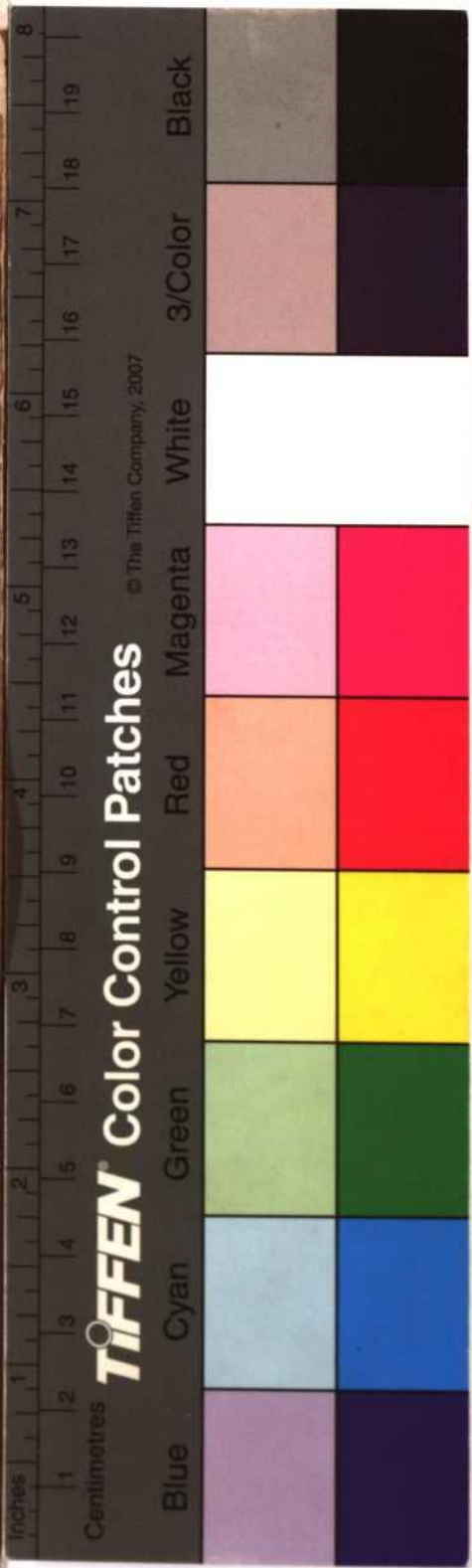
TI

CA



B. Carán f¹²

- Bernardo -



JOSÉ ESTRAÑA

AUTOBIOGRAFÍA

CARICATURAS DE MIRANDA

MADRID

LIBRERÍA DE LA VIUDA DE PUEYO

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 6

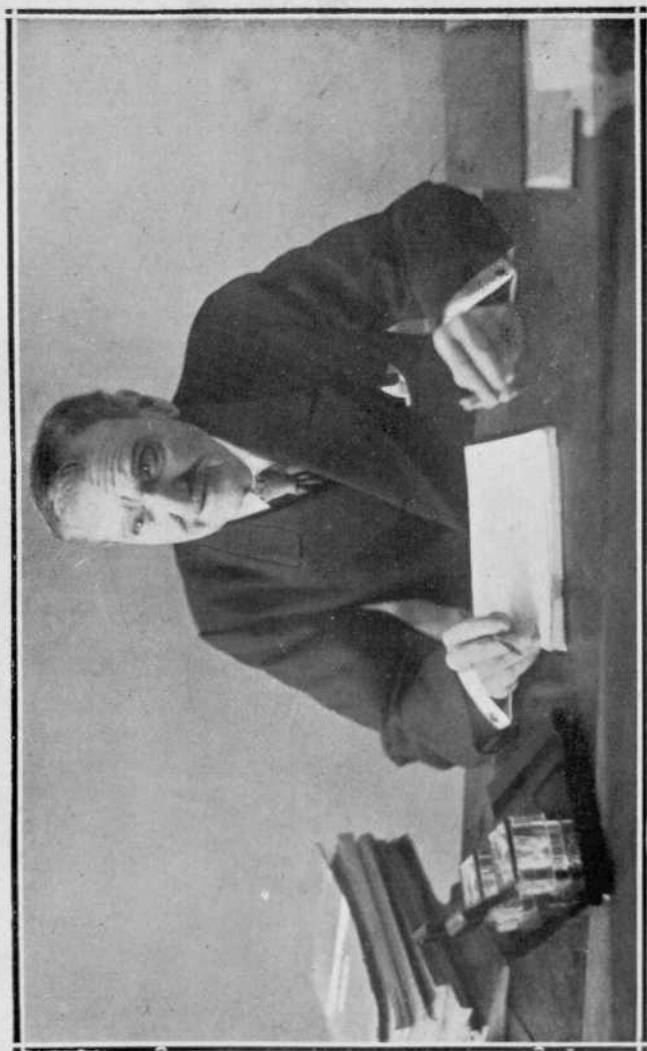
1919

Es propiedad. Queda hecho
el depósito que marca la ley.

SANTANDER

TALLERES TIPOGRÁFICOS J. MARTÍNEZ
CALLE DE LA CONCORDIA

1919



A la ilustrada y culta redaccion del "Diario
de Montañas" en testimonio de mi sincero
agraciamento

Iturrain

PRÓLOGO

Desde la cumbre de su vida, como viajero que desde la altura final de una jornada otea los senderos que acaba de recorrer, el maestro Estrañi se vuelve en este libro a mirar su largo camino, pocas veces llano, cómodo nunca, dificultoso siempre.

Reflejo de una vida honrada y laboriosa, toda desinterés, en la que el bien fué hecho sin darle importancia, entre donaires y burletas, este libro, hijo risueño de una conciencia sana, sólo respira alegría. Es la carcajada franca y sonora con que un hombre de bien celebra, sin otras alabanzas que su propio regocijo y su íntima satisfacción, el feliz éxito y la bondad de su obra. Es «la antiga gargalhada—de que habla Eça de Queiroz al lamentar la decadencia de la risa en estos taciturnos y complicados días—genuina, livre, franca, resoante, cristalina, que vinha da alma, abalava todas as vidraças duma casa, e, só pelo seu «toque» puro, provava a força, a saúde, a paz, a simplicidade, a liberdade.»

No juzguéis, temerariamente, por lo que en estas páginas se dice como un hombre frívolo a este pollo de 78 lozanos abriles, cuya juventud perenne, inagostable, envidiable, ejemplar y singular en este siglo de viejos, definen todos, hombres, machuchos y rapaces que empiezan a vivir llamándole con afectuosa, al par que respetuosa familiaridad, «Pepe Estrañi». No; no

son estas las Memorias de un hombre ligero y sin fundamento.

Don José ríe precisamente porque es un hombre de corazón sensible y alma delicada, y sabe ¿cómo no? de la tristeza y el dolor, que adivinaréis a lo largo de estas regocijadas páginas. Pero con claro concepto de las cosas y los hombres, sabe también que la tristeza y el dolor, que remotamente en los recuerdos se convierten en un placer melancólico, son tan íntimamente del que los padece, como los momentos deliciosos del amor de quien los goza, que deben permanecer callados y secretos para que el vocerío no los despoje de su encanto, y los manche y los marchite el torpe afán de saber de los curiosos o el gesto desdeñoso de los extraños.

El dolor castigo es para el que lo sufre; la risa don del cielo es para todos.

La risa es el sello, la credencial de los hombres buenos y cordiales. Desconfiad de esos sujetos sempiternamente serios que nunca han reído, que no pueden encontrar en el libro de los recuerdos el de una travesura. El cáustico reidor que se llamó Rabelais os dirá de ellos que carecen de la cualidad característica exclusiva del hombre; el vulgo, con más grosería que el párroco de Meudon, que tampoco tenía pelos en la lengua para llamar a las cosas por su nombre, ha encontrado en «la seriedad del burro» la imagen perfecta de la de esos hombres, fisonomías inalterables y rígidas, de músculos enmohecidos por falta de uso. He aquí los verdaderos hombres frívolos, seres sin espíritu, que como el grotesco personaje de la comedia, pueden declararse librepensadores «porque no piensan en ná».

Para reír hay que sentir, y por eso, porque tiene

sensibilidad el maestro Estrañi, ha sido siempre fiel devoto de la risa. De la bendita risa, que alegra, anima, atrae y conquista; la risa, optimista y bienhechora; la risa que, manejada por un hombre culto, de espíritu elevado, tiene fuerza de ariete.

Mucho debe sin duda el Santander moderno, industrial y emprendedor, que es en mucha parte la obra del impulso de este insigne periodista, a los artículos serios y definidores que a lo largo de sus largos años de continuadas y patrióticas campañas localistas hizo en «La Voz Montañesa» y en «El Cantábrico»; pero, si estas cosas fuesen susceptibles de peso y medida, seguramente la balanza o el metro ideal que las contrastase acusaría una mayor eficacia en las armas certeras de la ironía fina y el chiste ruidoso hábilmente manejadas en esas admirables «Pacotillas» que han extendido por toda España la popularidad del maestro Estrañi.

Un artículo vibrante puede enardecer a una multitud; un chiste oportuno hiere mortalmente a quien le sirvió de blanco.

«En tanto que Lutero reforma, Rabelais se burla. ¿Quién va más derecho al fin?» pregunta el padre Hugo.

¡Admirable labor, labor de cíclope que ha enardecido el hierro frío de la pasividad ciudadana a fuerza de machacar en él, la realizada por el maestro Estrañi entre burlas y veras, asegurando con agudezas la fuerza de sus martillazos certeros!

Nadie que tenga noción de lo que es, lo que impulsa y lo que impone el periodismo, podrá negar la considerable parte que la pluma seria o jocosa de Pepe Estrañi ha tenido en la transformación de Santander.

Esta forja de los pueblos nuevos es la gran obra, la obra beneficiosa, patriótica, humanitaria del periodismo moderno, nuevo Sigfredo que se atreve a todo y con todos y llega a todas partes sin que nada le detenga, sin el cual nada sería la Humanidad, que aún permanecería inerte y sin pensamiento tras la simple hoja de parra en la simplicidad de los largos siglos siguientes a los cándidos días paradisiacos, como antes de que los rapsodas, gaceteros primitivos, sintiesen la comezón de ir colocando de tribu en tribu las primeras crónicas de sucesos en toscos versos que despertaron en los pueblos las primeras ideas, inspiraron las primeras comparaciones e hicieron surgir las primeras ansias de mejora y progreso.

«El Cantábrico» es la obra de Estrañi y la obra de «El Cantábrico» es el impulso que ha dado a la renovación y transformación de aquel Santander pintoresco y estacionario del muelle Naos, los callealteros, los Colindres y los señoritos pillos de playa, que pudo desaparecer sin pena porque vive vida inmortal en las áureas páginas peredianas, en este Santander nuevo y progresivo, todo tráfago de gran ciudad industrial, emprendedora, rica, culta y moderna.

A Santander, de la que hizo su segunda patria, consagró el maestro Estrañi lo mejor de su vida, y Santander paga al periodista insigne, que tanto laboró por ella, en cariño y consideración. Hay que oír el afecto y el respeto con que allí todos pronuncian el nombre del antiguo demagogo, que un tiempo alarmó con sus juveniles atrevimientos, muy de aquella época en que las ideas políticas se manifestaban violentas y retumbantes, a todas las personas timoratas, como si dijéramos, la casi totalidad del censo santanderino, que creyendo poco para Pepe Estrañi el destierro, la cár-

cel y la muerte, pedían para el pacotillero que los asaeteaba con sus burlas, nada menos que el infierno... al cual, para no darles el gusto de verle en prisión, emigró un día el empecatado don José para freir desde allí a sus adversarios, con más fuego que en las calderas del señor Pedro Botero, con aquella graciosa serie de «Cartas del Infierno», que duró un año, hasta que el espíritu elevado y generoso de Canalejas le incluyó en un indulto general.

Una sentencia popular establece que para que un hombre pueda considerar fructífero su paso por el mundo, debe haber plantado un árbol, escrito un libro y tenido un hijo... El maestro Estraña puede enorgullecerse de mucho más: de haber cooperado a hacer un pueblo, sin otra aspiración ni más ambiciones que la satisfacción de haber cumplido su deber de ciudadano.

Para saber de qué modo en este hombre ha sido el ejercicio de su noble profesión sacerdocio y austeridad, basta hacer como hizo un día el humilde aprendiz de periodista que suscribe, devoto fervoroso de los santiños de su santoral profano, la peregrinación a aquel tercer piso de fatigosas escaleras para los setenta y ocho años del maestro, en el que vive modestamente, casi diríamos mejor ascéticamente el admirable «pacotillero» que pudo hacer su pacofilla con la venta de esa pluma que dió generosamente a «su» pueblo, con aquel desinterés y alegría que son la característica de este hombre honrado y bueno.

Y ahora, en la hora melancólica del descanso y los recuerdos, el maestro, bien hallado en su taller y con su oficio, en vez de salir a la puerta de su fragua para exponerse a la admiración de los transeuntes, gusta de reunirse alegremente con sus oficiales en el patio interior y recogido de su casa, a la sombra familiar y

fresca de una amorosa parra, y de contarles, mientras escancian el vino fresco y comunicativo, los sucesos regocijados y pintorescos de su vida. Nada de ponerse enojosamente serio para jactarse de su obra.


Alegría, señor; porque la alegría es una hada buena que lleva a donde se quiere, salva de todos los peligros e inclina las almas al bien.

¡Salud, maestro!

Salud y alegría.

ALEJANDRO PÉREZ LUGÍN.

(Don Pío.)



EGO SUM QUI SUM

Para que las generaciones venideras se enteren de quién fui yo y de lo que hice en este mundo, así como también de mi psicología, de mi fisonomía, de mi antropología, de mi filosofía, de mi fantasía y de mi mala suerte en la Lotería, escribo mi autobiografía.

No creo yo que sea necesario más exordio, destinado casi siempre a preparar el ánimo del lector con disertaciones filosóficas, citando a Schopenhauer, a Balmes, a Kant, a Rousseau, a Volney, a Novejarque, a Curro Cúchares y a otros sabios antiguos y modernos, para demostrar con ello cultura y erudición, como se procura demostrar también galanura de estilo, elegancia de léxico y profundidad de ideas, empleando pensamientos más o menos transcendentes, galas retóricas y poéticas, más o menos poéticas y retóricas, modismos arcaicos, ironías satrápicas, (*innovación mía*) y otros modos superferolíticos de obtener patente de cerebro privilegiado, al alcance de todas las fortunas fosfóreas.

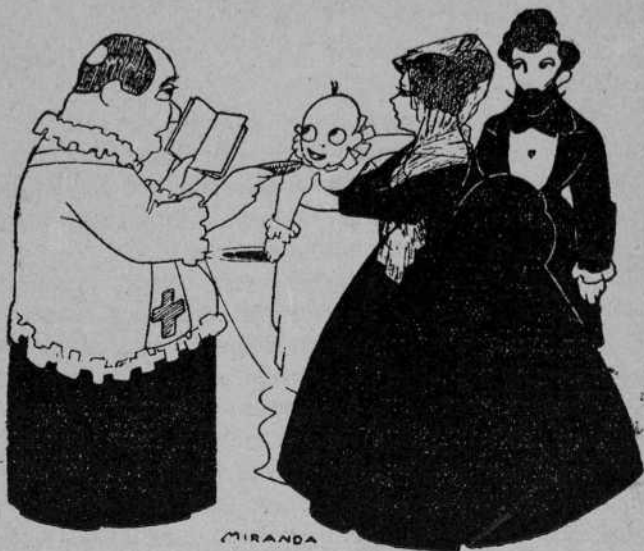
Basta, pues, de exordio, que maldita la falta que hace, y entremos en materia:

Vine a este mundo el año 1840, en Albacete, para ser conterráneo de don Quijote de la Mancha.

Nací de padres pobres, pero catalanes. Él natural de Barcelona y ella de Tarragona. Se me arrasan los ojos de lágrimas al recordar a los que me dieron el ser. Eran buenisimos. Permítaseme este sollozo del alma.

No me acuerdo si, al nacer, saludé al año 40 con algún soneto filosófico o con alguna redondilla taumática.

De lo que sí me acuerdo es de que en el acto del bau-



tizo le dije al *páter*, porque me echó sal en una oreja:

Señor cura, ¿cómo así
a poner la sal no atina?
¡Fijese usted más en mí
y menos en la madrina,
so cañí!

Como esto provocó la hilaridad de los concurrentes al acto, digo yo ahora si sería en aquel momento cuando se inició mi vocación a cultivar la literatura humorística.

Yo creo que sí.

Con motivo de pertenecer mi buen padre al ramo que se llamó *de la tralla*, después de ejercer de postillón y otros oficios análogos, fué ascendido y pasó a desempeñar el cargo de sobrestante en la Empresa de Diligencias Postas Generales, cargo que le obligaba a cambiar de residencia a cada momento.

Por eso, accidentalmente, nació yo en aquella capital manchega, como uno de mis dos hermanos en Medinaceli (Soria) y el otro en la Corte de las Españas.

De modo que representábamos en el seno de la familia a Madrid, Barcelona, Tarragona, Medinaceli y Albacete.

Quando se estrenó en Madrid
con un éxito grandísimo
El orgullo de Albacete
de argumento graciosísimo,
tuve hasta la tentación
de dar gracias, por escrito
o verbalmente, al autor,
dándome por aludido.

Pero luego recordé que había salido yo de allí, o mejor dicho, me habían sacado a los tres meses de nacer y no era posible que fuera yo el *orgullo* de mi pueblo.

Ilusiones que se hace uno.

DE ACÁ PARA ALLÁ

De Albacete me llevaron a la Venta Juanilla, provincia de Segovia, donde mis padres instalaron el parador de diligencias. No conservo ni el más mínimo recuerdo de la Venta Juanilla. Se conoce que yo entonces no me ocupaba más que en dormir y en lactar.

De la Venta Juanilla, algún tiempo después, no sé cuánto, fuimos a parar a Madrid, donde residimos en una casa cocherón situada cerca del sitio que hoy ocupa el café de Fornos, en la calle de Alcalá.

Tenía yo entonces seis años, había aprendido a leer en la escuela y recuerdo que todo mi afán era leer las coplas de ciego que se publicaban entonces. En cuanto me daban dos cuartos corría a comprar una copla en el puesto que tenía un vendedor de ellas en la esquina de la iglesia del Buen Suceso, en la Puerta del Sol.

¡Después dirán que no tengo memoria!

La lectura de aquellos estupendos romances despertó en mí la afición a escribir versos.

¡Oh, la vocación...!

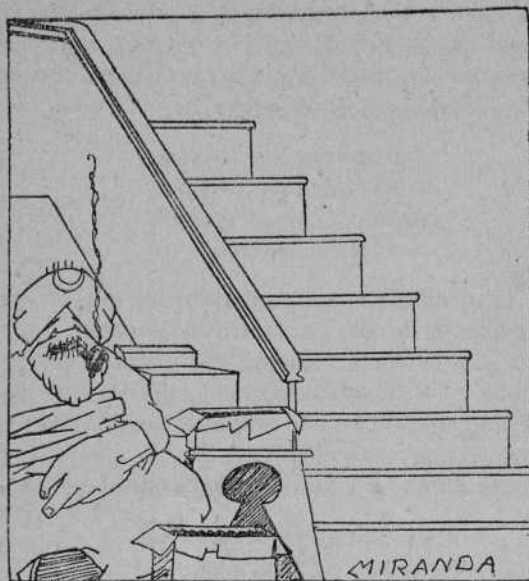
En aquella época la calle de Alcalá era como la de un poblachón. Las tiendas carecían de esos lujosos escaparates que se ven hoy. Las lencerías tenían las muestras colgadas a la puerta; las tiendas de comestibles, bacalao y chorizos extremeños; las guarnicionerías, albardas, sillas de montar y collares de cascabeles.

Y así los demás establecimientos.

No se me ha borrado de la memoria un morazo vestido a la usanza del Riff, con un descomunal turbante, y que tenía una tienda en la misma calle de Alcalá, y a cuya puerta se hallaba sentado en cuclillas vendiendo dátiles, pasas, higos y otras golosinas análogas.

Los chicos podíamos jugar entonces hasta en medio de la calle de Alcalá, porque sólo rodaban por ella los ómnibus, los carros de Sabatini y algunos coches de particulares.

Hoy los chicos, y hasta las personas mayores, tienen que ir muy arrimaditos a las paredes de los edificios si no quieren ser víctimas de automóviles, tranvías, motocicletas e infinidad de carruajes que se cruzan sin cesar, no de-



jando pasar, sin peligro, a los transeuntes de una acera a otra.

¡Cómo ha cambiado Madrid desde aquella época!

¡Y qué pocos debemos de ser ya los testigos auténticos de la transformación!

Los habitantes de Madrid hogaño, me hacen mucha gracia cuando, hayan nacido o no en la villa del oso y del madroño, se las echan de *madrileños castizos*.

—¡Taday, probeza! puedo yo decirles. ¡Qué me venís a mí a contar, que he ido en ómnibus por dos reales desde la Cibeles a la Fuente Castellana por un angosto callejón, que es hoy el amenísimo y hermoso paseo de Recoletos!

¿Habéis visto, como yo, la puerta de Alcalá, cuando había que pasar necesariamente por sus arcos para ir a la

plaza de toros que estaba situada a pocos metros de ella?
 ¡Como que la mandó edificar el gran Rey Carlos III,
 expresamente, sin duda, para que yo pasara por ella para
 ir a los alrededores del circo taurino

a presenciar los despojos
 de los taurinos desastres
 desde el famoso tendido
 de los sastres,

que era la localidad a donde íbamos los que no teníamos
 dinero para ver la corrida dentro de la plaza!

Pero, desde fuera, oíamos los gritos y los aplausos
 del público y contemplábamos los cadáveres de los caba-
 llos y de los toros, que por no haber corral *ad hoc* los sa-
 caban las mulillas a la cochina calle.

¡Oh tempora! ¡Oh mores! ¡Oh tiempos de los moros!

¡Qué diferencia de tiempos,
 de modas, de figurines,
 de costumbres, de vehículos,
 de usos y de zepelines!

EN LEÓN

Cuando yo tenía ya siete años y cuatro días, se tras-
 ladó mi familia a León, donde mi buen padre instaló el
 parador de diligencias en la plaza de San Marcelo, frente
 al Teatro, y luego se trasladó a la plaza de San Francisco,
 frente a los jardines y al Hospicio. Mi padre desempeñaba
 también el cargo de administrador de las Diligencias que,
 procedentes de Madrid diariamente, empalmaban en León
 con otras de la misma empresa que salían para Oviedo y

para la Coruña, como las que venían de ambas poblaciones empalmaban con la que salía para Madrid, y éstas eran muy grandes y se llamaban góndolas.

En León concluí mis estudios de escuela primaria, que

había empezado en Madrid con aprovechamiento, dicho sea todo lo inmodestamente que sea preciso para el buen parecer. Durante aquel tiempo de educación escolar, con arreglo a la pedagogía de entonces y al método de enseñanza en vigor, fundado en el estúpido aforismo de «*que la letra con sangre entra*», me dieron palmatazos, tirones de orejas, pellizcos

y hasta azotes. Este último castigo se infería desnudándole a uno de cintura para abajo, montándole a cuestras de otro chico y asestándole unos cuantos golpes con unas disciplinas, lo que se llama a... pajarero. Era un espectáculo muy instructivo y muy edificante para los chicos de la escuela.



Renuncio, como dice don Juan Tenorio, a relatar mis hazañas y mis travesuras infantiles en León. Ni me acuerdo de ellas tampoco. Una de las que conservo en mi memoria fué que una mañana me puse a ayudar a misa en la iglesia de San Marcelo y lo hice con tanta torpeza que



tocaba la campanilla cuando me parecía bien, haciendo reír a los fieles a carcajadas.

Yo me atreví a desempeñar el oficio de monaguillo, porque otro chico me dijo que a los que ayudaban a misa les daban dos cuartos y cuando yo entré en la sacristía a cobrar mis honorarios, el

señor cura me dió, en vez de los dos cuartos, un puntapié y unos cuantos mojicones de esos que no sirven para tomar chocolate.

Se vió de este modo,
por demás sencillo,
que yo no servía
para monaguillo.

Como todavía en aquella época no había Instituto de segunda enseñanza, por lo menos en León, terminada la

primera, me puso mi padre a estudiar latín en la cátedra de un dómine, don Justo García de la Foz. Tres años, por mañana y tarde, los reglamentarios, estuve aprendiendo desde el *musa musæ*, pasando por el *quis vel qui* (todos los burros paraban ahí), hasta las traducciones de Tito Livio, Ovidio, Horacio, etcétera.

Don Justo se indignaba contra el Gobierno por la prohibición, recientemente dictada, de infligir castigos corporales a los alumnos, recordando que a él le habían enseñado a fuerza de golpes. ¡*La letra con sangre entra!* repetía muy encoraginado, y con una correa doble, que llevaba siempre en la mano, nos hacía cada cardenal y con tanta frecuencia, que algunos alumnos salían de cátedra muchos días con un cónclave en todo el cuerpo.

Yo era de los discípulos más aventajados, aunque me esté mal el decirlo, y, así y todo, no me libré de los correazos del dómine.

¡Como que arreaba con más frecuencia y más fuerte, precisamente para llevar la contraria al Gobierno!

Seguramente diría para sí al dar los correazos: ¿A mí con imposiciones gubernamentales? ¡Naranjas de la China!

¿Y saben ustedes para qué estudié yo tres años de latín?

¡Para ingresar en el Seminario Conciliar a seguir la carrera eclesiástica! ¡Yo eclesiástico! ¡Qué bromas gasta el sino de las criaturas!

Bueno; terminó mi infancia
sin quebrantos de salud
y entré en el período de
la primera juventud.

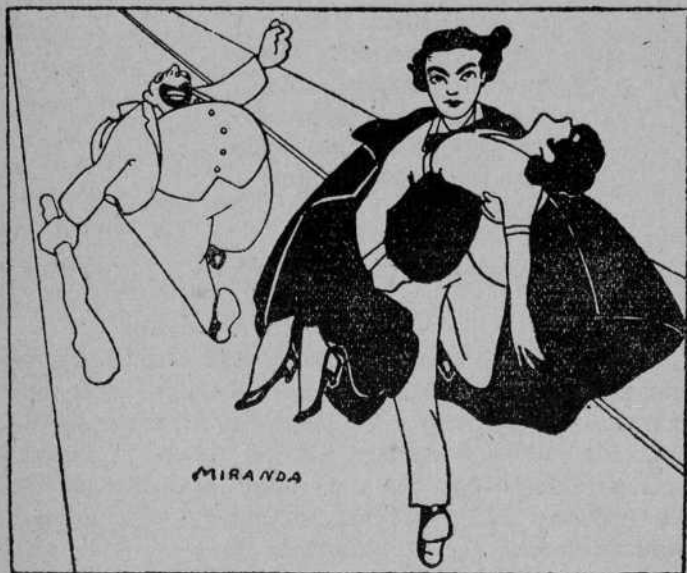


MIS PRIMEROS AÑOS JUVENILES

Al terminar mis estudios de latín, había yo leído *Las Ruinas de Palmira*, de Volney; *El Diablo Mundo*, de Espronceda; *Las capilladas*, de Fray Gerundio (don Modesto de Lafuente); *El Semanario pintoresco* y algunos libros de ideas avanzadas escritos por los filósofos de aquella época, de modo que al poco tiempo de vestir el manto y el tricorno, que me sentaban muy estéticamente, colgué

los hábitos y presenté la dimisión de seminarista con carácter de irrevocable.

A ello me indujeron también unos ojos negros que me tenían achicharrado.



Me lancé, no sin rubores,
a románticas empresas
de platónicos amores;
¡porque hay que saber, señores,
cómo eran las leonasas!

Garbosísimas andando,
encantadoras riendo,
hipnotizantes mirando,

sujestivas conversando
y pintorescas vistiendo.

Las artesanas, ¡qué trazos
fisonómicos! ¡qué porte
gentilísimo! ¡qué ojazos!
¡qué moños de picaporte
llenos de cintas y lazos!

Si lo dudas, lector, párate
antes de ponerme puntos
y a preguntarlo prepárate
a *un tal* Gumersindo Azcárate, ⁽¹⁾
¡Las piropeamos juntos!

EN OVIEDO

Decidido a no continuar estudiando para decir misa, no sabía mi pobre padre qué hacer conmigo, ni yo sabía tampoco por dónde tirar. Un amigo del autor de mis días y de mis noches, le aconsejó que me llevara a Oviedo a estudiar Matemáticas, que son, decía, «la madre de todas las Ciencias». Me lo propuso mi padre y yo le contesté inmediatamente que sí, encantado de ver nuevos horizontes.

Estuve dos años escolares en la capital de Asturias, cursando la asignatura de Matemáticas en la Universidad.

En el primer curso me dieron la nota de aprobado (de bueno se llamaba entonces) cometiendo el tribunal una tremenda notoria injusticia, porque debí ser fusilado

(1) Así salió en la primera edición, cuando aún vivía mi querido amigo de la infancia el ilustre Azcárate, que ha dejado de existir, cuando ya estaba yo preparando la edición esta. ¡Descanse en paz el glorioso maestro!

sin formación de causa. ¡Si sabré yo que no sabía una palabra ni de Álgebra, ni de Geometría, ni de Aritmética, ni siquiera de la tabla de logaritmos!

—¿Cómo se eleva al cubo? me preguntó un día el catedrático, que recuerdo se llamaba Terreros.

—Con una cuerda, le contesté muy serio.

El 2.º año (1855) se suspendió el curso en mitad del invierno, por la presentación del cólera morbo asiático, del que tuve el honor de ser uno de los primeros casos con carácter grave.

Y si no, ahí está vivo, y por muchos años más lo esté, mi amigo don Tomás Iturriaga, el cual, compañero mío de hospedaje en aquella ocasión, lo puede testificar.

En aquella sazón era Iturriaga corista-partiquino de una compañía de zarzuela que actuaba en el teatro de Oviedo. Recuerdo que era muy delgado y muy alto.

¡Lo que cambió después el buen Tomás en carnes, por delante y por detrás!

Accediendo a mis ruegos, Iturriaga, la mayor parte de las noches me entregaba un lío de ropa para que yo se lo llevara al Teatro, y con el pretexto del lío, me dejaban entrar los porteros. Yo desempeñaba esa misión con mucho gusto, porque así gozaba del espectáculo teatral, que era la mayor ilusión de mi vida y que, sin ese procedimiento, no hubiera podido gustar por falta de conquis.



Dos años después de la ocasión a que me refiero, era Iturriaga uno de los bajos de zarzuela más notables que han pisado las tablas. ¡Qué poeta aquél de *Campanone!* ¡Qué clérigo en *El loco de la Guardilla!* ¡Qué *Caballero particular!* ¡Y qué otra porción de personajes que interpretaba admirablemente!

Pues, como digo, Tomás Iturriaga fué mi enfermero en aquella ocasión, auxiliado por otro compañero de hospedaje, famoso escritor en aquella época: don Nicolás Castor de Caunedo, a cuya memoria dedico este recuerdo cariñoso.

Yo creí, entonces, que el cólera acababa conmigo.

¡Rediez, qué ahogos, qué cursos, no universitarios, y qué calambres anunciando la proximidad del gori-gori!

Afortunadamente, y gracias a la Divina Providencia, yo no sé cómo fué. Perdí el conocimiento, me cubrieron con una sábana, dándome por difunto, y a las seis horas resucité pidiendo jamón con chorreras y solomillo con patatas.



Al día siguiente salí de la ciudad colérica sobre un colchón en un carro-mato, acompañado de mi amigo de la infancia y compañero de estudios y de hospedaje Pepe Centeno, cuya familia tenía una fonda en el puerto de Pajares, donde pasé quince días de convalecencia, porque el papá de mi compañero, muy amigo de mi padre, no me dejó pasar de allí hasta que no me restableciera por completo. La nevada era formidable; se cerró de nieve la puerta de la fonda y estuvimos dentro encerrados durante quince días, pero con una compañía de jamones, chorizos y morcillas, que me tenían encantado. Licuada la nieve y yo restablecido del todo, continúe mi viaje a León, despidiéndome con tristeza de aquellas *porquerías*.

Pepe Centeno sí que era buen estudiante de Matemáticas. Terminó la carrera de Ingeniero de Minas, llegó a ser Gobernador de Manila y gobernó tan *clericalmente* que fué destituido por la influencia de los frailes.

Hay que leer la Memoria y los libros que escribió a su regreso en España para conocer el cúmulo de errores, de atropellos y de atrocidades de todo género que sufrían los pobres filipinos por parte de las huestes de Nozaleda, durante su dominación absoluta en aquellas islas.

Pues, como iba diciendo, en vista de mi ineptitud para las matemáticas y mi aversión a volver a Oviedo por lo del cólera, resolví de plano renunciar a la gloria de ser un Arquímedes o un Pitágoras; (Aquí-me-des o Pinta-gorras, como decía Manuel del Palacio.)

Y desde aquel momento ¡qué variedad de vocaciones surgieron en mí!

Me atraían el Teatro, el Arte pictórico, la Poesía, todo ¡menos la Música!

¡OH LA MÚSICA!

Para que se vea mi absoluta ineptitud para ese divino arte, vayan dos anécdotas.

Los socios del Casino del Iris en León, lamentando que no hubiera una orquesta en aquella capital, muy atrasada entonces en todo, acordaron aprovechar la ocasión de haberse domiciliado allí un profesor forastero, para que los hijos de los socios recibieran sus lecciones.

Mi buen padre me preguntó si yo quería aprender música y, naturalmente, le dije que sí. ¡Yo no decía a nada que no!

Ingresamos, pues, en el estudio unos diez o doce jóvenes el mismo día.

Algunos meses después, mientras mis condiscípulos formaban ya una pequeña orquesta, tocando cada uno el instrumento de su predilección, yo continuaba solfeando con el profesor sin pasar de la escala Do, re, mi, fa, sol, etc.

¡Como que hartó ya el buen hombre de mí, fingió una tarde que yo le había faltado al respeto—lo que no era verdad—para ponerme de patitas en la cochina calle.

Así lo confesó él mismo noblemente años después figurando en una función teatral de aficionados como director de orquesta y yo como director de escena en las obras de verso.

Se trató en la Junta de qué obra lírica se iba a representar y se eligió *Buenas noches, señor don Simón*, que estaba entonces en boga. ¡Como que creo que fué la primera zarzuela que se escribió!

Al tratarse del reparto dijo uno de los de la Junta:

—El papel del tenor cómico, lo puede hacer Estraña.

—¡No, por Dios! exclamó entonces el profesor. Con

decir a ustedes que le tuve que calumniar para echarlo de mi estudio porque en seis meses no conseguí que aprendiera a solfear la escala, ¡figúrense ustedes si tendrá condiciones para cantante!

Nos reímos todos—y yo el primero—de la franca declaración de aquel maestro en el arte de Beethoven.

Otra muestra de mi buen oído



para la música, la dí una noche en el teatro Calderón de Valladolid, estando en una fila de butacas en compañía de Ferrari, Macías Picavea, Caravias y otros.

Estaba tocando la orquesta una pieza musical y dije yo a mis adláteres:

—Yo he oído esto en alguna parte y no sé dónde. ¿De dónde es?

La contestación fué una ruidosa carcajada de todos ellos.

¡¡Era la jota aragonesa!!

En cambio para la declamación ya era otra cosa, aunque me esté mal decirlo.

Ingresé en una sociedad de aficionados a representar comedias y pronto superé a todos mis compañeros.

Gané la mar de ovaciones en *El Puñal del Godo*, *La tienda del Rey don Sancho*, *Verdugo y Sepulturero* y después en *Margarita de Borgoña*, *Los dos Validos* y una porción de obras dramáticas de repertorio en aquel tiempo.

Y aquí viene bien una anécdota:

JAIME EL BARBUDO

No recuerdo con qué patriótico motivo me llamó el Gobernador de la provincia a su despacho para suplicarme que organizara una función benéfica en el Teatro.

Yo entonces no sabía nada de política, ni me interesaban los progresistas, ni los moderados, ni los demócratas.

Reuní a la Sociedad de aficionados y aceptaron con entusiasmo la proposición del Gobernador, cargo que entonces tenía la denominación de Jefe político.

Como yo tenía grandes deseos de representar la obra de Sixto Cámara, titulada *Jaime el Barbudo*, que había leído, gustándome extraordinariamente, se la propuse a la Sociedad y fué aceptada por todos.

Conque fuí a ver al Gobernador y le dije:

—Estamos dispuestos a hacer la función benéfica patriótica.

—¡Hombre, cuánto lo celebro! ¿Han elegido ustedes ya la obra que van a poner en escena?

—Sí, señor: *¡Faimé el Barbudo!*

—¡Rechuflas! exclamó el Gobernador, botando en su mullido butacón.

—¿Le parece a usted difícil? Pues ya verá usted qué bien sale.

—¡Si no es eso, criatura! ¡Si es que está prohibida!

—¿Por qué?

—¡Porque es demoledora de los cimientos sociales!

—Bueno, pues nosotros no queremos demoler nada; pero nos gusta mucho esa obra y estamos decididos a representar esa o ninguna.

—Pero, hombre...

—Nada, nada, lo dicho. ¡Quede usía con Dios!

Circuló este incidente por todo León y hé aquí que se me presenta en mi casa nada menos que don Juan Téllez Vicén, catedrático entonces de la Escuela de Veterinaria leonesa y después, en Madrid, doctor en Medicina y una de las ilustraciones más sólidas y que más han honrado a la Ciencia española.

Como don Juan era republicano, aunque se llamaba demócrata, porque lo primero era ilegal, creyó que mi actitud obedecía a mis ideas avanzadas y que había aprovechado la ocasión para protestar contra la prohibición de la obra del gran Sixto Cámara, y abrazándome con mucha efusión me dijo:

—¡Así debe ser la juventud, así! ¡Liberal, redentora y rebelde!

—Señor, ¿pero a qué viene esto? decía yo para mis botones. No me explicaba yo aquellas exaltaciones entusiásticas. Pensaba yo: ¡Este tío debe de estar mochales!

Como tampoco me he explicado todavía por qué, a pesar de la prohibición de *Jaime el Barbudo*, el Gobernador me comunicaba tres o cuatro días después que autorizaba su representación.



Fué un exitazo enorme. Tuvimos que repetirla tres noches más. Les juro a ustedes, mis queridos lectores, que no exajero.

¡Con qué arranque y con qué gesto *feroche* decía yo aquellos versos en que Jaime refiere por qué y cómo se dedicó a la honrosa carrera del bandidaje:

«Los hombres me ultrajaron,
cruelles me escarnecieron
y a la selva me arrojaron...
¡Y todos juntos temblaron
cuando en la selva me vieron!»

Aplaudían los espectadores, se desmayaban las espectadoras y las niñas románticas sentían deseos de que yo las llevara conmigo a la selva. ¡Ilusiones del pobre señor!

Por aquel tiempo, los elementos liberales de León fundaron un periódico semanal titulado *El Escla*, y por indicación de don Juan Téllez Vicén, que desde lo de *Faime el Barbudo* me había cobrado paternal cariño, fuí nombrado secretario de la Redacción con seis duros mensuales. El primer dinero que he ganado en mi vida. En ese periódico fué donde puede decirse que empecé a escribir gacetillas en verso y prosa y donde ya me orienté en el campo político.

Pero mi padre estaba preocupado. Todo aquello no era punto de partida para ninguna parte y no sabía qué hacer conmigo.

Como me dió una temporada por dibujar y a mí me pareció que los mamarrachos que yo hacía en casa eran la revelación de un Velázquez o de un Goya, le dije a mi padre que yo había nacido para pintor de cuadros.

Lo consultó con algún consocio suyo del Casino del Iris, a quien mostraría mi álbum; el amigo, para darse tono de inteligente, le diría que todo aquello era de un mérito superior y cátrate que me dice mi padre:

—Te voy a llevar a Madrid a que *te perfecciones* en el Arte de la pintura. ¿Quieres?

—¿Que si quiero? ¡Para luego es tarde!

Lo que más me encantaba y agujoneaba mi deseo de ir a Madrid era las cosas que yo oía contar a los leoneses que habían estado ya en la Corte; la calle de Alcalá, la Cibeles, la bola del Ministerio de la Gobernación, las corridas de toros y sobre todo el «maravilloso edificio» que había levantado el Maragato Cordero en la Puerta del Sol, próximo a la entrada de la calle Mayor y en el cual está instalado desde hace mucho tiempo el «Bazar de la Unión»

En aquella época, a los que hacían un viaje a Madrid en diligencia, que era el medio más rápido de hacerlo, les preguntaban, al regresar, para que expresaran la admirativa impresión que les había causado:

—Habrán ustedes visto aquella maravilla arquitectónica: ¡la casa de Cordero!

Para muchos *isidros*
era, cuando yo fui,
aquella vulgar casa
lo mejor de Madrid.

Los que hayan fallecido
de aquellos de mi edad,
por lo cándidos que eran
¡en el Limbo estarán!

EN MADRID

Mi padre y yo llegamos a Madrid y por consejo de amigos suyos residentes en la villa del oso, fuímos al estudio del célebre pintor de Cámara, profesor de doña Isabel II, don Antonio María Esquivel, que me admitió en la sección de dibujo, mediante veinte duros mensuales de honorarios por dos horas diarias de Academia, salvo los días festivos.

A los seis meses de práctica se convenció mi ilustre profesor de que no llegaría nunca a eclipsar al Greco y me dijo una mañana al examinar mi trabajo:

—Tengo el deber de comunicarte con franqueza que no tienes aptitudes para pintar al óleo.

—¿.....?

No sé expresar mi consternación más que con esos puntos suspensivos.

—Pero no te desalientes, añadió al notar el efecto desastroso que había causado en mi espíritu su autorizado dictamen.

—¿Que no me desaliente?

—Lo mismo se puede ser un gran artista pintando al óleo que pintando al fresco, y para esto último sí tienes aptitudes.



—¿Al fresco? ¿Como Goya?

—¡No; al aire libre, pintando fachadas!

No recuerdo si me desmayé. Yo creo que sí.

Don Antonio Esquivel fué compasivo conmigo. Escribió a mi padre diciéndole que había observado que yo era miope, defecto de mucha importancia para el Arte de

la pintura, y que le aconsejaba, en vista, mejor dicho, en *no vista* de esto, que me encaminara por otro rumbo.

Así dejé de ser discípulo del gran don Antonio María Esquivel y condiscípulo de la Reina doña Isabel II.

Me salvó don Antonio
de la paterna homilia...
¡Pero qué honor perdido
¡ay!, para la familia!

Yo también escribí a mi padre comunicándole la fatal nueva y diciéndole que ya que la miopía me imposibilitaba de ser pintor, quizá podría yo llegar a ser un glorioso confitero, pretexto mío para seguir viviendo en Madrid, porque yo no tenía más aptitudes para el arte de Gerardo Varona, que mi afición a comer merengues y otras golosinas.

Mi padre accedió con toda la bondad que le caracterizaba y me matriculó, pagando dos pesetas diarias, en la confitería de Blanco, calle de Peligros, donde estuve de aprendiz una temporada de seis o siete meses.

¡Qué había yo de aprender a hacer confituras! Lo único que aprendí a hacer fué huevos hilados y eso porque me gustaban mucho y me comía yo la mitad de la obra.

Fracasado también como confitero, escribí a mi padre diciéndole que mi vocación verdadera era la de cómico (¡en eso sí que estaba yo en lo firme!) y que me permitiera matricularme en el Conservatorio de Declamación.

Hasta ahí ya no llegó la benevolencia paternal. No se había aún desarraigado de muchas gentes el calumnioso concepto que de los cómicos habían heredado de sus rancios antepasados, porque todavía no había ingresado en el arte escénico un Grande de España como Fernando Díaz de Mendoza, aunque ya pertenecían a la clase her-

manos políticos de altos personajes, como el insigne don Julián Romea, y condecorados con Grandes Cruces, como don José Valero.

Y como mi amadísimo padre, a cuya memoria rindo siempre cariñosísimo culto, lo mismo que a la de mi santa madre, continuaba creyendo entonces, porque luego más tarde ya modificó su juicio, que era un oficio bajo y despreciable el de la comiquería, fué a Madrid, me cogió por las orejas y a León con todo el equipo.

Pasé allí catorce meses
sin éxitos ni reveses,
ni dolores, ni sorpresas,
queriendo a los leoneses
y amando a las leonesas.

Y para no aburrirme, entré de aprendiz de cajista en una imprenta; donde se tiraba un periodiquín semanal que se titulaba *El Anunciador*, convertido después en *El Porvenir*, de mayor tamaño, que hace poco dejó de publicarse.

Allí fundé un periódico festivo titulado *El Mirlo*, que cantaba en la mano y se publicaba todos los días del año, excepto los lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábados de cada semana.

Mi tema era el de poner en solfa a los alcaldes, así en prosa como en verso.

¡Las cosas que yo le dije a don Dámaso Merino, padre del actual conde de Sagasta!

¡Y no se enfadaba! ¡Qué se había de enfadar! ¡Era más bueno!...

Todavía no hace muchos años estuvo en Liérganes y le dijo a una persona, que me lo refirió, que daría cincuenta duros por una colección de *El Mirlo*.



Yo no la conservaba. Si la hubiera tenido, hubiera ido yo mismo a regalársela. ¡Ya lo creo!

Sin sufrir todavía desengaños,
pero sin realizar grandes hazañas,
llegué a la hermosa edad de veinte años
con ambición de gloria y de castañas!

EN VALLADOLID

EN PLENA JUVENTUD

Como aficionado

Logró mi padre, por medio de sus relaciones, una colocación para mí en el Economato del ferrocarril del Norte en la ciudad del Bolo de la Antigua.

Era el año 1860.

Lo primero que hice fué solicitar mi ingreso en una sociedad de aficionados que se llamó *El Recreo*.

Me contestaron diciéndome que tenía que someterme a prueba de mis aptitudes ante un jurado.

Llegó el día de la prueba, subí al escenario, declamé un monólogo de *Jaime el Barbudo* y les dejé bizcos.

El que figuraba como primer actor y director de escena se llamaba Tomás Feo y le dejé más feo que su apellido, porque se había aventurado a decir que yo era una zapatilla.

Después de representar en *El Recreo* muchas comedias, *ejecutando* los protagonistas, fuí solicitado para una sociedad aristocrática que se fundó con el poético título de *La Flor de Mayo*.

En ella figuró como actor cómico Pío Hermosa, el heredero del título de marqués de Grimaldo, que fué desheredado de él por haberse casado a disgusto de su familia con una burguesa.

Pío y yo fuimos amigos íntimos y juntos nos contratamos una temporada, como cómicos profesionales, en el

Teatro de Lope, o de López, como decían algunos concejales de aquel tiempo.

Como aficionado, pisé muchas veces las tablas de los teatros de Lope de Vega y de Calderón.

Me atreví a representar *Sullivan* para quitar los moños a don Julián Romea, que había creado el protagonista.

¡Diferencia había de él a mí!

¡Como que la borrachera de don Julián, en el segundo acto, era fingida, y la mía auténtica!

¡A ver si lo auténtico no tiene más mérito que lo ficticio!

¿Habrán tan loco de atar
que si le dan a elección
desprecie una perla auténtica
por otra de imitación?

Bueno; paso por alto los incidentes escénicos como caérseme a lo mejor a la barbilla el bigote pegado con goma; accionar de tal modo con una copa llena de veneno, en una situación altamente dramática, que gritaba el público entre carcajadas ruidosas: ¡Que se derrama, que se derrama!; fallar el tiro de la pistola al matar al Comendador y tener que matarlo haciendo *¡pum!* con la boca, y otra porción de episodios por el estilo.

Quede todo consignado
como veraz testimonio
de mis artísticos triunfos
en la patria de Pacomio.

Como empleado

Estuve dos años en el Economato del ferrocarril del Norte. Entonces dominaba el elemento francés en todos

los servicios y no había ni un solo jefe español. Tuve una cuestión de amor propio con el mío y presenté la dimisión con carácter irrevocable. ¿A mí con ínfulas? ¡Bonito genio gastaba entonces el hijo de mi madre!

Dió la casualidad de que mi amadísimo hermano Antonio, ya fallecido, estaba de tenedor de libros en la fábrica del gas y se encontró un día con la sorpresa de una credencial del Crédito Castellano nombrándole Jefe de Contabilidad en la construcción del trozo de ferrocarril de las Hoces, con residencia en Reinosa, cargo que él no había pretendido, aunque parezca mentira.

En la época aquella había
¡oh, lector, aunque te asombre!
*«pocos hombres sin empleo,
muchos empleos sin hombre».*

Lo mismo que ahora, sólo que al revés.

Mi hermano me recomendó al director de la fábrica del gas, para que yo le reemplazara.

Yo no sabía una palabra de Contabilidad por partida doble, pero con unas cuantas lecciones que me dió mi hermano prácticamente sobre los libros, aprendí lo suficiente para desempeñar el cargo de tenedor, sin cuchara, durante una porción de años.

Tanto me perfeccioné en esta profesión, aunque me esté mal el decirlo, que abrí cátedra en Valladolid y más tarde en Santander, sacando en ambas poblaciones excelentes discípulos. Díganlo, si quieren, mis buenos amigos don Maximiliano Ceballos y el actual Jefe del Movimiento del ferrocarril del Norte, don Ricardo Saavedra. (1)

(1) Este señor existía cuando se publicó la primera edición de esta Autobiografía. Hoy, desgraciadamente, no pertenece ya al mundo de los vivos. (R. I. P.)



De manera que vino a resultar
que a este mundo no había yo venido
para asombrar al mundo en los museos
como Goya, Velázquez y Murillo,
ni para ser un Máiquez, ni un Romea,
ni un Valero, ni un Vico,
ni para superar a Prats ni a Llardy
batiendo claras para azucarillos,
¡sino para brillar en la carrera
de tenedor de libros!
¡Oh sendas ignoradas! ¡Oh misterios
del humano organismo!

Durante mi estancia en la fábrica de gas de Valladolid amenicé las prosaicas tareas de los números publicando infinidad de periódicos festivos, escribiendo obras teatrales y representando otras, de afición, en los teatros.

Además, en ese lapso de tiempo, ¡quince años!, me casé, fui dos o tres largas temporadas a Madrid a probar fortuna, volviendo a la fábrica, desengañado, y siendo admitido por el director con una benevolencia extremada, porque debió cerrarme la puerta a piedra y lodo.

Ni siquiera me dijo, sin duda porque no sabía latín:

—*¡Quousque tandem abutere, Fhosefinus, paciencia mea!*

Para los que no sepan latín, conviene advertir que esta última palabra no es tiempo de verbo.

Como político

En esta fase de mi vida gocé de mucha populariaad entre mis correligionarios, los republicanos.

Y eso que, por no tener vocación para las armas, no quise ser voluntario de la Libertad.

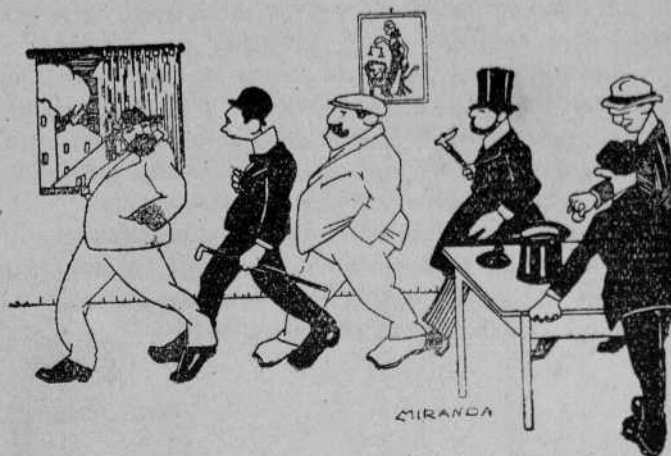
Pero pertencí varias veces al Comité en clase de *vocal*, sin duda porque mi^o apellido no tenía *consonante*.

Todos los discursos que pronuncié en las reuniones públicas los tengo coleccionados en una hoja de papel de fumar de la marca de *El Choricero*.

Allá en los tiempos próximamente anteriores a la Gloriosa, estaban prohibidas las agrupaciones que llegaran al número de veinte personas, y el partido, que era numerosísimo, se dividió en grupos de diecinueve.

En el mio, era presidente el notable médico alienista don Lucas Guerra, que fué años después director del Manicomio de Valladolid hasta que falleció; secretario del grupo, mi entrañable amigo José Muro, (que en tiempo de

la República fué ministro de Estado bajo la presidencia del insigne Pí y Margall), y tesorero, yo.



Siempre que nos reuníamos, al terminar la sesión, se ponía el sombrero de copa de don Lucas encima de una mesa y en él se depositaba el dinero que cada cual tenía a bien donar para los gastos del grupo.

Luego se contaba el dinero y yo me hacía cargo de la suma recaudada.

Cuando triunfó la revolución de Septiembre se fundieron los grupos en la totalidad del partido y me quedé con el dinero sobrante que nadie quería recibir y que yo no sabía a quien entregar.

Con la gran Revolución
ganó la hispana nación
justas leyes liberales
y yo gané una porción
de cuartos: ¡CATORCE REALES
de vellón!

Era la cantidad a que ascendía la existencia en Caja. Triunfante la Revolución septembrina se celebraron muchas reuniones públicas, que entonces no se llamaban mítines, en propaganda de los ideales republicanos. Convertimos en templo de la Libertad la iglesia de los Mostenses en la calle de Teresa Gil, y desde un púlpito de la iglesia hablaron, en distintas ocasiones, un joven que creo se llamaba Emilio Castelar, un tal Pí y Margall y uno que tenía un apellido urbano, así como Lugo, Pontevedra, Orense... Ahora caigo: ¡Orense, Orense era el apellido, (alias) marqués de Albaida! Le oí decir algunas veces, refiriéndose a la falta de arrestos revolucionarios, que sin huevos no se podía hacer una tortilla.

En todo ese tiempo hasta la entrada en Madrid de don Amadeo, yo no hice nada que merezca pasar a la Historia.

Después, sí; me declaré antidinástico y conseguí con mi oposición que a los dos años de reinado abdicara don Amadeo.

ALBERTO ARAUS

Durante esos dos años de reinado del monarca italiano sucedió lo siguiente:

Un joven, amigo mío, perteneciente a la Compañía dramática que actuaba en el Teatro de Calderón, me dijo una tarde:

—¿Has visto a un chico que anda por ahí vestido de paño pardo con gorra de pieles vendiendo los periódicos de Madrid?

—No, pero he oído hablar de él.

—Pues le conoces. Es Alberto Araus, presidente de la Juventud Republicana de Madrid y teniente de Administración militar.

—¿Qué me dices?



—No te quepa duda. Le he visto de lejos y le he conocido.

—¿Vamos a ver si le encontramos por los cafés?

—Vamos.

En efecto, llegamos al Imperial y allí nos dijo un camarero que un agente de la policía le había detenido para conducirlo al Gobierno civil.

—Pues vamos al Gobierno civil, dije a mi amigo.

Subiamos por la monumental escalera del Patio de San Gregorio, cuando héte que bajaba nuestro hombre, cruzándose con nosotros.

Sin mirarnos siquiera, pasó a nuestro lado y yo me volví llamándole:

—¡Alberto!

Se volvió hacia nosotros sorprendido y nos preguntó:

—¿Me conocen ustedes?

—Sí, de Madrid.

—¿Son ustedes republicanos?

—«Més que Deu» que dirían los catalanes.

—Pues por serlo yo también, rompí mi espada de oficial de Administración militar así que don Amadeo holló el suelo de nuestra patria. Mi familia se indignó contra mí y me dijo que me buscara la vida como pudiera. Eso ya lo pensaba yo hacer, porque no tenía la pretensión de ser una carga para nadie. Conque me fui al Rastro, com-

pré este traje de pastor de cabras y me vine a Valladolid, donde contaba con que nadie me conocía, a vender periódicos.

Supo el Gobernador quién era yo y como amigo de mi familia, especialmente de mi hermano Mariano, me ha llamado para rogarme que buscase otra colocación más propia para mí que esta de ambulante callejero. Rechacé el dinero que me ofrecía para el tiempo que yo tardase en encontrar nuevo modo de vivir, porque no me hacía falta.

—¿No? ¿Está usted bien de fondos?

—Tengo treinta reales, para mantenerme por espacio de quince días.

—¿Con qué?

—Con pan y arenques.

—¿Y dormir?

—En un banco del Casino Republicano, si me dejan.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Si a ustedes les parece, me pueden presentar a los correligionarios comerciantes o industriales a ver si tienen una colocación para mí.

—Vamos andando.

Aquel día y los siguientes le presentamos en varios establecimientos y no pudo conseguirse su colocación. El necesitaba saber si hacía falta, y como le decían que no, contestaba que él de limosna no quería estar en ningnna parte.

Romanticismo puro
de aquella juventud,
pletórica de vida
y radiante de luz.

Pasados algunos días, mi amigo, el del Teatro, le dijo que en Calderón estaba vacante la plaza de acomodador del Paraíso con dos reales diarios, y la aceptó desde luego.

Había que ver a los señoritos subir en los intermedios a hablar con él, porque había corrido la voz de que era un estudiante que estaba haciendo todo aquello por una apuesta.

Algunos días después, se anunció una reunión republicana en el vestíbulo del Teatro de Lope.

—¿Quieres que vayamos a esa reunión?, le dije a Alberto. (Ya nos tuteábamos.)

—Bueno, pero nada más que de oyentes.

—¿Por qué no has de hablar? (Era un orador elocuentísimo).

—De ningún modo. Con esta indumentaria...

—Como quieras.

Sin embargo, formé mi plan. Llegó la tarde de la reunión. Sobre una plataforma estaba la Junta directiva, presidida por don Alejandro Rueda. A un lado estaba la tribuna en alto.

Cuando se abrió la sesión, entre los que pidieron turno para hablar, pedí yo que se me incluyera.

Esto llamó la atención de los correligionarios, porque yo no hablaba nunca.

Llegó mi turno, y dijo el Presidente:

—El ciudadano Estraña tiene la palabra.

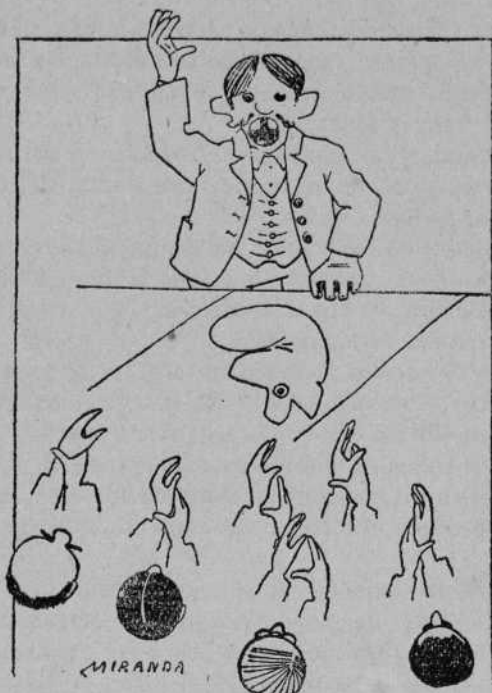
—Se la cedo, dije, a este ciudadano: Alberto Araus.

Hubo un movimiento de extrañeza al fijarse en aquel palurdo.

Este hizo demostración de resistencia, pero ante las instancias de los correligionarios accedió y subió a la tribuna.

¡Vaya un discurso castelarino! Se le aplaudió, se le aclamó, se le vitoreó.

—¿Pero quién es ese tío?, me preguntó el rico comerciante don Eduardo García, que años después estableció en Madrid el comercio titulado «La Isla de Cuba».



Le dije quién era y repuso:

—Dígale usted que se despoje de ese disfraz; que yo le proporcionaré la tela que necesite para un traje.

Llamé a Araus y le comuniqué el ofrecimiento de Eduardo García.

—Gracias, contestó; pero yo no sé cuándo tendré dinero para pagarlo y no lo admito.

—¿De qué vive?, me preguntó el comerciante.

—De dos reales que le dan como acomodador del Paraiso en el teatro Calderón.

—Dígale usted que yo le admito como dependiente en mi comercio. Que me hace falta.

—Bueno, contestó Araus; si hago falta sí, pero a condición de que he de cambiar de indumentaria poco a poco y a condición también de que yo tendré libertad para servir a mis ideales ante todo.

Hablaron el comerciante y él, llegaron a un acuerdo y Araus se puso tras el mostrador, cambiando de traje poco a poco, como había dicho.

En cuanto el bello sexo vallisoletano supo que aquel misterioso joven, guapo y de buena figura, se hallaba como dependiente en aquel comercio... ¡la vértiga! ¡El gran negocio para el comerciante!

Araus fundó un periodiquín semanal de reclamo para el comercio y me hizo escribir en él chirigotas mías.

Como Alberto tenía cada vez más vivos sus entusiasmos por los ideales republicanos, me propuso un día que yo escribiera un romance al estilo de los que narran milagros, pero que el milagro resultara en favor de nuestras ideas.

Escribí un romance con el argumento de que una mujer casada, llena de horror porque su marido era republicano, lo que equivalía para ella a ser un hereje, había huído de su casa y se había refugiado en un bosque, donde se le aparecía la Virgen, que la aconsejaba que volviera a su casa, porque su marido no era un pecador ni mucho menos, por ser republicano, lo cual no tenía nada que ver con el ateísmo ni con las doctrinas heréticas.

Le gustó mucho el romance al buen Araus y quedamos en leérselo por la noche en el Club a dos ciegos republicanos, vendedores de romances y coplas por los pueblos de la provincia.

No se me ha olvidado nunca, por lo graciosa, aquella escena, que tuvo lugar en un departamento del Club, con asistencia de los ciegos del partido y Araus, Emilio Ferrari, Angel María Alvarez Taladriz, Vicente Colorado y otros.

Leí el romance, que, por lo menos, tenía el mérito de estar bien rimado y metrificado.

Terminada la lectura, preguntó Araus a los ciegos:



—Bueno ¿qué les ha parecido a ustedes?

Y contestó uno de los dos:

—Hombre, que está bien, fuera de que algunos versos son cortos y otros largos, ¡pero esos ya los arreglaremos nosotros!

¡Qué cara de estupefacción pondría yo, que las carcajadas de los presentes se debieron de oír en Zaratán!

Muchas anécdotas podría contar del tiempo de Araus en Valladolid, pero tendría que llenar muchas páginas y no se trata ahora de su biografía, sino de la mía.

Cuando se proclamó la República, Alberto Araus, con

gran enojo de su «principal» el comerciante don Eduardo García, que trató de retenerle a su servicio, se fué a Madrid. Ingresó nuevamente, con ascenso a coronel nada menos, en el Cuerpo de Administración Militar y en aquellas elecciones fué elegido diputado a Cortes por Jaca.

Pero espíritu inquieto y mal avenido con todo lo que no fuera el *summum* de sus teorías políticas radicales, se marchó a proclamar y a sostener el cantón de Cartagena con el general Contreras, Roque Barcia y otros, siendo él nombrado ministro de la Gobernación.

Sabido es que cuando el general López Domínguez, después de varios días de sitio, venció a los cantonales, éstos huyeron de Cartagena en la fragata «Villa de Madrid», desembarcando en Argel, donde abandonaron el buque.

Araus se fué a París, y allí, al cabo de algunos años, murió siendo presidente de la Asociación de periodistas corresponsales extranjeros.

Hubiera el hombre atendido
a los juiciosos consejos
del comerciante García
que le iba a aumentar el sueldo,
y quizá hubiera llegado
por sus comerciales méritos
a presidente de los
dependientes de comercio...
*Quos Deus volet perdere
dementat*, dijo el Frascuelo.

LA REPÚBLICA TRIUNFANTE

Vino la República y todos los amigos míos, que fueron nombrados para altos puestos, querían llevarme de secretario.

El café Suizo era por la noche el lugar de los ofrecimientos.

Don Lucas Guerra, nombrado gobernador de Zamora:

—¿Quiere usted venir conmigo de secretario del Gobierno civil zamorano?

Yo, sin ánimo de aceptar el cargo cuando llegara la ocasión:

—Con mucho gusto, don Lucas. Y muchas gracias por haberse acordado de mí para ese cargo.

—Hay que premiar a los jóvenes que valen como usted. Mañana mismo recibirá usted la credencial.

—Gracias anticipadas, don Lucas, muchísimas gracias.

La credencial ¿eh? Todavía estoy esperando recibirla cualquier día de estos.

Manuel Barquín, pariente de Ruiz Zorrilla y muy amigo mío:

—Me convendría mucho que viniera usted conmigo de secretario a Pontevedra.

—Pues aquí me tiene usted a su disposición.

—¡Hombre, cuánto me alegro! Recibirá usted la credencial en seguida.

Han pasado muchos años
desde entonces, ¡ay de mí!
y esperando estoy aún
la credencial de Barquín.

Pues lo mismo me pasó con otro correligionario llamado Quintero, que fué de gobernador a San Sebastián.

Y mi inolvidable amigo Pepe Muro, cuando fué nombrado ministro de Estado de la República, me escribió desde Madrid ofreciéndome un puesto inamovible que había quedado vacante.

Le contesté aceptándolo y todavía estoy esperando la credencial.

Así es que, por último, tuve que conformarme con el cargo de embajador honorario de España en la isla de San Baladrán y consideré con esto bien recompensados mis servicios.



LA PAVIADA

Pero cambió la situación *ab-irato* por la hombrada de Pavía disolviendo las Cortes aquellas. Nos echamos a la calle los republicanos; unos para batirse en las barricadas contra las tropas del general Iscar y otros, entre ellos yo, para tomar posiciones a las que no pudieran llegar las balas.

Triunfó el general Iscar, a pesar de la hombrada de Pepe Zahonero, que siendo entonces estudiante y republicano exaltadísimo, se agarró a las bridas del caballo y le dijo al general:

—¡Mi general, es usted un traidor!

El apostrofado echó mano a la pistolera para desce-
rrajarle un tiro, pero los ayudantes, que conocían a Zahor-
nero y le trataban, lo evitaron diciéndole a Iscar:

—No haga usted caso, mi general. Es un pobre loco.
Eso le valió.

A poco de llegar el general Iscar a la Capitanía gene-
ral hizo publicar un bando ordenando el desarme de los
batallones de voluntarios y se pusieron en salvo, huyendo
como era natural sus respectivos comandantes, don Ma-
nuel Ganzo, santanderino, y el médico Terán que, además,
era alcalde de Valladolid a la sazón. Este último se puso
en salvo disfrazado de cura. Angel Alvarez Taladriz, que



mandaba el batallón de jóvenes republicanos, después de
batirse bien, se retiró a su domicilio y no le pasó nada.
Otros, que no habían salido de sus domicilios, estuvieron
muchos días como aquellos de quienes dijo Espronceda:

«Andan ocultos y cambiando trajes
creyéndose terribles personajes.»

Al Gobierno mixto de monárquicos y republicanos unitarios que se formó con motivo de la paviada, se encargó de darle pasaporte el general Martínez Campos sublevándose al pie de un algarrobo en Sagunto.

Y cátrate realizada la restauración de la Monarquía con la proclamación de Alfonso XII.

YO, CONSPIRADOR

Desde aquel suceso histórico pertencí al coro de conspiradores *sin trenza gris*.

Presté como tal muchos servicios, que me confió mi amigo Muro, representante en Valladolid del revolucionario don Manuel Ruiz Zorrilla, emigrado en París.

El lance más comprometido para mí fué el siguiente:

Se sabía que el coronel de caballería, Buitrago, cuyo regimiento estaba en Zamora, era liberal, pero se ignoraba si se prestaría o no a sublevarse contra las instituciones restauradas en favor de la República.

Muro me dió una carta para don Ramón Ruiz Zorrilla, comerciante en Zamora y pariente de don Manuel, pidiéndole que me informara acerca del coronel Buitrago.

Yo hice que en casa me cosieran la carta dentro del rabillo del chaleco, ¡y hála para Zamora!

En el tren que empalmó para esta capital en Medina del Campo no iban más viajeros que yo.

Llegué a Zamora; ví en la estación un coche con un rótulo que decía «Fonda de Tal», y lo aproveché.

En la fonda, pregunté a qué hora se comía.

—Cuando usted quiera, me contestó el dueño: ¡no hay más huésped que usted!...

—¡Hombre, qué gran movimiento de población flotante!

—Pues casi todos los días es lo mismo.

Conque me dieron una habitación; colgué en la percha un gabán muy raído que llevaba y, después de asearme, le pedí al fondista que algún muchacho me guiara al comercio de don Ramón Zorrilla.

Salí con el chico, me mostró el comercio y entré en él.

—¿Don Ramón?

—Está arriba, me contestó un dependiente.

—Hágame usted el favor de decirle que le traigo una visita.

Así lo hizo y se me presentó don Ramón.

—Usted dirá.

—Vengo a visitar a usted de parte de don José Muro.

—¡Ah, pase usted! dijo levantando la tapa del mostrador. Subiremos a mi habitación.

Ya en ella, le dije sin más preámbulos:

—Traigo una carta para usted en el rabillo...

—¿Del ojo?

—No, señor; del chaleco.

—¡Ah!

—Traiga usted unas tijeras.

Conque descosió el rabillo, leyó la carta y me dijo:

—Pues no puedo decir a usted nada de esto. Quien le podrá informar mejor es mi hermano el brigadier don Francisco Zorrilla.

—Bueno, iré a verle, pero no conozco las calles, porque es la primera vez que vengo a Zamora.

—Iré delante de usted un dependiente mío; usted le sigue disimuladamente y a la puerta donde vea usted que se para a encender el cigarro, allí es la casa de mi hermano.

—Corriente.



Así se hizo; en la casa delante de cuya puerta se paró mi guía, entré.

Ya en presencia del brigadier, le manifesté el objeto de mi visita.

Y me contestó que precisamente por la significación de sus apellidos, se había abstenido de hablar con el coronel en el Casino, que es en donde únicamente le veía, de modo que ignoraba cuál era su actitud en el asunto. Le tenía por liberal, pero no podía decir más.

—Vaya, pues yo no vuelvo a Valladolid sin cumplir mi misión. Iré a ver al coronel.

—Piénselo usted bien, que el caso es muy peligroso.

—No importa. Quizá haya nacido yo para héroe sin saberlo.

Tendría gracia, pensaba
yo acá para mi rabillo
—me refiero al del chaleco—
que no hubiera yo nacido
para pintor eminente,
ni para actor famosísimo,
ni para gran confitero,
ni para poeta eximio,
ni para escribiente, ni
para tenedor de libros;
sino únicamente para
conspirador atrevido,
expuesto a ser sentenciado,
a recibir cuatro tiros.

Le dije a don Francisco cómo había llegado hasta su casa y en igual forma me condujo uno de sus criados hasta la del coronel.

Entro, subo, pregunto a un asistente, le digo que anuncie mi visita, paso a un salón y encuentro a mi hombre sentado en un diván en compañía de su esposa.

Me puse lívido. ¿Cómo hablo yo delante de esta señora? volví a decir para mi rabillo del chaleco.

—Usted dirá, dijo el coronel, a qué debemos el honor de esta visita.

—Es de parte de don José Muro, de Valladolid, dije yo acentuando picardíamente la frase.

—¡Ah, vamos, ya entiendo! Mira, hija, retírate, dijo a su esposa, que esta visita no es de sociedad, como habíamos creído.

Ví el cielo abierto. El coronel era un entusiasta de don Manuel Ruiz Zorrilla y el resultado de mi misión no pudo ser más satisfactorio.

Desempeñado mi cometido tan felizmente, volví a la

fonda, donde comí en amena conversación con el fondista y me fuí a tomar café al Suizo, que estaba cerca. Hallábase en el mostrador un don Santiago que había estado también al frente del Café Suizo de Valladolid. Todavía no habían empezado a entrar los parroquianos habituales.

—Caramba, ¿usted por aquí? me dijo don Santiago.

—Sí, señor.

—¿Qué le trae a usted por este pueblo?

—Negocios comerciales.

—¿Ha estado usted ya en Zamora alguna vez?

—No, señor; esta es la primera.

—Luego irá un camarero con usted a enseñarle la población.

—Según a la hora que salga el tren para Valladolid.

—A las cinco.

—Entonces, sí; daremos una vuelta.

Poco a poco empezaron a entrar los parroquianos y noté yo que había entre ellos agitación y que comentaban algo sensacional que sin duda había ocurrido.

Pregunté a don Santiago y me dijo que había aparecido muerto de un pistoletazo un forastero, a quien nadie conocía, y en tales circunstancias, que lo mismo podía ser un suicidio que un asesinato.

No dí importancia al suceso. Salí con el camarero a dar un paseo por la población y a las cuatro y media me dirigí a la fonda para recoger mi equipaje, el consabido gabán, que era muy airoso, porque por todas partes le entraba el aire. Al verme el fondista exclamó:

—¡Dios le dé a usted mejor suerte que la que le han acumulado!

—¡Qué dice usted, hombre de Dios! exclamé poniéndome la fisonomía del color de las aceitunas sevillanas.

—Pues verá; que vino el Juzgado, a cuyas preguntas contesté que no había entrado en casa más que un foras-

tero de las señas de usted y que en su habitación había dejado un gabán. Entonces el Juez dijo: «Pues por las señas no puede ser otro. Coja usted el gabán y venga usted con nosotros a recoger el cadáver.» Lleno de estupefacción cogí el gabán y fui con el Juzgado al patio del Hospital, donde estaba en unas angarillas el cadáver de usted.

—¡Cómo mi cadáver!

—Bueno, el que ellos creían que era el de usted, pero yo les dije que aquel cadáver no era el de mi huésped, y cumplida esta diligencia volví a casa con el gabán. Esto es todo.

Entonces sí que me entró un miedo terrible.

Como había sospechas de que aquel infeliz había sido asesinado, me entró el temor de que antes de partir el tren me detuvieran por sospechoso.

Los diez o doce minutos que estuve en el tren esperando con impaciencia a que se pusiera en marcha, me parecieron un siglo.

Porque supongamos que me detienen y me preguntan:

—¿A qué ha venido usted a Zamora?

—A nada: ha sido un viaje de recreo.

—¿De recreo con ese gabán inverosímil? Usted ha sido el asesino. ¡A la cárcel!

Cuando a los quince días de esto volví a Zamora a llevar una clave al coronel, me encontré de sopetón con el brigadier don Francisco, que se quedó como si por alucinación se le hubiera presentado un alma del otro mundo.



—¡Usted! ¿Pero es usted?

—¡Creo que sí!

—¿De modo que usted no es el que se suicidó o a quien suicidaron hace quince días?

—No estoy seguro, pero me parece que no.

—Pues mi hermano Ramón y yo habíamos creído que había sido usted descubierto como conspirador y se había usted suicidado. ¡Cuánto me alegro de que no haya sido así!

—¡Y yo también!

Tal fué de mi actuación en la política
la ocasión más tremebunda y crítica...
aunque en un compromiso también fiero
me puso el radical *Pepe el Trapero*
que, muerto a tiros en el Hospital,
por demasiadamente radical,
se le halló en el bolsillo un documento,
que, sin pertenecer yo a su elemento,
que era el intransigente
accediendo a su súplica insistente,
le redacté para que lo copiara
y que el original mio quemara.
No lo quemó, sin duda, por olvido,
y por eso me ví comprometido.
Al cabo no me fusilaron, no,
porque de mi lealtad nadie dudó.
¡Qué zozobras causó en la opinión pública
el *Trapero* durante la República!
Pues a aquellos fanáticos bergantes
que a todos nos tildaban de farsantes
y con nosotros no querían roce,
les vi luego ejerciendo de danzantes
ante el corcel de don Alfonso Doce!

Pero basta ya de mis méritos políticos, para que no se crea que, con su enumeración, aspiro a que cuando vuelva la República, me den una credencial de 6.000 reales en Hacienda. Seamos delicados y pudorosos.

COMO ESCRITOR, EN VALLADOLID

Fundé en la capital del Pisuerga una porción de periódicos semanales:

La Murga, que alcanzó un éxito extraordinario por tratarse en él de las célebres quiebras mercantiles del año 1865, y *El Trueno Gordo*, a raíz de la Revolución de Septiembre.

Después de la Revolución, *El Mirlo*, *El Mochuelo*, *El Gorrión*, *Mefistófeles*, *La Garduña*, *La Mar* y otra porción de títulos, porque ocurría lo siguiente, que no deja de tener gracia:

Ya dentro de la época de la Restauración, molestado el Gobernador por las críticas que se hacían de sus actos y de los del Gobierno y no teniendo facultades para suspender ni para suprimir el periódico, se valió de un decreto que regía entonces para que los periódicos semanales pagaran, no recuerdo qué cantidad de contribución, y nos exigió el pago correspondiente con la amenaza de ordenar la supresión del periódico, si no lo hacíamos.

Se publicaba entonces *El Mirlo*, y como no teníamos dinero, ni quien nos lo diera, para pagar la contribución, discurrimos anunciar al público, con letras muy visibles al final de la cuarta plana, lo siguiente:

«Con este número cesa la publicación de *El Mirlo*. Sabemos que el próximo domingo se publicará *El Mochuelo*.»

Publicábase un número de éste y se anunciaba al final que era el último, pero que teníamos noticias de que el domingo inmediato aparecería *El Gorrión*.

Y así estuvimos unas cuantas semanas, sin que se nos pudiera exigir el pago de la contribución, porque dichos periódicos, por ser un solo número de cada uno, no se podían clasificar más que como hojas sueltas y éstas no pagaban.

¿Eh? ¡Si tendríamos conchas los jóvenes de aquella generación!

De alguno sé yo que no tenía más que una, pero ¡qué cara, qué cuerpo y qué ojeras! ¡La reina de las Conchas!

Para hacer crítica, durante los días de la feria de septiembre, de toros, de teatros, circos y demás espectáculos y festejos, fundé *La Mar*, en la que colaboraron los escritores festivos Eduardo y Enrique Macho Quevedo. Gracias a los anuncios, que publicábamos baratos, podíamos obtener como beneficio líquido de la publicación, lo bastante para cenar una noche, en un figón de los más modestos, alubias a todo pasto.

Sucedió que un año, por disposición gubernamental, no se podía publicar ningún periódico semanario sin autorización del ministro de la Gobernación.

Anticipándome dos meses al de la feria, presenté mi correspondiente instancia en el Gobierno civil, por cuyo conducto llegó a la Superioridad. Como pasaban días y días y la autorización no llegaba, escribí al señor Alonso Pesquera, senador por Valladolid, que se hallaba en la Corte. Este señor me contestó al cabo de algún tiempo que había gestionado varias veces el asunto y que había adquirido el convencimiento de que Romero Robledo no quería autorizar publicaciones hebdomadarias de ningún género en aquellas circunstancias. Y así era en efecto.

Entonces se me ocurrió la peregrina idea de recurrir

a la más poderosa de las influencias para el pollo antequerano; al *eximio* matador de toros Salvador Sánchez (*Frascuero*), muy amigo mío; y a los dos días recibí carta suya que conservo como oro en paño, diciéndome *ad pedem literæ*:

«Llo mismo bí a don Francisco y lla está en esa la horden pa la Mar Azul. Bete a buscarla.—*Salvador.*»

En efecto, fuí al Gobierno civil y me entregaron la autorización para publicar el periódico.

Lo que en aquella ocasión
logró para mí *Frascuero*
no lo hubiera conseguido
ni el jefe de aquel Gobierno,
que era el gran Cánovas, ni
el arzobispo de Toledo...
¡Era Salvador el hombre
más influyente del Reino!

Y ejerció su influencia en mi favor, porque me estaba obligado. ¡Como que por mi recomendación, siendo él muchacho, salió a torear, vestido por primera vez de torero, con un terno prestado, en la plaza vieja de Valladolid! Yo también tenía mi miaja de influencia con algunos toreros del antiguo régimen, como *Bandolina*, que es el que accedió a que *el Papelista*, como se llamaba entonces *Frascuero*, saliera con su cuadrilla en cla-



se de *temporero* a ganarse un espantoso revolcón de un embolado de cinco años y seis hierbas.

COMO AUTOR CÓMICO

En enero del 69, escribí, a instancias de la notable dama joven Adela Guijarro, para su beneficio, una pieza en un acto titulada *El rizo de doña Marta*, que se estrenó con ruidoso éxito en el Teatro de Calderón y después recorrió todos los teatros de España y Repúblicas hispano americanas, produciendo unos cuantos miles de duros de derechos de representación para el editor, don Emilio Mozo de Rosales, a quien vendí la propiedad en Madrid, por treinta y cinco duros y un par de botas nuevas, para que yo pudiera decir que con *El rizo de doña Marta* «me había puesto las botas».

Hace años, estando en Santander la eminente primera actriz, ya fallecida, Julia Cirera, me preguntó:

—¿Es usted pariente del autor de *El rizo de doña Marta*?

—No nos separamos nunca, ni de día ni de noche.

—Ah, vamos, eso quiere decir que el autor es usted.

—¡Caramba, qué penetración!

—Pues bueno; si usted arregla los versos necesarios para que en lugar de llamarse la protagonista Adela Guijarro, se llame Julia Cirera, tendría yo mucho gusto en representarla el día de mi beneficio.

—Y yo mucho gusto también en vérsela a usted representar.

En efecto; modifiqué los versos en el sentido que quería Julia y desempeñó su *propio* papel a las mil maravillas, haciéndome el gran honor el eximio novelista don José María de Pereda de asistir a la función para conocer

la obra. A los pocos días le encontré y me felicitó. ¡Figúrense ustedes si me pondría yo hueco!

Cuando llegue al capítulo de mi estancia en Madrid referiré un episodio graciosísimo relacionado con *El rizo de doña Marta*.

Después, en distintas fechas, estrené en los teatros vallisoletanos.

Juicio del año 1873, que me pidió el notable primer actor don Manuel Méndez.

La botica de Mercurio, inventario bufo mitológico, revista que escribí a instancias del mismo actor.

El retrato del muerto, episodio de la guerra civil, drama en un acto, solicitado por el empresario don Leonardo Pastor, muy amigo mío, y representado por la compañía de Pepe Mata.

Como yo, a quien tenía que entregar la obra era a quien me la había pedido, y así lo hice, le pareció mal a Pepe Mata, quizá con razón, que yo no le dijera nada a él, y no me avisaron hasta el día del ensayo general, o sea, el mismo día en que se iba a estrenar la obra por la noche. Asistí al ensayo general, y noté el desagrado y la indiferencia con que interpretaban sus respectivos papeles Mata y su esposa la señora Liron. Me temí un fracaso enorme y, en efecto, hasta la mitad de la obra el público que llenaba todo el gran teatro Calderón, permaneció frío como un sorbete de fresa. No había salido aún el galán joven, mi amigo Yáñez, a quien me dirigí diciéndole:

—A ver si metes en calor a los morenos.

—Descuida, me contestó, y cumplió su palabra.

Desde la salida de Yáñez cambió de aspecto la cosa. Los mismos Mata y su esposa se vieron obligados a ponerse a tono con Yáñez, el público empezó a deshelarse y el resultado fué un exitazo.

Salí a escena una porción de veces, y luego recibí en

el escenario numerosas visitas de felicitantes, entre ellos Alvarez Taladriz, Muro, Macías Picavea, Ferrari y otros.

Invitados a entrar en el camerino de Mata, dijo éste:

—Hoy nos ha salido algo deficiente la representación, pero mañana...

—Mañana, no, ni nunca, exclamé yo, porque ahora mismo retiro la obra, dando a entender así mi justo resentimiento al señor Mata y a la señora Liron.

No obstante, algunos años después, desaparecieron los rencores y fuimos muy buenos amigos Pepe Mata y yo. ¡Cosas de la vida!

¡A *Filadelfia!* Otra revista que me pidió el eminente actor don Miguel Cepillo. Esta obra la hizo mucho en Madrid y en provincias la compañía de la excelente actriz italiana Carolina Civili, que llegó a poseer el idioma español como si hubiera nacido en el riñón de Castilla.

En *La botica de Mercurio, Júpiter*, porque empezaba el año en jueves, toma posesión del trono y Méndez, que se reservó un papel muy secundario de celador de policía, obtenía una gran ovación en la escena final, alusiva a la Ley creando la Milicia Nacional forzosa.

Salía el celador (Méndez) y decía:

¿Quién es don Júpiter?

—Yo

—Escuche usted una palabra.

Bajaba del trono *Júpiter* y le decía al celador:

—¿Qué ocurre?

—Caso civil...

—Veamos.

—Aunque no quiera, tome usted la cartuchera, las polainas, el fusil...

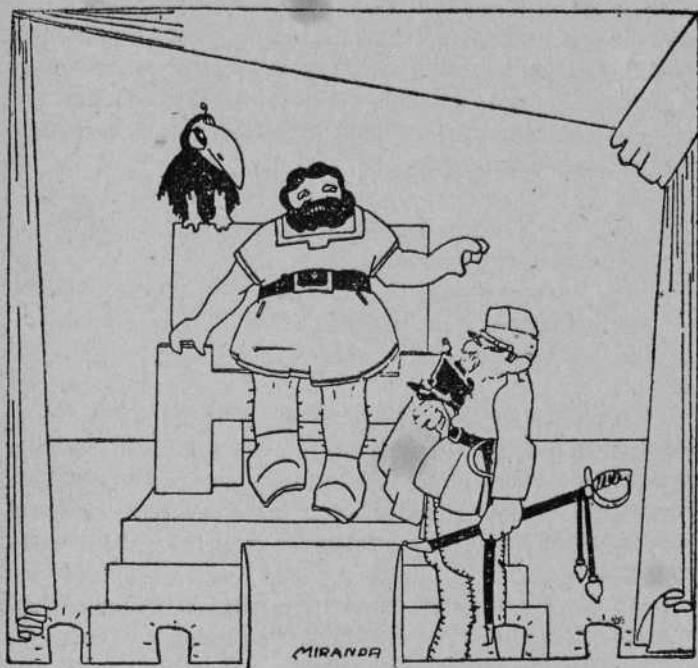
—Pero...

—Too el mundo es igual.

—¡Soy un Dios!

— Pues ahí va el ros...

¡Aquí ha de ser todo dios
miliciano nacional!



Cito esto, no por los versos, que no valen nada, sino porque no olvido cómo los decía Méndez, causando la hilaridad y el aplauso de los morenos.

Después escribí otras varias comedias de *motu proprio*

en dos o tres noches cada una, porque me las pagaba a cinco duros el librero Pelayo Alonso y no se llegaron a estrenar porque eran irrepresentables de puro malas. Digo, miento; se representó una en el teatro de Lope de Vega y me la patearon horrorosamente con justicia.

Pelayo Alonso las anunciaba para la venta de ejemplares en grandes cartelones, una de ellas *Los líos de doña Lola*, y en una carta en verso que acerca de cosas de Valladolid me escribió a Santander el malogrado joven poeta festivo Florencio Bravo, después de haber sido compañero mío en *La Voz Montañesa*, a donde le trajo Coll por recomendación mía, figuraba la siguiente quintilla, modelo de facilidad y de gracia:

«Le dan a usted sinsabores
unos libreros impíos
con carteles de colores...
¡Dicen que tiene usted líos
con una doña Dolores!»

En Eslava, de Madrid, estrené el 13 de marzo de 1875, sin patatazos que lamentar, porque entonces no se hilaba tan delgado como ahora, un juguete cómico titulado *Carambola por chiripa*, patrocinado por mi buen amigo el ilustre escritor Enrique Rodríguez Solís, a quien se lo dediqué.

Aquí, en Santander, se estrenó para el beneficio del inolvidable genial actor Antonio Riquelme un sainete gitano, *El rábano por las hojas*, en el cual salió a escena por primera vez su hijo Pepe, que era todavía un niño y que más tarde alcanzó gran popularidad como actor cómico de *tronío*.

También estrené en Santander la zarzuela cómica en un acto *Santander por dentro*, con música del malogrado

compositor don José Segura. La representó la compañía de Miguel Recio en un barracón que, a falta de teatro, porque el Principal estaba en obra de reparación, le construyó Antonio Gallostra en el sitio donde ahora ostenta sus gallardías arquitectónicas el edificio del Banco Mercantil. *Santander por dentro* alcanzó diez o doce representaciones seguidas y le sacó al pobre Recio de apuros, que era lo que se trataba de demostrar.

Después escribí un monólogo titulado *¡Yo soy así!*, que declamé yo mismo en una función a mi beneficio.

Más tarde *Una cita en el Teatro*, apropósito para una función a beneficio de los damnificados por la horrorosa inundación de Murcia, función que organizamos y en la que representamos todas las obras del programa los periodistas Alfredo del Río, Honorio Torcida, Ricardo Olaran, Telesforo Martínez y el autobiografiado, único superviviente, aunque me esté mal el decirlo.

Por último escribí una humorada con el título de *Pepe y Telesforo*, para hacer una infinidad de astracanadas en escena, el popular Telesforo Martínez y yo. La estrenamos en el Teatro Principal y luego la representamos en Santoña, acompañándonos en la excursión Iribarren, Isasi (Perico) y otros amigos. Más que en el teatro obtuvimos un gran éxito en las calles de la población que recorrimos en un coche, sacando muelas Telesforo. Las diabluras que hicimos no son para contadas. Con decir que nos echaron de la fonda porque no dejábamos dormir a los huéspedes, está dicho todo.

Requeridos por los periodistas de Valladolid fuimos a representar también *Pepe y Telesforo* en el teatro de Lope de Vega en una función benéfica. ¡Aquello fué el delirio!



Observaron más de cuatro,
con el temor consiguiente,
que trepidaba el teatro
de tanto reír la gente.

Para *desagerar*, que me llamen a mí.

COSAS DE CHICOS

En tantos años de residencia en Valladolid, no acabaría nunca si fuera a contar las vicisitudes, las peripecias, los episodios y las anécdotas de mi vida en la histórica ciudad del Pisuerga.

Tendría que llenar muchas cuartillas para referir mis rivalidades escénicas con Félix ^{de}Berbén, y las peloteras entre nuestras respectivas partidarias, sólo comparables a las que promovían entonces los taurófilos, unos por el *Gordito* y otros por el *Tato*; las amenas tertulias en la rebotica de Angel Bellogín con Muro, Taladriz, Macías Picavea, Emilio Ferrari, Vicente Colorado, Pío Hermosa, marqués de Grimaldo y Sánchez Román, que años después ejerció lo al-



tos cargos de Ministro de Estado, Fiscal del Supremo, insigne Catedrático de Derecho en la Universidad Central, Diputado a Cortes, Senador del Reino y autor de las mejores obras de Jurisprudencia que se han escrito a juicio de eminentes jurisconsultos.

¡Quién me lo había de decir a mí, cuando, todavía él estudiante, paseábamos juntos muchas tardes por las afueras de Valladolid, como dos camaradas!

No se entibió nuestra amistad en lo más mínimo y nos escribíamos con frecuencia.

Después de la primera edición de esta Autobiografía,

ha dejado de existir aquel buenísimo amigo mío y yo rindo este cariñoso tributo a su memoria.

Todos aquellos chicos que acabo de citar iban, unos para ministros, otros para sabios y otros para poetas de altos vuelos, llegando casi todos a la cumbre de sus aspiraciones; las mesas del café Suizo, en el reservado, donde reinaba el buen humor y donde se iniciaban carnavaladas, becerradas, excursiones a Fuensaldaña y otros pueblos limítrofes, parodiando a los cómicos de la legua; paseos nocturnos para jugar al toro en el Campo Grande—cuando empezaba a trazar Miguel Iscar con estacas el hermoso parque en que lo convirtió—y otra porción de diabluras que realizábamos niños de más de veinticinco primaveras. ¡Oh hermosa edad de la infancia!

Los *niños* que jugábamos al toro, recibiendo en vez de cornadas puñetazos, éramos mis compadres Chacel y Santiago Brabo (Boca torcida), Rupilanchas, los Berbenes y otra porción de noctámbulos.

En un kiosco-cafetín, al que por su forma llamábamos *El Paraguas*, construido por un francés muy simpático llamado don Lorenzo Caballero, en el Campo Grande, en el mismo sitio que hoy ocupa el monumento de Cristóbal Colón, nos reuníamos a las altas horas de la noche los hijos de las musas: Emilio Ferrari, Vicente Colorado, Macías Picavea, Angel Taladriz, Carabias, Vicente Caballero, Rafael Ureña, Braulio Piqueras, Albino Madrazo, *ego* y otros, a celebrar juegos florales a la incierta luz de un mezquino farol de aceite, que era todo el alumbrado de la terraza.

Una noche llegué yo y abriendo los brazos, en la creencia de que estaban allí mis contertulios, exclamé:

—¡Salud, Dioses del Olimpo!

Y una pareja de paletos, ella y él, que estaban allí, solos, refrescando, echaron a correr, creyéndome loco. El



camarero, único que había, me hizo pagar dos vasos de leche merengada que habían consumido los parroquianos.

Es decir, me los quiso hacer pagar, pero se los quedé a deber y se los estoy debiendo todavía.

¡Siempre matando a toda idealidad
las impurezas de la realidad!

Una mascarada

Por ser de carácter político, cabe hacer mención de la gran mascarada que organizamos en el Carnaval de 1870, unos cuantos amigos, parodiando la venida a España del que fué después llamado, con justicia, caballeroso Rey don Amadeo de Saboya.

Con botes del río Pisuerga, montados sobre camiones y aparejados de corbetas y fragatas, se formó la escuadra que fué a buscar a don Amadeo a Cartagena.

A bordo del bote que representaba a la fragata *Villa de Madrid*, iba yo acompañado de la comisión del Congreso y desempeñando el papel de Ruiz Zorrilla perfectamente caracterizado, según la opinión general.

La escuadra se dirigió desde el punto de su formación, plaza de la Boariza, a la estación del Norte, donde esperaba Eduardo Macho Quevedo que, por su figura y hasta por su cara, representaba muy bien al nuevo monarca elegido por 191 diputados.

Durante el trayecto, que se hizo en medio de una multitud enorme, iba yo de trecho en trecho declamando una parodia en verso del célebre discurso *de los puntos*, pronunciado por don Manuel Ruiz Zorrilla a bordo de la fragata de guerra *Villa de Madrid*.

Recuerdo que una parte de la parodia decía así:

«¡Qué puede esperar España
de esa vana juventud
compuesta de hombres ineptos
y sin sentido común,
que a la molicie entregados
pasan la noche en el club
en brazos del vicio, y luego,
sin pudor, se van a pu...
¡a públicas reuniones
antipatrióticas!... ¡Uf!»

Frecuentes campanillazos tuve que dar para reprimir las ovaciones de la multitud en todas las paradas.

Llegamos a la estación del Norte; con todas las ceremonias propias del caso, recibimos a bordo del *Villa de Madrid* al rey don Amadeo, elegantemente vestido de frac, con una ristra de ajos al cuello, y en los demás barcos a todo su acompañamiento, que era numeroso.

Puestos de nuevo en marcha, en medio del Campo

Grande figurábamos que habíamos llegado a Cartagena y desembarcamos todos.

A la entrada de la calle de Santiago, representando que habíamos llegado a Madrid, se formó la comitiva por este orden:

El monarca a la cabeza, solo, montado en un simple pollino; detrás, cabalgando en briosos ejemplares de la



misma especie, diez o doce generales formando la escolta, y, por último, los diputados, en coches.

Así llegamos al Café Suizo, donde los numerosos concurrentes que había nos recibieron con una gran ovación.

Se sentó el monarca en una mesa, que le cedieron los parroquianos que la ocupaban, y rodeado de todos nosotros, respetuosamente de pie, tomó una copa de ginebra, que le pagamos a escote.

En esto recibí de la empresa del Teatro de Calderón un palco principal, invitando al monarca y a su Estado Mayor a asistir a la función de aquella noche.

Después de cenar opíparamente en el Imperial, nos fuimos al teatro, cuando ya había empezado la función.

El numeroso público que llenaba las localidades se puso en pie, ovacionándonos, al vernos entrar en el palco, donde Eduardo Macho Quevedo ocupó la delantera, solo, y nosotros detrás sin sentarnos.

Se interrumpió la representación una porción de veces, porque los espectadores de las butacas subían en grupos al palco a cumplimentar a Su Majestad apócrifa.

Terminó la función, y a la salida fuimos detenidos por unos guardias municipales y conducidos al despacho del alcalde, que era a la sazón don Blas Dulce.

Nos reprendió (con razón) por nuestra irreverencia y nos impuso cinco duros de multa a cada uno.

A la noche siguiente, con un escrito que nos redactó José Muro, fuimos a ver al gobernador en solicitud de que nos levantara la multa impuesta por el alcalde.

Era un señor muy serio, de complexión fuerte y con cara de pocos amigos. Si no recuerdo mal, se llamaba Gallostra.

Le entregamos la solicitud, la leyó y nos dijo con acentuada severidad:

—¡De modo que son ustedes los que han ridiculizado al Rey don Amadeo!

—No, señor; dijo Eduardo Macho Quevedo; no ha sido esa nuestra intención. Es que a mí me dió el capricho de vestirme de toda etiqueta y, como contraste carnavalesco, colgarme al cuello una ristra de ajos.

—No lo puede usted negar; tiene usted algún parecido con el Rey.

—Pues, entonces, si ese es mi delito, que paguen la

multa los que me dieron el ser, que yo no tengo la culpa.

No por esa salida se desarrugó el ceño del Poncio.

—Algo harían ustedes en el teatro, dijo, para que les detuvieran al salir.

Entonces tomó la palabra Vicente Caballero, que era graciosísimo hablando, y contestó:

—Nada, señor gobernador; estábamos muy tranquilos en nuestro palco presenciando la representación sin hacer el menor gesto y nos extrañó mucho que a la salida nos rodearan más de doscientos municipales para llevarnos a la Alcaldía.

—¿Doscientos municipales? Hombre, no hay tantos en Valladolid.

—Bueno, si no eran municipales todos, los demás serían aficionados.

Aquí ya perdió la seriedad el gobernador, soltó una carcajada y dijo:

—Bueno, vayan ustedes con Dios. Queda retirada la multa.

Todo esto, que es histórico,
¿puede decirse que era
producto de fino ingenio?
¡No tal; de poca vergüenza!

Ya ven ustedes que me hago justicia y se la hago a todos mis compañeros de aquella carnalada, que fué en Valladolid un exitazo.

No relato muchas más
cosas de Valladolid
y paso a contar la parte
de mi Historial en Madrid.

EN MADRID

Primera temporada

El año 1869 se publicaba en Madrid un periódico diario titulado *El Popular*, del que era propietario don Miguel Perillán, fundador de *El Norte de Castilla*, de Valladolid. El director de éste, don Luis Polanco, fué llamado a Madrid para que dirigiera aquél, pero hubo disensiones al poco tiempo entre ambos y entonces el señor Perillán me ofreció la dirección de *El Popular*.

¡Mi sueño dorado! ¡Ser director de un periódico en Madrid! ¡A ver quién me tosía!

Me despedí de la fábrica de gas vallisoletana ¡y a Madrid con toda la familia!

Pero ¡ay! en Madrid ¿para qué ocultarlo? pasé las *ducas* como dicen los andaluces.

El primer jarro de agua que recibí fué en la tribuna de la Prensa, en el Congreso.

Iba yo muy ufano con mi representación de un periódico diario importante, cuando un periodista, extrañado de mi presencia en aquel sagrado recinto, se me acercó, preguntándome:

—¿Es usted periodista?

—Sí, señor; he entregado mi tarjeta al ujier.

—¿De qué periódico?

—De *El Popular*, contesté yo muy engréido, como si hubiera dicho: de ¡*La Epoca!*

—¿*El Popular?* Será de provincias.

—¡No señor; de Madrid! exclamé yo, indignado de



que aquel compañero ignorara la existencia en Madrid de un periódico tan importante.

—¡A ver, vosotros! dijo él, dirigiéndose a los demás plumíferos: ¿Conocéis un periódico que se titula *El Popular*?

—Sí, hombre, contestó uno de ellos: ¡*El Popular* de Cuenca!

Decir, caros lectores,
creo excusado
que me quedé de frío
como un carámbano!

Bueno, el caso es, para abreviar, que estuve dirigiendo aquel periódico—que, en efecto, aunque se publicaba en Madrid, no tenía lectores más que en provincias—desde el mes de enero al mes de septiembre del año 1869, y que fundé, en sociedad con el propietario del mismo, un semanario festivo titulado *El Buzón del Pueblo*, cuya viñeta fué el primer dibujo impreso de un joven aficionado a dibujar monos, que me visitaba con frecuencia y que después fué un notable caricaturista: Eduardo Sojo. *El Buzón del Pueblo* sí fué más conocido en Madrid que *El Popular* y llegó a venderse mucho.

Hubo una *aurora boreal*, aquella que le hizo perder el mando al gobernador civil de Toledo por no saber qué era. Dedicué unos versos al suceso meteorológico, comentado por los ministros, y decía de don Nicolás María Rivero, ministro de la Gobernación, y a quien se le atribuían aficiones alcohólicas:

«Don Nicolás el reflejo
viendo con el catalejo,
dice en frases malagueñas:
—S'ha derramao un peyejo
de vino de Vardepeñas.»

* * *

Durante aquella estancia mía en Madrid me ocurrieron algunas cosas dignas de contarse, pero sólo referiré una, relacionada con *El rizo de doña Marta* y que, si mal no recuerdo, ofrecí contar al hacer mención del estreno de esta obra en Valladolid.

Es el caso que un día ví anunciado *El rizo de doña Marta* en los carteles del Teatro del Recreo (Flor baja),

donde actuaba una compañía dirigida por mi amigo el notable joven actor Ramón Mariscal.

Quise asistir a la representación de incógnito para ver como simple espectador o como espectador simple, si la interpretaban bien o mal en aquel Teatro.

Llegué al salón de espera. (Ni aunque me amenacen con la lectura de un drama de autor desconocido, llamo yo *hall*, que se pronuncia *joll*, a lo que tiene su adecuado nombre en el idioma del más maravilloso de los Migueles.)

Estaba el salón de espera lleno de gente, porque no había terminado la sección de las ocho. Las funciones eran por horas.

Discurría yo entre los grupos, cuando ¡oh sorpresa! me veo de pronto ante la venerable figura de mi dómine en León, don Justo García de la Foz, que se había trasladado a Madrid para vivir en compañía de su hijo José, ilustre y cultísimo periodista, redactor en varios periódicos y anteriormente en *El Clamor público*.

—Hombre, ¡qué sorpresa! exclamó al verme. ¿Tú por estos andurriales?

—Si, señor; celebrando mucho este encuentro casual.

—Yo vivo aquí cerca ¿sabes?, en la calle de Leganitos y suelo venir aquí algunas noches.

Seguimos conversando de nuestros recuerdos de León hasta que sonó la campanilla, se abrió la puerta para la sala y nos dirigimos a ocupar nuestras localidades.

Otra casualidad sorprendente. Estábamos juntos en las butacas.

Mientras la orquesta tocaba la sinfonía oí este diálogo entre dos espectadores de la fila que estaba detrás de la nuestra:

—¿Cómo se llama eso que van a hacer?

—*El rizo de doña Marta*.

—¿Y quién es el autor?

—No sé, no me he fijado. A juzgar por lo del *riso* debe de ser algún peluquero.

Yo estaba como en ascuas.

En el curso de la representación mi adlátere don Justo, en algunas escenas, especialmente en la del *fosforero*, que tiene muchas alusiones políticas, me decía a cada momento:

—Tiene mucha gracia, ¿verdad?

Yo no sabía qué contestarle y no le quería decir nada en la creencia de que no sucedería lo que ocurrió.

Y lo que ocurrió fué que al final el público llamó al autor y que Ramón Mariscal se acercó a la batería y dijo:

—El autor de la obra que hemos tenido el honor de representar es don José Estraña, el cual no se halla en el Teatro.

Al oír esto don Justo, se vuelve hacia mí, lleno de estupefacción y me dice:

—¿Tú? ¿Eres tú el autor?

—Sí, le contesté ruborosamente.

Y entonces se pone en pie y empieza a gritar:

—¡Sí está el autor en el Teatro! ¡Sí está! Aquí lo tienen ustedes. Yo le enseñé latín en León. ¡Yo le enseñé latín! ¡Este es, éste!

El público, claro, prorrumpió en estruendosas carcajadas por lo original del caso, al par que en aplausos estrepitosos a don Justo y a mí.

¡Lo que yo hubiera agradecido que en aquel momento me hubiera tragado la tierra!

Nada, que Ramón Mariscal me invitó a subir al escenario y no tuve más remedio que dejarme ovacionar, para lo cual no iba yo preparado, porque no contaba con la casualidad de encontrarme con don Justo y la coincidencia de que estuvieran juntas nuestras dos butacas.



Malandanza no hay ya que me venza
ni me cause siquiera impresión,
cuando no me morí de vergüenza
en aquella tremenda ocasión...

Mi dómine, que ya no era adusto,
su cariño me quiso mostrar...

*¡Ay don Fusto, don Fusto, don Fusto,
no sabe usted el rato que me hizo pasar!*

(Música de *Fugar con fuego*.)

VUELTA A VALLADOLID

En el mes de septiembre de aquel mismo año (1869), visto que no podíamos congeniar el señor Perillán y yo (no confundirle con el ingenioso periodista Perillán y Buxó, sobrino de don Miguel y muy amigo mío) solicité mi vuelta de hijo pródigo fracasado a la fábrica de gas de Valladolid y fui admitido a vuelta de correo y con fondos para el viaje de toda la familia.

Ya he dicho en otro lugar lo que abusé yo de la benevolencia del director de la fábrica, monsieur Huard, que fué más tarde padre político de mi queridísimo e inolvidable hermano Antonio.

Pues bien; el mismo día en que iba yo a salir para la capital de Castilla la Vieja, encontré en la Puerta del Sol a mi excelente amigo Luis Polanco, que era a la sazón redactor de *El Imparcial*, encargado de la información mercantil triguera.

—¿Quiere usted algo para don Pedro Ansúrez? le dije.

—Hombre, ¿ya?

—Sí, señor.

—No me sorprende. Hay pocos que tengan la paciencia que yo he tenido durante tantos años.

—¡Qué le vamos a hacer!

—¿Y cuándo se marcha usted?

—Esta noche.

—No; aplase usted su marcha y mañana a las once vaya usted a verme a la redacción de *El Imparcial*. (Plaza de Matute.)

—Corriente; pues hasta mañana.

Yo creía que sería para hacerme algún encargo y no tuve inconveniente en aplazar mi viaje.

Al día siguiente fui a ver a Polanco y me dijo de sopetón:

—He hablado de usted a don Eduardo Gasset y tiene usted una plaza en *El Imparcial* para la sección de *Miscelánea*, con el sueldo de 12.000 reales.

La impresión que me causó el ofrecimiento fué de tal índole, que si no me sostiene don Luis pierdo el equilibrio.

Y fui tan imbécil, tan estúpido, tan asno, que no acepté tan bella proposición por la incolumidad *¡de mi consecuencia política!* ¿Qué dirían mis queridos correligionarios, los republicanos de Valladolid?

¡Desleal, hambrón, apóstata,
inconsecuente, traidor!
¿Yo exponerme a esos dictados?
¡Horror!

Si yo hubiera adivinado que iban a llegar estos tiempos de impudicia política, no hubiera sido tan burro.

Polanco, que más tarde llegó a ser una personalidad en la prensa y en la política, dirigiendo *El Imparcial* hasta que fué herido en un duelo a sable por don José Luis Albareda, y después director de *El Liberal*, cuando se fundó este periódico, y gobernador civil de varias provincias y otra porción de cosas, me decía:

—¡No sea usted tonto, que de *El Imparcial* salen gobernadores, directores generales y hasta ministros!

—Nada, amigo Polanco; yo le doy a usted muchísimas gracias por sus buenos deseos en favor mío, pero me voy a pescar barbos al Pisuerga.

Y me marché a Valladolid con toda la prole.

De esto que refiero puede dar fe el exministro don Rafael Gasset, que lo sabía y me lo recordó no hace muchos años en un viaje que hicimos juntos a Bilbao.

En esta nueva y prolongada estancia en Valladolid

continué llevando los libros de la fábrica de gas y seguí publicando semanarios festivos hasta el año 1876, en que me quedé cesante ¡parece mentira! por celos mal comprimidos del Director, respecto a una lindísima muchacha francesa, que ejercía de fámula en el domicilio de él.

¿Y eran fundados los celos?
¿Para qué negarlo? Sí;
¿pero qué culpa tenía
yo, pobrecito de mí,
de que la transpirenáica,
por la que él estaba ciego,
me dijera, camelándome,
que yo tenía *salego*?



En fin, que me vino la cesantía y me pasé unos cuantos meses corriendo un temporal espantoso entre las *cornadas* del hambre y las persecuciones del casero, el sastre, el zapatero, el tendero de comestibles y otra porción de *ingleses*.

Fué entonces cuando escribí diez o doce comedias a cinco duros una, gracias a la inconsciencia de un editor que creyó que se las representarían y que iba a hacerse millonario con ellas.

Así estaba yo en los principios de diciembre de 1876, cuando don Antonio María Coll y Puig, propietario y director de *La Voz Montañesa*, de Santander, aconsejado por mi inolvidable amigo el abogado don Ernesto Fernández, fué a Valladolid a ofrecirme una plaza de redactor de su periódico.

Ernesto Fernández y yo habíamos sido compañeros de hospedaje en Madrid cuando él era estudiante; y por él conocí en el Café Imperial a Marcos Zapata, Ceferino Treserra, José Monti y otros intelectuales de aquella época.

Por cierto que una noche de principios de mes, en que Ernesto había recibido el dinero de su casa y como de costumbre había desempeñado la ropa fina para volverla a empeñar ocho días después, nos convidó a varios al Teatro Real con la promesa de que nos íbamos a divertir.

Durante la función nada ocurrió que nos divirtiera; pero, al salir, cuando los ujieres van cantando los nombres de las personas de viso para que se acerquen los carruajes a la escalinata, Ernesto habló al oído a un ujier y éste gritó:

—¡Don Ernesto Fernández!

Toda la gente que había llegado a aquel punto de salida, tuvo curiosidad de saber quién sería aquel nuevo *personaje* y se fijó en él, que iba elegantemente vestido de irreprochable etiqueta, cuando vimos que se acercó a la

escalinata, no un coche, sino un mozo de cordel, sobre el cual se montó Ernesto, diciendo en alta voz:

—¡Pez, 13, tercero!

La donosa ocurrencia fué celebrada con grandes carcajadas por todos los que la presenciaron. ¡Pobre Ernesto! También ha desaparecido ya del mundo de los vivos. Era un carácter muy simpático.



Perdonen ustedes esta digresión y volvamos al hilo que dejé suelto.

Don Antonio Maria Coll y Puig quería que yo me pusiera en viaje inmediatamente para Santander.

Yo le contesté que aceptaba el ofrecimiento, pero que no podía venir a Santander hasta fin de febrero, porque me lo impedía el inconveniente de haber cobrado un trimestre de suscripción de *La Mar Azul* y no vencía hasta la fecha indicada. Proceder con honradez y con vergüenza ha sido siempre el lema de mi escudo, única herencia que me dejó mi buen padre. Por esto habrá muchos que me llamen *primo*. No me importa; porque ¡qué bien se vive con una conciencia limpia de toda acción reprochable! ¡Qué bien se duerme, salvo las noches en que no me ha dejado dormir la *Ciriaca* o cualquier otro padecimiento fisiológico!

El señor Coll, a cuya memoria conservo y conservaré siempre cariñoso culto, porque era buena persona, aparte de sus defectos psíquicos—porque ¿quién no los tiene?—, me manifestó su contrariedad por el aplazamiento de mi viaje, pero al fin se conformó y quedamos de acuerdo.

Pero con motivo de la Navidad de aquel año publiqué en *La Mar Azul* un artículo mío titulado *Los pavos reales*. Alguien se lo remitió al ministro de la Gobernación, que era don Francisco Romero Robledo. A éste le pareció irrespetuoso el artículo y ordenó al gobernador que castigara gubernativamente al autor.

Aquel simpático Poncio—que sí era simpático, porque en un banquete literario, en el que hubo brindis cómicos y otros excesos, me distinguió con sus elogios y con el ofrecimiento de su amistad particular—, ante la orden terminante del ministro no tuvo más remedio que encargar a la policía que me capturara y me llevase a la cárcel por primera providencia.

Lo supe a tiempo y me refugié en casa de un amigo, avisando a Muro, que no tardó en visitarme.

Díjeme lo que ocurría y Muro se fué a ver al gobernador.

—No sabe usted cuánto lo siento, le dijo éste, porque Estraña me ha sido muy simpático; pero ¿qué puedo yo hacer ante una orden tan terminante del ministro?

—Una cosa muy sencilla, le contestó Muro. Estraña se ha comprometido a ir a *La Voz Montañesa*, de Santander, a fines de febrero. Que se vaya mañana mismo y usted comunica al ministro de la Gobernación que le ha desterrado a la capital de la Montaña.

—Excelente idea. Ahora mismo voy a dar orden a la policía de que no lo capturen y usted dígame a Estraña que salga para Santander mañana mismo.

Tan pronto como Muro me comunicó el resultado de su gestión, me dirigí a casa, preparé el baúl y telegrafíe a Coll mi llegada, que sería a las seis de la tarde del día 1 de enero de 1877, noticia inesperada que le alegró muchísimo.

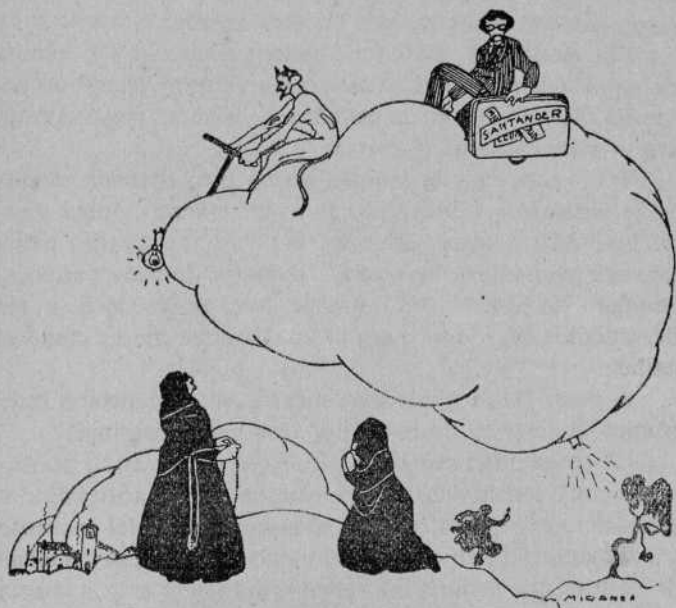
Me esperaban en el andén de la estación, que estaba entonces próximamente en el sitio que hoy ocupa el Hotel Continental, don Antonio Coll, Ernesto Fernández y Abelardo Unzueta, que había sido compañero mío en el Economato del ferrocarril del Norte, en Valladolid. Abelardo se empeñó en llevarme aquella noche a su casa, que estaba situada en lo más alto de la Vía Cornelia.⁴

Hubo un huracán del Sur
tan terrible aquella noche
que temblaban las paredes
y yo cogí un miedo enorme.
No pude cerrar los ojos
y decía *sotto voce*:
—¡Rediez, qué plácidas son
las frescas brisas del Norte!

Por la mañana, cuando me levanté, supe que habían

sido curadas en las farmacias, unas catorce personas lesionadas por la impetuosidad de aquella fresca brisa.

¡Cuántas beatas leerán
 todo esto y haciendo el bú
 con fanatismo dirán:
 —Al fin, lo confiesas tú;
 ¡te traje aquí Belcebú
 en alas de un huracán!



A media mañana, después de dar una vuelta por el Muelle, fuí a la redacción de *La Voz Montañesa*, que estaba entonces en la calle de San Francisco, en una casucha situada en el lugar que hoy ocupa el magnífico edificio donde está instalado el comercio de «El Aguila».

Conferencié con don Antonio Coll y le expuse mi plan periodístico, que aprobaron con entusiasmo él y el regente de la imprenta, el inteligente y culto Matías Ramo, que hacía un año había venido de Madrid a desempeñar dicha regencia.

Mi plan consistía en confeccionar el periódico por la noche para repartirlo y ponerlo a la venta en las primeras horas de la mañana. Era una innovación en Santander. Tengo derecho a recabar para mí la gloria de haber roto aquellos viejos moldes en esta capital.

Por cierto que cuando el gran público se dió cuenta de aquella ventajosa innovación fué cuando estalló un incendio formidable en la calle de la Blanca, destruyendo seis o siete casas nada menos.

Y fué que aquella azarosa noche hice muchas salidas de la redacción al incendio, para ir tomando notas y redactándolas, porque entonces era yo todo cuanto había que ser: pacotillero, noticiero, redactor de ecos políticos, revistero de teatros, todo menos *fondista*, es decir, autor de artículos de fondo, para lo cual nunca me ha dado el naípe.

A pesar de lo triste del suceso, yo encontraba muy cómico el servicio de incendios que había entonces.

Lo constituían parejas de bueyes conduciendo en narias, muy lentamente, como camina el ganado bovino, grandes barricas de agua que al llegar al sitio del incendio era transportada en cubos de mano a mano por cadenas de vecinos que se formaban para hacer llegar el agua hasta las llamas devastadoras.

Era curioso el contraste que había entre los que gritaban desesperadamente:—¡Agua, agua! y el pausado y calmado andar de los bueyeros, gritando:

—¡Aprieta, Garboso! ¡Tira, Lucero!

Por efecto de la labor periodística que yo estaba rea-

lizando sucedió que a las ocho de la mañana, cuando aún el incendio estaba en su mayor grado de intensidad, se quedó el público sorprendido al oír a los vendedores:

«¡*La Voz Montañesa*, con el incendio de la calle de la Blanca!»

Fué un éxito tan grande, que las suscripciones de *La Voz* aumentaron extraordinariamente.

Así se explica que al finalizar aquel año, don Antonio María Coll, que, como ya he dicho, era todo un caballero, me dijera espontáneamente:



—Desde principio del nuevo año cobrará usted de sueldo cincuenta duros mensuales.

Hasta aquel día sólo había cobrado treinta y cinco.

Volviendo al punto que dió origen a esta digresión,

procede decir que desde los primeros días de mi ingreso en *La Voz* me propuse escribir una sección festiva diaria, y para que el título de esa sección fuera lo más modesto posible, pregunté, porque yo no lo recordaba, cómo se llamaba esa mercancía menuda que solían traer los tripulantes de los barcos procedentes de América.

—*Pacotilla*, me contestaron.

Y he aquí cómo fué bautizada la sección festiva de *La Voz Montañesa*, sección en verso y prosa, de que carecían todos los periódicos. Después surgieron imitadores aquí, en Madrid y en otras provincias. Unos, confesándolo, me llamaron y siguen llamándome *maestro*, aunque no es para tanto; pero otros, que de seguro me superan en amenidad y en ingenio, antes les aspan que dar a entender que yo fuí el inventor de ese percal; y gracias que no me han llamado todavía su imitador o su discípulo, por lo menos que yo lo sepa, porque ¡vaya usted a saber si no lo habrán dicho en sus intimidades!

Pero, bueno; esto, después de todo, no tiene importancia.

Cuestión de temperamento
entre los folicularios.
¡Una de tantas que no
necesitan comentarios!

*
* *

Pues, como iba diciendo, se introdujo la innovación nocturna para la confección del periódico, inauguré mi sección *pacotillesca*, el público se fué acostumbrando a desayunarse leyendo el periódico o a leer el periódico desayunándose, aumentaron considerablemente los ingresos en la Caja de la administración y todo marchaba como una seda.

Pero... ¡cosas de la vida! Allá por los últimos días de enero, un amigo mío, empleado para la correspondencia en la casa comercial y de banca de Bacqué, calle de la Montera, en Madrid, me engolosinó con el ofrecimiento de la plaza de auxiliar de tenedor de libros que tenía el sueldo de 8.000 reales; y como Madrid me atraía y yo contaba ilusoriamente con que ese empleo me dejaría tiempo para dedicarme a mis aficiones literarias, cerré los ojos, me despedí de Coll, que fué como si le hubiera descerrajado un tiro a boca de jarro, y a Madrid con toda la familia, que recogí, a mi paso, en la ciudad del Pisuerga.

¿Qué les parece a ustedes,
lectores míos,
de lo ligero y loco
que era este tío?
Digan ustedes todos,
si les agrada
ser conmigo benévolos:
—¡Qué tarambana!

Es el apóstrofe más benigno que merecía en aquella época calamitosa de mi vida.

OTRA VEZ EN MADRID

Desde los primeros días comprendí que había cometido un disparate mayúsculo. Mi ilusión de que mi empleo en la casa de Bacqué me dejaría tiempo bastante para cultivar mis aficiones literarias teatrales se desvaneció como el humo. Se me exigía un trabajo de ocho a diez horas diarias y el sueldo de ocho mil reales que me ofrecieron quedó reducido a seis mil. Mi amigo había interpretado

mal la cuantía de los honorarios. ¡Qué mundo, hombre, qué mundo! Todas mis reclamaciones fueron desoídas por el apoderado de la casa, cuya vacuidad cerebral corría parejas con su enfatuamiento.

¿Y los demás empleados? Fuera de dos, con los que simpatiqué, porque tenían sentido común, los otros, que eran de los que no concedían mérito alguno a ningún provinciano, me trataban despectivamente.

Mi amigo, el encargado de la correspondencia, me dijo una mañana en alta voz oyéndolo todos:

—Pepe: en el Teatro Español van a celebrar el sábado el aniversario de Cervantes, con lectura de poesías. Manda a Vico tus décimas para que las lean.

—En ese caso, le contesté, las leería yo mismo.

—Grandes carcajadas de mis compañeros de escritorio.

—¿De qué os reís?—les dijo mi amigo.—¡Pues no ha leído pocas veces en públicol

—Eso habrá sido en Valladolid, pero aquí, en la corte, se hila de otro modo.

Alguno de éstos sería, quizá, aquél a quien le preguntaron en Valladolid, a orillas del Pisuerga:

—¿Qué le parece a usted este río?

—Hombre, para ser de provincias, no es malo del todo.

Se me subió la sangre a la cabeza y les dije:

—Vaya, ¿apuestan ustedes la cena a que el sábado leo yo en el Teatro Español?

—Lo primero es que le permitan a usted leer.

—¿Apuestan ustedes la cena con champagne a que sí me lo permiten?

—¡Quiá!

—Sí o no. ¿Va la apuesta?

—Va.

—Pues ahora mismo voy a mandar a Vico una tarjeta.

—¿Pero usted conoce a Vico?

—Y Vico me conoce a mí también. Ya lo verán ustedes.

En efecto, al día siguiente se quedaron estupefactos cuando leyeron la cariñosísima contestación de Vico, diciéndome que si él hubiera sabido que yo estaba en Madrid, él mismo me lo hubiera suplicado.

Desde aquel momento empezaron a temer que perdían la apuesta.

Pero aún contaban con que yo no me atrevería a presentarme ante un público como el del Español y tomaron localidades para presenciar, por lo menos, mi fiasco.

Yo, elegantemente vestido, de prestado, por supuesto, pasé al escenario, saludé a Vico, entré en el cuarto de la primera actriz Antonia Contreras, amiga mía, a la cual visitaba en aquel momento el insigne don José Echegaray, a quien me presentó, y al llegar el acto de la lectura de poesías, nos presentamos en escena: Antonia Contreras, Vico, Oltra, Pizarroso y este cura.

Vico me indicó que me adelantara a la batería, y leí, como yo leía entonces, cuando tenía dentadura y poca vergüenza, ocho décimas, que por indicación de aquel *currinche* que se llamó don Juan Eugenio Hartzenbusch, se



habían publicado ya en *La Ilustración Española y Americana*.

Copiaré nada más la última:

¡Cervantes! Sublime loco
 atleta del pensamiento;
 perdona mi atrevimiento
 si aquí tu memoria evoco,
 que en el mundo donde invoco
 tu grandeza positiva
 no hay lengua que te describa,
 ni pluma que te analice,
 ni pincel que te idealice,
 ni mente que te conciba!

Excuso decir que fuí muy ovacionado, aunque sin oreja; que pagaron la apuesta concertada los que la perdieron y que, desde entonces, extremando su concepto favorable, como habían extremado el despectivo, se mostraban como orgullosos de tener por compañero a un *eminentísimo* poeta:

¡Para mí estaba!

Sin embargo, no lo lamento.

Nunca he sido envidioso de los que ganan
 en los torneos lauros inmarcesibles,
 pues elevarse mucho se hace preciso
 y se pierden de vista los comestibles!

¡YO, BOHEMIO!

Aquí encaja bien otro episodio que me ocurrió como lector de poesías:

Había en Madrid un célebre bohemio apellidado Guyón, de clase aristocrática, hijo de una vizcondesa que

no podía atraerle al regazo maternal. Vivía en la calle, dormía en los bancos de los paseos y comía de lo que le daban por improvisar versos con pie forzado. Prefería al bienestar y al «confort» de su casa el aire libre; y al aseo y a la buena ropa, el abandono en la persona y el desaliño en la indumentaria.

Se me presentó en Valladolid con motivo de una breve excursión que hizo a aquella capital; le llevé a mi tertulia del reservado del Suizo y allí, improvisando *ovillejos*, sacó unos cuantos reales para volver a Madrid.

Cuando supo que yo estaba en la Corte fué a visitarme a mi domicilio varias veces, no a darme sablazos, porque ya sabía que poco más o menos estábamos a la misma altura financiera, pero sí para comunicarme sus proyectos literarios y sus aspiraciones a ser propietario de la casa que habitaba por entonces: un banco del paseo de Recoletos.

En una de aquellas visitas, me dijo:

—Hoy vengo a suplicarte una cosa que no me negarás. Estoy dirigiendo los ensayos de una función que va a dar una sociedad aristocrática en el Teatro de Variedades. Quieren que se lean poesías y me han encargado que te ruegue tu cooperación leyendo una composición tuya. Yo leeré otra mía y asistirán también otros poetas.

—¡Rediez, ya me conoce la aristocracia! dije yo para mi chaleco, creyendo como un tonto lo que me decía Guyón.

Confieso, pues, que me halagó la invitación; yo necesitaba eso: bullir entre todas las clases sociales, y ya que la aristocracia venía a mí, ganar simpatías en la aristocracia.

La noche de la función, calculando bien la hora del intermedio, en que se iban a leer las poesías, me dirigí al Teatro de Variedades y encontré a Guyón a la puerta del callejón que conducía al escenario.

—¿Qué haces aquí?—le pregunté.

—Estoy esperando a unos amigos que van a prestarme la ropa para salir a escena.

Poco después llegaron, en efecto, unos jóvenes con líos de ropa.

Pasamos al escenario y en uno de los vestuarios, entre el peluquero y los prestamistas de la indumentaria, transformaron a Guyón en un elegante y gentil señorito.

¡Qué diferencia de verle mal trajeado, sin peinar y sin afeitarse, a verle con su bonita cabeza de pelo rubio ensortijado, esmeradamente peinada, y con un traje *comme il faut*, de smokin!

¡Y pensar que este joven podía vestir así diariamente y darse buena vida, porque su madre disfrutaba de buena posición, y, sin embargo, prefería vivir bohémicamente a salto de mata y comiendo muchos días por casualidad...!

Lo mismo aquí que en Bombay
hay gustos buenos y malos;
pero también hay, ¡caray!
gustos que merecen palos...
¡Rediez, vaya si los hay!

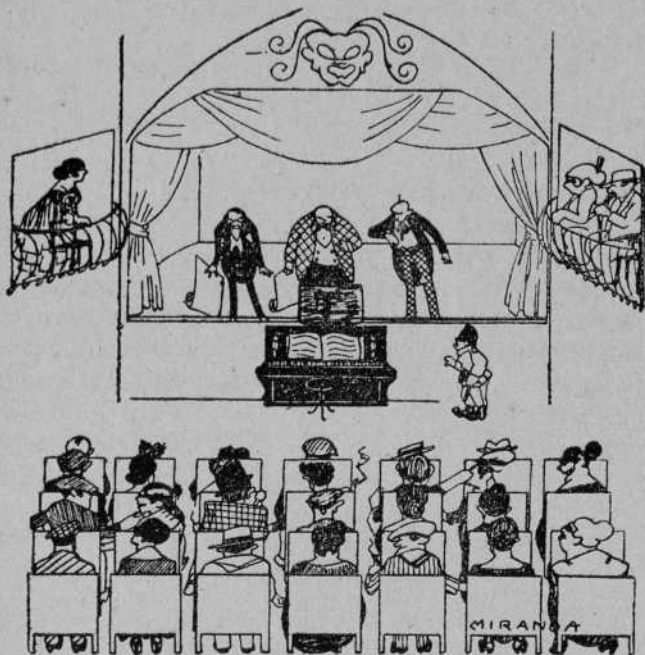
Terminó el tercer acto de la comedia que estaba representando la sociedad de aficionados y pasamos al escenario los poetas, capitaneados por Guyón.

Yo estaba emocionadísimo por la clase de público ante el cual iba a presentarme. ¡La aristocracia de Madrid!

Nos pusimos en fila los poetas, se levantó el telón, me calé los lentes para ver al publiquito y Dios me dió fuerzas para no desmayarme.

¡Había en los palcos chulas
que azaraban con su risa
y en el patio espectadores
hasta en mangas de camisa!

No me desmayé, pero me quedé helado como un sorbete de fresa.



Y para mayor martirio, me cogió Guyón del brazo y me presentó al público con una improvisación, su especialidad, llamándome poco menos que el rey de los poetas españoles.

Qué cosas tan estupendas no diría de mí, que salió una voz estentórea de la galería diciendo:

—¡Camará, pus no es naide el gachó del arpa!

Leí después unos versos míos que aquel publiquito aplaudió, pero seguramente sin entenderlos.

Leyeron los demás poetas, todos anónimos como yo,

y terminó Guyón con unos versos que ya le habían aplaudido muchas veces.

Había terminado nuestra misión, pero faltaba el último golpe para remachar el clavo.

—Vaya, adiós, le dije a Guyón, y gracias por haberme engañado y puesto en ridículo ante tu *aristocracia*.

—Pero qué, ¿te marchas?

—Naturalmente.

—No, espera un poco.

—¿Esperar? ¿Para qué, si ya hemos concluído y yo tengo que hacer en otra parte?

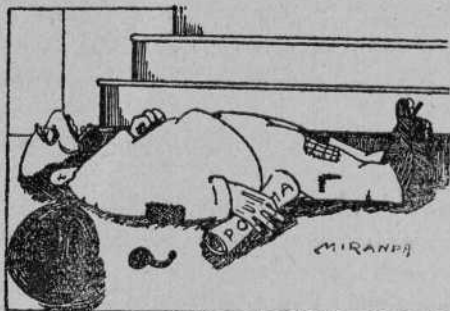
—Te digo que esperes; me van a pagar ahora los cinco duros en que he ajustado la lectura de las poesías y vamos a correr una juerguecita con Pelayo del Castillo y otros amigos que nos están esperando en la taberna de ahí enfrente.

¡Tableau!

Temí verme en un proceso
y con grilletes en pos...

¡Si no llega a ser por eso
le estrangulo, como hay Dios!

Y él procedía como procedió conmigo, sin ánimo de faltar, ingenuamente, como la cosa más natural del mundo.



¡Pobre Guyón!
Su fin fué el que se le había pronosticado. Una mañana apareció muerto en un portal. Algún tiempo antes, Pelayo del Castillo, el famoso autor de *El que nace para ocharo*, había sido en-

contrado muerto en la calle sobre un montón de basura.

He narrado ese episodio
porque declarar me apremia
que yo también, sin saberlo,
he sido de la bohemia.

¡Vaya por Dios! ¡Cuántas cosas le pasan a uno en la vida!

REVISTERO TAURINO

Como yo había sido en Valladolid corresponsal del célebre semanario taurino *El Enano* cuando empecé a escribir revistas de toros en la patria chica de Pacomio Peribáñez, al llegar esta vez a Madrid visité al director y propietario de aquel periódico, don José Carmona. El y Ernesto Jiménez, muy inteligente revistero, me suplicaron mi cooperación, y mediante billete que me llevaba al Café Imperial Jiménez las vísperas de corrida, concurría yo al palcoquetenía abonado Carmona. *El Enano* se publicaba cuando el público salía de los toros. Íbamos una porción de revisteros y cada uno se encargaba de re-



señar la lidia de un toro. Yo hacía siempre la revista del primero, precediéndola de un preámbulo en verso que escribía en el mismo café, horas antes de ir a la plaza. Unos cuantos chicos, colocados de trecho en trecho, conducían de mano en mano las cuartillas correspondientes a cada toro hasta la imprenta.

¿Y quiénes dirán ustedes que eran mis compañeros en *El Enano*?

Pues nada menos que el autor de *Marina*, don Emilio Arrieta; el inolvidable Peña y Goñi; Ernesto Jiménez; Ledesma, famoso caballero en plaza; Carmona y el gran Sánchez Neira, que nos cita a todos en una crónica con el título de *El palco X*, publicada en *Sol y Sombra*.

Los abonados de un palco lateral nuestro eran *lagartijistas* y nosotros todos *frascuelistas*.

Figúrense ustedes las lindezas que nos diríamos de palco a palco, sin perjuicio de obsequiarnos mutuamente con olorosa manzanilla, emparedados y otras menudencias *ejusdem furfuris*.

Coincidíamos, por fin,
después de tanto calor,
en que eran dos maravillas
Rafael y Salvador.

Los días de fiesta todo iba bien, porque no tenía yo que ir a la oficina, pero las tardes de toros en días de labor me ponían en un conflicto.

Yo salía del apuro
de una manera muy fina.
¿Que cómo? Yendo a los toros
y faltando a la oficina.

El apoderado me ponía cara de perro al día siguien-

te, pero yo le ponía cara de gato, dispuesto a si me re-
prendía, no contestarle más que así:—*¡Miau!*

A GRANDES MALES, GRANDES REMEDIOS

Bueno, que la Casa Bacqué defraudó todas mis esperanzas y que no me arrojé de cabeza por el acueducto de la calle de Segovia por miedo de hacerme daño, ni al estanque del Retiro temiendo que el agua estuviera demasiado fría.

¡Pero cuán verdad es que *post nubila Fæbus!*

En los últimos días de agosto de aquel mismo año, 1877, se me presentó mi amigo del alma, Enrique Rodríguez Solís, que aún vive y Dios le conserve la vida muchos años más, y me dijo, dándome un alegrón más grande que si me hubiera caído el premio gordo:

—Vengo de Santander, donde he veraneado, y traigo un encargo para tí: que si no estás a gusto en casa de Bacqué te recibirán en *La Voz* con los brazos abiertos.

—¿Sí? Pues telegrafíale inmediatamente que me mande cuarenta duros para el viaje. Anda, no te entretengas ni siquiera para piroppear a las modistillas que encuentres en el camino.

Tres días después el mismo Solís me entregó los cuarenta duros y me presenté, *ipso facto*, al estúpidamente engreído apoderado de la casa.

—¿Quiere usted algo para Santander?

—Hombre, ¿pues cómo es eso? ¿A quién ha pedido usted permiso?

—A la Cibeles.

—¿Pero es que no vuelve usted?

—Sí, señor; las espaldas.



—Caray, ¡qué lástima! Ahora que habíamos acordado don Alejandro y yo subirle a usted el sueldo, porque estábamos muy satisfechos de su labor!

—¿De veras? Ya decía yo que eran ustedes muy buenos... para ponerlos en vinagre.

—¡Oiga usted!

—¿Qué? ¿Va usted a decirme que lleve buen viaje? Muchas gracias. ¡Hasta nunca!

Vine, pues, de nuevo a Santander a cumplir la condena de destierro impuesta por Romero Robledo, después de haberla quebrantado por espacio de ocho meses, sin

que se enteraran las autoridades; y esta es la hora, diez de la mañana del 24 de enero de 1916, en que ya no me he movido de la capital de la Montaña, ni pienso cambiar de residencia hasta que Romero Robledo me levante la pena de destierro que me impuso.

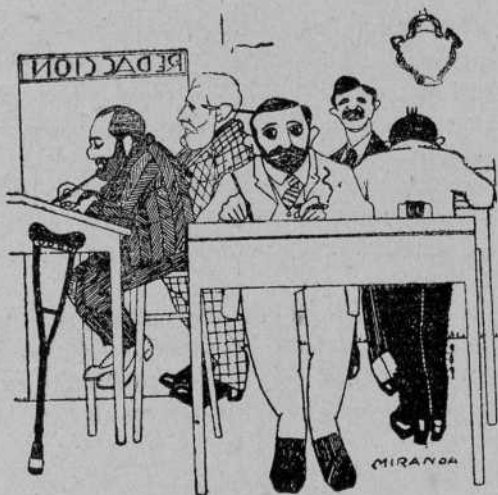
Yo soy así. Muy respetuoso con las autoridades.

EN SANTANDER

Desde aquel mes de septiembre de 1877 hasta abril de 1895 pertencí a la redacción de *La Voz Montañesa*, en calidad de redactor-jefe.

¡Dieciocho años!

Alternativamente fueron mis compañeros, como redactores de plantilla, Florencio Bravo, de Valladolid, que



falleció muy joven; Felipe Olmedo, de ídem, secretario de la Diputación de Zamora desde hace muchos años; (1) Honorio Torcida, de Santander, que falleció en Madrid hace poco tiempo; Francisco Iribarren, de Santoña; el célebre noticiero Vicente García, y, por último, Roberto Castrovido, el hoy popularísimo e ilustre director de *El País* y diputado a Cortes por la coronada villa.

Con Castrovido me une desde entonces una cordialísima, fraternal amistad, aparte de la admiración que me inspiran su gran talento y su vastísima cultura.

Como dije de Duque y Merino,
reinosano escritor de primera,
que es Roberto también decir puedo
un brillante montado en madera.

*
* *

En la colección de *La Voz Montañesa* está la historia más accidentada de mi vida. Polémicas agrias con los reaccionarios y con las fracciones republicanas contrarias al federalismo; denuncias frecuentes por atrevimientos de pluma; desafíos, sin llegar nunca la sangre al río... de la Pila; excomuniones tremendas de obispos y numerosos procesos, entre los cuales figura el célebre motivado por la reseña cómica de una peregrinación al Convento de las Caldas de Besaya.

Juro en mi ánimo, ahora que nadie nos oye, que no pretendí en aquella reseña ofender los sentimientos religiosos de los católicos, sino dar expansión a mi espíritu humorístico, para agradar a los lectores de *La Voz*, sin la

(1) También vivía cuando se publicó la primera edición. Ha fallecido poco antes de publicarse esta segunda. (R. I. P.)

más ligera injuria personal para nadie, como así consta.

La vista de la causa fué un acontecimiento. Vino de Valladolid a defenderme mi antiguo amigo de la juventud, el famoso criminalista y antropólogo don Angel María Alvarez Taladriz, que no ha llegado a escalar las alturas de la política, como sus paisanos Pepe Muro, Germán Gamazo, Sánchez Román y otros, porque no ha querido salir de su *dolce far niente*, que dijo el *Chuchi*.

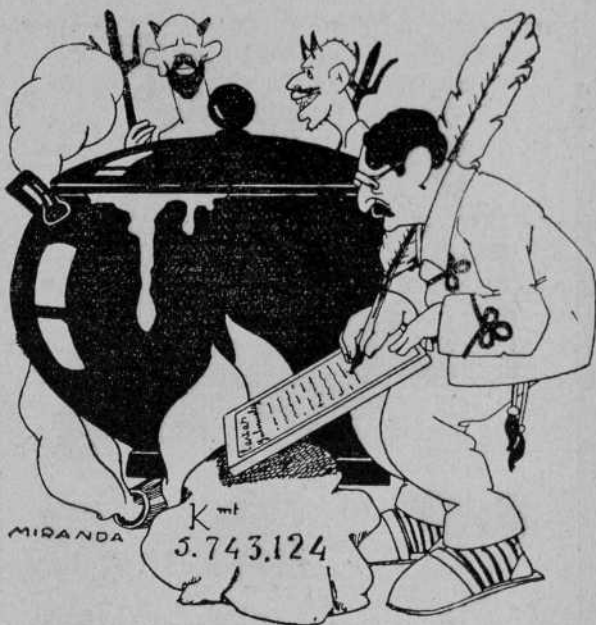
Angel Alvarez Taladriz estuvo tan elocuente, tan arrebatador en su discurso de defensa, que fué sacado de la Audiencia en hombros y vitoreado entusiastamente.



Sali condenado a tres años, seis meses y veintiún días de prisión correccional. (De horas y de minutos no decía nada la sentencia.)

Esta fué confirmada en diciembre de aquel año, 1887, por el alto Tribunal Supremo, ante el cual me defendió con su gran elocuencia, avivada por nuestra antigua amistad, el ilustre Rafael Ureña, hermano político de Sánchez Román y decano actualmente de la Facultad de Derecho en la Universidad Central. ¡Nadie, como quien dice!

Ya condenado sin más apelación, ¿qué había de hacer yo? Pues lo que hice: fugarme al Infierno, en cuyos antros



permanecí doce meses casi justos, escribiendo las *Cartas infernales* que publicaba *La Voz Montañesa* cada tres días.

Luego hice con ellas un tomo cuya edición se agotó completamente.

YO, FISONOMISTA

Quiero hacer gala—¿por qué no?—de todos los dones que debo a nuestra mamá Naturaleza.

Y uno de esos dones es el de buen fisonomista.

El caso que voy a referir lo demuestra plenamente.

Durante los trece años que fui yo tenedor de libros de la fábrica de gas de Valladolid, había enfrente de la fábrica un almacén de carbón de piedra, del que era dueño un honrado industrial, hombre de pocas luces intelectuales, a quien llamábamos Victoriano el de los carbones.

Este Victoriano pasaba muchos ratos con nosotros en nuestra oficina, porque no tenía mucho que hacer en su establecimiento. Algunas veces surtía de carbón a la fábrica.

Pues bien; en una de mis excursiones a Valladolid, a cuyas ferias de septiembre no faltaba yo nunca, y a los pocos años de residir yo en Santander, tropecé a la puerta del Café Imperial con un hombre que exclamó al verme:

—¡Caramba, Estrañi! ¿Usted por aquí?

—Sí, señor; como todos los años por la feria. Contesté yo sin acertar quién era aquel sujeto que me saludaba.

De pronto se me figuró que era un tan Gabriel, mozo del Café Suizo, y le dije:

—¡Vaya, hombre, vaya! ¿Y sigue usted todavía en el Café?

—¿Qué Café?—dijo el hombre, extrañándole mi pregunta.

(Adiós, metí la pata, dije yo para mi camisa interior.)

Y queriéndolo arreglar, añadí:

—No sé quién me dijo que había usted establecido un Café.

Al notar el hombre estas perplejidades mías adivinó que yo no le había conocido, y exclamó:

—Nada, está visto que no me ha conocido usted. Yo soy Victoriano, el de los carbones.

—¡Amigo Victoriano!—exclamé yo abrazándole—: tiene usted razón, no le había conocido. Yo sí decía para mí: «esta cara la conozco yo», pero no caía en quién era usted. Perdóneme que yo sea tan mal fisonomista, aunque no es mía la culpa.

—Pero, hombre, tantos años viéndonos todos los días...

—Sí, señor, sí; pero ¿qué quiere usted? Yo no tengo la culpa de ser tan torpe en recordar las fisonomías de mis amigos y conocidos, cuando pasa algún tiempo sin verles.

—Bueno, pues tomaremos juntos unas copas.

—Con mucho gusto, Victoriano. ¿Cómo no? ¡O somos o no somos!

Entramos en el café
el tal Victoriano y yo
unas copas a apurar.....
¿Sería yo quien pagué?
¿Sería él quien pagó?
¿O nos fuimos sin pagar?
Con el tiempo que pasó
¡vaya usted a recordar!

*
**

Lo referido pasaba en Valladolid en el mes de septiembre.

En la primavera del año siguiente leí en un periódico vallisoletano que había llegado a aquella capital el que fué mi amigo don Ramón Chies, director de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, que se había hospedado en la casa de Taladriz y que había enfermado.

Quince días después leí en la misma prensa vallisoletana que ya estaba restablecido Chies y que, entre otros homenajes que estaba recibiendo, había organizado un banquete en su honor el almacenista de carbones de piedra don V. G.

¡Lo que me chocó a mí que Victoriano el de los carbones, que no tenía nada de intelectual ni de rumboso, y esto último porque tampoco lo podía ser, se arrancara con un banquete en honor de Chies, cuando yo suponía que ni sabía quién era!

Se lo dije a mi compadre Bravo en uno de los frecuentes viajes que hacía a Santander desde la primavera.

—Me ha chocado mucho—le dije—lo del banquete de Victoriano el de los carbones a Chies.

—No se llama Victoriano; se llama Valeriano.

—No, hombre, no; Victoriano.

—Te digo que se llama Valeriano. ¡Si lo sabré yo!

—¡Pero, hombre, si le he estado tratando más de trece años!

—Y yo también. Eso es que tú sigues trabucando nombres y con la memoria echada a perder. Acuérdate si no de lo que escribiste en la revista de una becerrada en la que yo tomé parte:

«Y sale al redondel Santiago Bravo,
que es mi compadre, por la circunstancia
de que en la pila yo le tuve un hijo
¡que por cierto no sé cómo se llama!....»

—Chico, voy creyendo que yo estaba equivocado y que se llama Valeriano ese de los carbones.

—Ah, no te quepa la más mínima duda.

Y, en efecto, quedé convencidísimo de que era Valeriano su nombre y no Victoriano, como yo había estado creyendo, erróneamente.

* * *

Llega el verano del año aquél.

Como de costumbre, después de comer, voy al café del Occidente, situado en el mismo perímetro que ocupa hoy el gran palacio municipal.

Yo era siempre de los primeros que llegaban a la terraza.

Un caballero, forastero, que estaba hablando con un camarero (tres consonantes en ero), y elegantemente vestido, se dirige a mí, al verme llegar, y exclama:

—¡Caramba, Pepe, qué encuentro tan agradable!

Otro conflicto para mí. (¿Quién será este señor?)

—Hombre, celebro encontrarte de tan buen aspecto. Me habían dicho que no andabas bien de salud.

—Muchas gracias. Ahora estoy bien. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—¿Usted? ¿Qué es eso de usted? ¿Es que ya no me conoces? ¡Siempre nos hemos tuteado!

(Yo estaba sudando tinta.)

—Sí, sí; lo que me pasa, ¿sabe usted?, es que algunas veces me confundo de tal modo que...

—¡Vaya, hombre, vaya! Cualquiera diría que no querías conocerme.

—Hombre, por Dios; eso sí que es no conocerme a mí.

—Pues entonces.....

—Vaya, para darle a usted una prueba de lo mal

fisonomista que soy, le voy a contar a usted lo que me sucedió el año pasado en Valladolid con Valeriano el de los carbones.

—¿Conmigo?

—¿Cómo con usted?

—Sí, hombre, sí; ¡ese Valeriano de los carbones soy yo!

¡La vértiga! Me quedé mudo de estupefacción durante un largo rato. Luego dije:

—Pero usted es el que tenía un almacén de carbón frente a la fábrica del gas?

—No, hombre, no; ese era Victoriano!

Ya, entonces, me lo expliqué todo. Después fui recordando con la conversación quién era mi interlocutor, que, en efecto, fué uno de mis íntimos amigos en Valladolid y lo siguió siendo después. Era una buenísima persona.

La causa de mi extraña confusión
fué que, negociando ambos en carbón,
el uno se llamaba Victoriano
y el otro Valeriano.

Uno y otro en carbones negociantes,
con la misma inicial y consonantes.

¡Pero lo que más salta a la vista
es que yo soy un gran fisonomista!

VISITA A MI DEFENSOR, UN ÁLBUM Y UNA CORRIDA DE BECERROS

En manifestación de gratitud a mi queridísimo amigo y abogado defensor Angel María Alvarez Taladríz, así como de simpatías por parte de muchos, muchos santan-

derinos, merced a la popularidad que alcanzó en Santander con mi defensa, se acordó dedicarle un álbum con las firmas de todos sus admiradores.

Resultó un álbum voluminoso y lujosamente encuadernado y para llevarse a Taladriz fuimos designados don Restituto Collantes, mi procurador Bernal, Pepe Quirós y mi humildísima persona.

Le anunciamos, al efecto, nuestra visita, y nos contes-
tó que se preparaba a agasajarnos con la lidia de un to-
rete en su finca (antigua de Lecanda), para lo cual había
pedido ya uno a propósito a varias ganaderías próximas,
para ver cuál de ellas podría proporcionarlo mejor, a fin
de que lo lidiáramos nosotros mismos, con los amigos de
Valladolid.

Desde que esto supimos
con entusiasmo
Bernal y yo, erigiéndonos
en Catedráticos,
á Quirós y Collantes
les instruíamos
en el Arte de Cúchares
y Pepe-Hillo,
sirviéndonos para eso
de bravo toro
la butaca poltrona
de don Antonio.

Llegó el día de la marcha; no hay para qué contar los
graciosísimos incidentes del viaje, y llegamos a Valladolid,
dirigiéndonos al Hotel de Francia, de donde al siguiente
día, fué a sacarnos con equipajes y todo para conducir-
nos a su casa aquel incomparable Angel, bajo cuyo as-
pecto de apóstol venerable con su luenga barba, negra
entonces, y ahora blanca, que le llega al pecho, se oculta

el hombre más alegre, expansivo, ingenioso y bromista que he conocido, como lo apreciarán mis lectores, cuando yo les refiera la broma de que nos hizo objeto a sus visitantes.

Nos dijo al llegar a su casa, que al día siguiente por la tarde se celebraría la corrida, pues por la mañana llegaría el torete, mostrándonos una carta en la que así se lo anunciaba el ganadero.

Omito la interminable serie de escenas graciosísimas que nos proporcionaron durante nuestra estancia en Valladolid varios amigos de buen humor, entre los cuales descollaba mi ocurrentísimo compadre Santiago Bravo (q. e. g. e.).

Y vamos a la fiesta taurina.

LA LIDIA DEL TORETE

En coches nos dirigimos a la bodega y finca de Talar-driz, que está cerca de la plaza de Toros.

Angel y yo fuimos en la berlina suya y al parar ante la puerta de la posesión me dijo señalándome a un vaquero que estaba recostado en la pared:

—Ese es el que ha traído a la fiera.

Me acerqué a él y le pregunté:

—¿Que tal es el torete?

—Mú majo pa que ustés se diviertan.

—¿Pero no habrá peligro?

—Náa; en teniendo cuidao de que no le coja a uno contra la pared... ¡pero así too, náa, hombre, náa!

Bueno; penetramos en la finca, cuya primera parte la constituye la gran bodega, ante la cual hay un gran espacio en ángulo, donde iba a celebrarse la fiesta taurina.

En frente de la bodega, o sea a la izquierda de la puer-

ta de entrada a la finca, hay un edificio cuya planta baja es la habitación del cachicán y la superior un despacho que tiene allí Taladriz, muy artísticamente decorado.

Al lado de la bodega hay una especie de cuadra que estaba cerrada, diciéndonos el vaquero que allí se hallaba enchiquerado el becerrete.

No sin nuestro poquito de jindama fuimos todos acercándonos a la puerta del chiquero para mirar por la cerradura.

Y lo que vimos, ¡horror!,
nos hacía estremecer...
¡Era un toro de cinco años
al parecer!

Se encontraba echado y sólo le veíamos desde el morrillo hasta el apéndice posterior.

Después nos fuimos enterando de los detalles.

Había dos caballejos con sus monturas de picador y todo.

Doce pares de banderillas, dos de ellas de lujo, colocadas en la pared de la bodega a guisa de un escudo de armas.

Y capotes de brega, muletas, estoques, puntilla y hasta un botijo de agua para enjuagarse la boca los lidiadores.

A todo esto el vaquero se acercó a Taladriz y le preguntó:

—Don Ange, ¿han traído árnica?

—¡Rediez!—exclamé yo.—¿Pero es que vamos a correr peligro de salir agujereados?

—No—dijo el vaquero—; es por si le coge a alguno entablerao. Fuera de tablas, en los medios, ni siquiera un revolcón. Ya lo verán ustés.

—Más vale así.

—Lo que sí pué suceder, don Ange, es que el torete

se nos escape por este lindero de «boje» que ofrece poca resistencia.

—¡Ah—contestó Taladriz!—, eso se arregla ahora mismo. A ver, que vengan los mozos que están trabajando en el viñedo.

Llegaron éstos y plantaron unas estacas fuertes para que el torete no se pudiera escapar por allí.

Presenciando todos estos preparativos decía yo para mi capote de brega: «¡Cualquier día me pongo yo delante de ese bicho!»

Al efecto, estudié un plan estratégico para ponerme en salvo con la oportunidad debida.

Como se iba haciendo tarde y la cuadrilla de mi compadre Brabo (a) *Boca Torcida*, no acababa de llegar, Enrique Ruiz, empresario entonces del Teatro de Lope y que iba a actuar de picador, salió en su caballo, por la carretera, a ver si venían.

Poco después entraba gritando y riéndose a carcajadas:

—¡Ya viene, ya viene la cuadrilla de *Boca Torcida*!
¡Dios mío, qué adefesios! Venían en una carreta de las que usan los maleteros para conducir equipajes, sirviendo de tracción un borriquillo, y así venían desde la calle de Santiago, regocijando a los transeuntes.

Figuraban de banderilleros Alfredo Brabo, hijo de mi compadre, y el graciosísimo Domingo Sebastián Felú (a) *el Guantero*.

He aquí la vera efigie del jefe de la cuadrilla, en traje de luces... apagadas.

Nadie se podía tener en pie por la risa que a todos nos acometió.

Sobre un coche ómnibus que había allí, se acomodaron en el pescante las presidentas, que eran la distinguida señora y la bella hija de Taladriz con otra señorita y de-

trás de ellas, sobre el techo del carruaje, varios convidados, entre ellos Collantes, Quirós y Bernal, que no quisieron exponer su cutis *atoreando*.

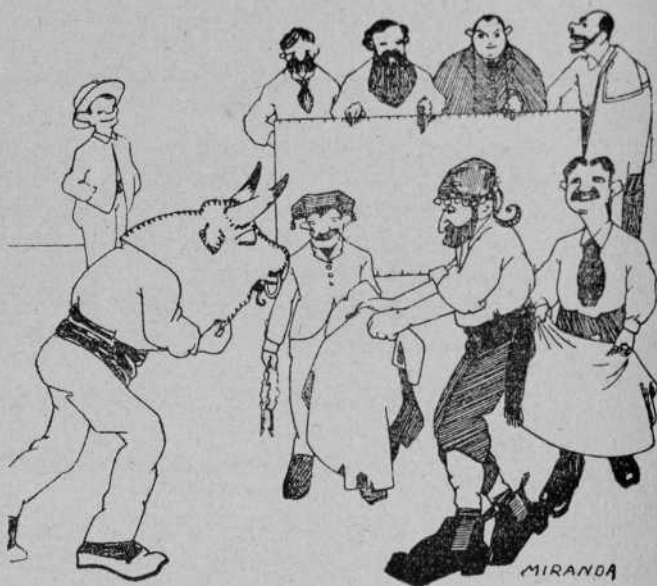
Llegó el momento en que se iba a dar suelta al morlaco, dirigiéndose el vaquero a la puerta del toril para abrirla.

¡Gran expectación!

Yo, estratégicamente, me acerqué a la puerta de la casa del cachicán para meterme en ella en cuanto viera salir al bicho. ¡No que no!

Con que se dió la señal dada por Bernal, poniéndose el puño en la boca a modo de trompeta y gritando: ¡*tarari!*

Se abrió la puerta de las emociones... ¡y ahí va la fiera! Explosión general de carcajadas.



Era un gañán de la finca
que salió a hacer de becerro
con un cesto en la cabeza
adornado con dos cuernos!

Para llegar a este efecto sorprendente, Taladriz había hecho que asistiera un vaquero de Portillo, al que aleccionó para que desempeñara bien su papel, como lo hizo. Había hecho también Taladriz que le llevaran del Matadero una piel de toro, que es lo que veíamos nosotros, admirablemente colocada, por el ojo de la cerradura; había obtenido de la cercana plaza de toros que le llevaran caballos con monturas de picador, banderillas, muletas, estoques, capotes y hasta un botijo con agua y una toalla.

Se conoce que dijo Angel: Las cosas hacerlas bien o no hacerlas.

Terminada la corrida, siendo yo el matador por cesión de mi compadre, después de rogárselo mucho y luciéndome extraordinariamente por el volapié mazzantinesco que dí al toro bípedo, pasamos todos los varones a la hermosísima bodega abovedada, donde rodeados de cubas, nos sirvieron una sabrosísima cena que duró hasta las dos de la madrugada.

Se derrochó la gracia, se derrochó el buen humor y se derrochó el clarete.

¡Qué cuentos los de Angel!
¡Qué chistes a granel!
¡Qué gran *Boca Torcida!*
¡Y qué vinillo aquél!

MI INDULTO

En el mes de enero de 1889, con motivo del santo del Rey, el Gobierno que presidía don Práxedes Mateo

Sagasta dió un decreto de indulto general por delitos de Prensa, y volví del infierno, dejando allí muchas simpatías entre los demonios y las demonias, porque influí bastante en la política de evolución y conseguí que se introdujeran en el Reino de Satanás grandes reformas democráticas.

Para mi inclusión en el decreto de indulto, no dejó de haber dificultades. El Gobierno me había dejado fuera de él prestando atención a las influencias hostiles de los que alegaban que mi causa había sido incoada a instancia de parte; pero a última hora, cuando se iba a mandar el decreto a la *Gaceta*, se presentaron espontáneamente al ministro de Gracia y Justicia don José Canalejas, los diputados periodistas, movidos por el insigne don José Perojo, interesándose vivamente en mi favor.

Don José Canalejas, con cuatro palabras que interlineó en el decreto, me incluyó en el indulto.

Decía éste: excepto por causas incoadas a instancia de parte. Así era la mía; a instancia del Obispo de la diócesis.

Y Canalejas escribió entre líneas las cuatro palabras que subrayo.

«...excepto las causas incoadas a instancia de parte, por injurias a particulares.»

Felipe Ducazcal fué el primero que me lo comunicó, a las dos de la mañana, y en la duda de si sería preciso estar cumpliendo condena, ingresé inmediatamente en el Hotel de *doña* María Egipciaca (vulgo cárcel).

Ya de día, recibí un telegrama de Muro, diciéndome:

«Indultado, aunque no estés cumpliendo condena».

Cuando los neos supieron que yo había ingresado en la cárcel, como estaban convencidos, por referencias de Madrid, de que el Gobierno no me había incluido en el in-

dulto, se alborozaron mucho y decían:—¡Se ha metido en la boca del lobo! ¡Qué candidez!

Pero al llegar la *Gaceta* y ver cómo estaba redactado el decreto, tuvieron que decir desconsolados:—¡Los cándidos hemos sido nosotros!

¿En qué cabeza les cabía que yo iba a meterme en la cárcel sin estar previamente seguro de que estaba indultado?

Como les dije al siguiente día en *La Voz*:

¡Aunque parezca tonto así de pronto,
el hijo de mi madre no es tan tonto!

Mi salida de la cárcel, al tercer día de ingresar en ella y anunciada por *La Voz*, fijando la hora de las tres de la tarde, fué un acontecimiento extraordinario.

Desde la puerta del *hotel*, toda la Cuesta del Hospital y plaza de Becedo, hasta mi domicilio, que era en la misma casa de la redacción, frente a la iglesia de San Francisco, me esperaba muchísima gente, dominando el mujerío, pues hasta las costureras habían retrasado la entrada en sus respectivos talleres, con la insana curiosidad de ver «el rabo que me había salido en el Infierno», según decía yo en las *Cartas*.

Hubo cohetes en abundancia, serenata, baile y otra porción de manifestaciones de regocijo popular.

Yo, que había engordado mucho en el infierno con la buena vida que me daba, así que me ví en Santander, libre de las persecuciones de la Justicia, pasé unos cuantos días luciendo por esas calles mis hechuras y acreditando mi toreril estilo de llevar la capa *presumiendo*, como se puede ver en la siguiente caricatura, que apareció en una revista ilustrada de Valladolid, titulada *Casti/la*.



OTRA ANÉCDOTA

Don Práxedes Mateo Sagasta, en uno de los periodos en que no estaba de turno en el poder, vino a Santander a visitar a sus amigos antes de dirigirse a Ontaneda a hacer uso de aquellas aguas sulfurosas por prescripción facultativa.

El marqués de Hazas celebró en su honor una *garden-parti*—una fiesta de jardín debiéramos decir los españoles—y nos invitó a los periodistas a un almuerzo que se sirvió a las doce de la mañana en una preciosa glorieta de aquella pintoresca posesión.

Nos obsequió el marqués espléndidamente, resultando un almuerzo inolvidable por los chistes buenos y malos que allí se dispararon y por la amable compañía de algunos compañeros de Madrid, entre los cuales recuerdo al ilustre Soldevilla.

Quando se acercaba la hora de que empezaran a llegar los invitados a la vespertina fiesta de jardín, notando que estábamos casi todos alegres, por culpa de los exquisitos vinos, licores y champán que se sirvieron, nos dijo el marqués:

—Ahora van ustedes por ahí fuera a dar un paseíto y luego, cuando hayan venido don Práxedes, Maura y los invitados, vuelven ustedes, ¿eh?

Oír esto y prorrumpir todos en un grito de protesta, fué instantáneo.

—¿Y quién es usted—le dije yo—para echarnos de aquí? El que se va a marchar en seguidita es usted. Nosotros recibiremos a don Práxedes y a todos los invitados.

—¡Sí, sí, fuera, fuera!—exclamaron todos mis compañeros.

—Bueno, hombre, bueno; todo se puede conciliar—dijo el marqués—. ¿Quieren ustedes estacionarse en una glorieta que hay allí, en aquel ángulo del jardín y pondré a disposición de ustedes un camarero para que pidan todo lo que quieran?

—¡Sí, sí, aceptado! Vámonos a la rinconera—dijo Telesforo.

Allí estuvimos fumando puros y consumiendo, no consumando como dicen ahora los cursis, café, cerveza y

otros líquidos, hasta que se nos presentó don Federico Hazas, hermano del marqués, a decirnos:

—El señor Sagasta acaba de llegar. Dice mi hermano que pueden ustedes pasar a saludarle.

Como Eusebio Sierra y yo éramos republicanos exhortamos a los demás periodistas a que no fuéramos nosotros a saludar a don Práxedes, sino que don Federico Hazas le manifestara que tendríamos mucho gusto en recibir su visita allí, en nuestro departamento.

¿Qué habíamos de creer nosotros que aquella bromística invitación fuera transmitida a Sagasta y que éste la aceptase?

Pues le fué transmitida y la aceptó.

Se nos presentó seguido de Maura, del marqués de Hazas y de otros importantes correligionarios suyos a saludar a los periodistas.

Fué un momento verdaderamente emocionante, pero con ribetes cómicos.

Telesforo Martínez le soltó un discurso que le hizo reír.

Yo le di gracias, extensivas a don José Canalejas, por haberme sacado del infierno.

Eusebio Sierra le interpeló también humorísticamente.

Don Práxedes nos expresó con mucha afabilidad su complacencia, aceptando una copa que le ofreció Telesforo.

Ahora recuerdo que me aproximé a un grupo en el que se encontraba don Antonio Maura, joven aún, con el pelo y la barba negros, y dije en alta voz:

—¿No hay alguno entre ustedes que me haga el obsequio de presentarme al señor Maura?

Y contestó éste con extremada benevolencia:

—Usted no necesita que le presenten. Leo todas las mañanas la «Pacotilla» y no es usted un desconocido para mí.

Me alargó la mano, se la estreché afectuosamente y nada más.

Después combatí a Maura
por su política
en odas, en romances
y en seguidillas,
mas desde aquella fecha
me ha sido siempre
muy simpático, mucho
personalmente.
De don Antonio
por su vasto talento
soy muy devoto.

* * *

Pues bien; sucedió que al día siguiente de la *garden-party* salía don Práxedes Mateo Sagasta para Renedo en el tren correo. Mi amigo de la infancia, Gumersindo Azcárate, había salido en el mixto para esperar el tren correo en las Caldas, porque no quería ir con el jefe de los fusionistas hasta Renedo.

Yo le invité a Telesforo Martínez a que me acompañase a las Caldas a despedir a Gumersindo y accedió.

Nos metimos en un coche anterior al que ocupaba don Práxedes. Al llegar a Renedo esperaban a su jefe muchos correligionarios suyos que con los que le acompañaban en el viaje llenaban el andén. Telesforo y yo nos apeamos, quedándonos junto al coche. Cuando en medio de una gran ovación pasaba por delante de nosotros, don Práxedes nos conoció, se acercó y nos dijo, creyendo que habíamos ido acompañándole:

—¿Vienen ustedes también a Ontaneda?

—No, señor—dijo Telesforo—. Vamos a las Caldas a ver una mina que tenemos allí.

—¡Hombre! ¿Una mina? Será de hierro.

—No, señor; de jamón con tomate. Con que si quiere usted acompañarnos...

—No, muchas gracias, y que aproveche el mineral.

Yo le eché un discurso concebido en los siguientes términos:

—Don Práxedes; yo soy republicano, pero como hoy por hoy no me es dable traer la República ¡arriba usted y abajo Cánovas!

Me abrazó Sagasta y me aplaudieron sus amigos exclamando:—¡Eso es ser liberal, eso!

A lo cual añadí yo por lo bajo
en son de chirigota:

—¡Esto es ser liberal y lo demás
bacalao en compota!

* * *

En los dieciocho años de redactor de *La Voz Montañesa* me identifiqué de tal modo con el carácter, costumbres y vida de los santanderinos, que, sin olvidar a León y a Valladolid, donde dejé tantas afecciones y simpatías, amé y amo a Santander como si aquí hubiera nacido.

Carta de naturaleza me dieron los jóvenes de aquella época, llamándose a sus reuniones, a sus festivales y a sus cuchipandas.

La carnavalesca sociedad *El Cencerro*, a la que yo pertenecía en calidad de coplero, en colaboración con los compositores musicales Elviro y Enguita, tenía su domicilio social en una especie de cripta del establecimiento de Regatillo.

Hubo ocasiones en que allí mismo, en una hora, escribía yo una copla, la ponía en música Elviro y se la daba el primer ensayo.

¡Oh, qué tiempos aquellos!

¡Qué juventud tan alegre, tan expansiva, tan generosa y tan liberal!

* * *

En la redacción, simultaneaban los disgustos, los sinsabores y las amarguras con los éxitos, las satisfacciones y las alegrías.

Pasábamos horas felices con nuestros asiduos visitantes Perico Mazón, Juan Martínez Sansano, José Suárez Quirós, Restituto Collantes, Esteban Polidura, Máximo Bolado, el procurador Bernal, especialidad en cuentos, y otros amigos.

Sería cuento de nunca acabar referir anécdotas íntimas de la redacción.

Por ejemplo: el genial Vicente García se retrasaba una noche. Don Antonio Coll le preparaba una reprimenda; pero llegaba Vicente, se asomaba a la puerta del despacho de don Antonio, y le desarmaba diciéndole:

—¡Don Antonio, tenemos tres puñaladas! ¡Don Antonio, tenemos un cadáver! O ¡Don Antonio, traigo una de bofetadas que Dios tiritita!

A Francisco Iribarren, que había tomado el oficio de noticiero con entusiasmo loco, pero que era de pocos alcances, con lo cual no creo ofender su memoria, muy digna de respeto por sus excelentes condiciones morales, le referí las travesuras de Stanley para sorprender secretos diplomáticos, cuando ejercía el reporterismo; ¿y qué dirán ustedes que hizo Iribarren para imitar al célebre periodista inglés?

Pues una noche, sabiendo que iba a haber en el Go-

bierno civil una reunión secreta de carácter político, se introdujo sigilosamente dos horas antes en el despacho del Gobernador, aprovechando la ocasión de que no había nadie y se metió debajo de un diván, desde cuyo escondite oyó todo cuanto se dijo en la reunión aquella, dándose maña para salir sin que le viera nadie.

Al día siguiente salió la información en *La Voz Montañesa* y se quedaron estupefactos el Gobernador y los concurrentes a la reunión aquella.

En cambio, una noche, sentado frente a mí en la misma mesa, ampliando un telegrama, noté en él un gran desasosiego y le pregunté:

—¿Qué le pasa a usted, Iribarren?

—Que don Antonio quiere que se hinchen los telegramas y no sé cómo hinchar este.

—A ver qué dice.

—«Erupción del Vesubio».

—Hombre, pues que está el Vesubio en erupción.

—Con eso no se amplía nada. Se necesitaba saber por lo menos si la erupción era de viruela, de sarampión o de qué.

Me puse malo de tanto reír.

No se me olvida tampoco una tarde que entró Coll muy enfadado y le dijo a Castrovido:

—Hoy me ha dado usted un disgusto.

—¿Por qué?

—Por el artículo de usted que ha salido hoy en el periódico.

—¿Pues qué tiene?

—Tendencias socialistas.

Y Castrovido, que estaba de pie, apoyado en su muleta, le contestó dando golpes en la mesa con el bastón:

—¡Calle usted, antiguo! ¡Es usted más antiguo que las lentejas!

Todos, incluso Coll, soltamos el trapo a reir, y así terminó el incidente.

De estas anécdotas podía referir miles, pero para muestra bastan esos botones.

* * *

Con las *pacotillas* que yo escribí diariamente, porque entonces eran a diario, en *La Voz Montañesa*, había para hacer treinta o cuarenta grandes volúmenes y añadiendo las de *El Cantábrico* ¡calculen ustedes!

Una de las que fueron más celebradas y que cuando llegó a Madrid, todos los corresponsales la transmitieron por telégrafo a provincias, fué la que voy a copiar, precedida de algunas explicaciones.

El almirante Pavía era ministro de Marina, y estando en Comillas los reyes don Alfonso XII y doña María Cristina, hicieron una excursión por mar desde Suances hasta una playa próxima a Santillana, yendo en un carro el general Pavía, por tierra.

Y yo dediqué la siguiente *pacotilla* al asunto:

«De Suances a Santillana,
teniendo a la mar medrana,
porque el cielo estaba gris,
fué Pavía una mañana
en un carro del país.

La fama con su trompeta
lo ha divulgado indiscreta.....
¡Ay qué cosa tan divina!
¡El ministro de Marina
a bordo de una carreta!

Un hombre de tales bríos,
que prefiere ir por los barros

a ir por los mares bravíos,
 ¡qué ha de aumentar los navíos!
 ¡Nos aumentará los carros!

¡Hasta caricaturas con este asunto hicieron los semanarios satíricos!

* * *

Otra ocasión tentadora se me presentó para que yo volviera a Madrid, pero esta vez se impuso el buen sentido a la loca de la casa.

Se publicaba en Madrid un periódico—no recuerdo ahora su título—costeado por doña Isabel II, que residía en su palacio de París, y el secretario particular de la ex reina, apellidado Puente, escribió a su amigo de Santander el doctor don Ramón Vega, para que en nombre de aquella excelsa señora me ofreciera la plaza de redactor festivo de aquel periódico, con un sueldo verdaderamente tentador.

Como yo había sentado ya la cabeza, rechacé el ofrecimiento.

Tuve más tarde precisión de comprobarlo en una polémica, y aquel caballeroso doctor Vega lo confirmó en una carta que espontáneamente me dirigió autorizándome a publicarla, como lo hice, en *La Voz*.

No recuerdo con quién fué la polémica, porque las tuve gordas, algunas de ellas con eminencias de la pluma como el gran Antonio Valbuena (Miguel Escalada), Ramón Chies, del que fuí después muy cordial amigo, y otros insignes periodistas de Santander y de Madrid.

Ellos con largos artículos
 de acre y virulenta *clás*,
 y yo con mis chirigotas
 ¡a ver quién podía más!

¡Yo creía que yo, y ellos creían que ellos!
¡Vaya usted a saber!

* * *

¡Lo que yo me divertía en los bailes de máscaras que daba Sobarzo en el teatro Principal!

¡Y lo que se divertían las máscaras conmigo!

Una de ellas me esperó, sola, una noche, hasta que yo llegué. En cuanto me vió, se me cogió al brazo diciéndome que estaba loca por mí y no se separaría de mi lado en toda la noche.

—Pues te vas a divertir, porque no bailo.

—No he venido para bailar, sino para quererte, para que me quieras y para estar contigo.

Toda la noche me trajo del salón al ambigú y del ambigú al salón.

Ya por la mañana, poco antes de terminar el baile, la insté tanto para que me dijese quién era, que al fin me dijo:

—¿Ves aquel que está allí en medio del salón con Fulano y Zutano y que tiene en la mano un abanico?

—Sí; es un amigo mío: Fulanito de Tal.

—Bueno, pues acércate y pregúntale quién soy, y que yo le autorizo para que te lo diga.

En efecto, me acerco y le pregunto:

—¿Conoces aquella máscara?

—Sí.

—Pues me dice que te autoriza para que me digas quién es.

Mira mi amigo a la máscara; ésta le hace una señal de asentimiento, y él me dice muy serio:

—Bueno, me autoriza a decírtelo. ¿Quieres saber quién es?

—Sí.

—¡Mi madre!

—¡Su madre!—exclamé yo en el tono con que lo dicen los chulos de Madrid.

Y me quedé con la boca más abierta que el buzón de la Casa de Correos, mientras ella celebraba la broma, de que me había hecho objeto, con estrepitosas carcajadas.

Era una señora muy distinguida y muy bella, esposa de un entrañable amigo mío, con el que había estado yo cenando antes de ir al baile al que fuimos juntos.

¡Como que el traidor estaba de acuerdo con su cónyuge para darme tan ingeniosísima broma!

Cuento esta aventura
para que los jóvenes
que hoy van a los bailes
en pos de emociones,
sepan cómo eran
de gracia, de porte
y de ingenio, las
máscaras de entonces!

* * *

Todo el tiempo de *La Voz Montañesa* fué de lucha, pero de lucha incesante, continua, sin tregua, de la cual surgieron amenazas, anónimos.

«pendencias y desafíos»,

como dice *Don Juan Tenorio*.

Hasta el famoso Alcalde don Lino de Villa Ceballos, que se otorgó a sí mismo el título nobiliario de *Varón de Veras* me mandó los padrinos, a pesar de que éramos muy amigos, en una ocasión en que se creyó ofendido en una *pacotilla*. Me concedió la elección de armas y yo le propuse que nos batiéramos a sable, no aceptándolo él

por miedo de que yo le diera un *sablazo* en el bolsillo. Así terminó, con chirigotas, aquel lance y continuamos siendo amigos don Lino y yo.

* * *

Podía formar varios tomos con las *pacotillas* que dediqué a las costureras, las sesiones del Congreso costurero en la Albericia, a las que yo sólo tenía acceso en clase de cronista del gremio, presidido por *Nicanora*, y mi actuación en los bailes de máscaras como presidente del Jurado para otorgar premios a la más guapa, a la mejor disfrazada y a la de mayor desnivel corpóreo.

De tanta realidad conseguí revestir aquellas reseñas de las sesiones, que no faltó persona formal e ilustrada que buscó la recomendación de Coll para que yo le facilitara el medio de asistir de incógnito a alguna de aquellas reuniones, creadas por mi fantasía *pacotillesca*.

Como también hubo quien pretendió que yo le presentara al *tío Calores*. Para todo hay gente.

* * *

Pero qué. ¿Voy a historiar todos los sucesos de aquel largo período de tiempo, incluso el de la espantosa catástrofe del *Machichaco*, ocurrida el 3 de noviembre de 1893? De aquella me salvé, gracias a Dios, frase que me es habitual, porque a mí siempre me fué odioso el ateísmo. Yo creo que Dios en aquella ocasión inspiró a un amigo mío, Pablo Platón, director del ferrocarril del túnel, la idea de invitarme a que le acompañara al Sardinero, donde tenía que dar una orden; y yo a mi vez invité al abogado Alejandro Mediavilla, que estaba a nuestro lado en el muelle de la catástrofe. Esta ocurrió a los pocos minutos de llegar los tres al Sardinero.

¡Qué tarde tan trágica!
 ¡Qué noche tan lúgubre!
 ¡Ante aquel recuerdo
 se pone uno fúnebre!

No, no es cosa de que yo me meta ahora a historiad-
 dor de sucesos locales.

Cambiamos el disco.

* * *

Corría el año de 1895, cuando un incidente periodis-
 tico, que motivó un viaje mío a Sevilla, produjo una di-
 sensión entre don Antonio Coll y el autobiografiado. Con
 este motivo me despedí definitivamente de aquel popula-
 rísimo periódico.

En aquel mismo año, con don Buenaventura y don
 Manuel Rodríguez Parets, a los que se agregó, al llegar
 de Cienfuegos, don Mauricio Rodríguez Lasso de la Vega,
 fundé el periódico *El Cantábrico*, con carácter de inde-
 pendiente, figurando yo como director del mismo hasta
 la fecha.

Aunque sigo y seguiré, hasta que Dios quiera, *paco-
 tilleando*, ya el carácter de director me obligó a ser más
 formal y a morigerar mi vida de fiera independencia y de
 indómita rebeldía.

Como esta parte de mi historia pertenece a los últi-
 mos veinte años y más es del periódico que mía personal,
 la suprimo.

* * *

Ahora no puedo resistir a la tentación de referir una
 anécdota ocurrida en la plaza de toros de Madrid, por
 figurar en ella el maestro de maestros periodistas: el ilus-
 tre Mariano de Cavia, amigo mío desde hacía unos cuan-
 tos años.

Había yo ido a Madrid, ya director de *El Cantábrico*, en viaje de recreo, y hallábame un domingo por la mañana en el establecimiento del popular Perico Niembro, con el que me unía estrecha amistad, cuando se presentó otro amigo mío: el caballero en plaza Isidro Granés, que estaba anunciado como rejoneador en la corrida de aquella tarde.

—¿Va usted a los toros?—me interrogó.

—¡Vaya una pregunta!—le contesté—; ya tengo aquí el billete.

—¿Qué tendido es?

—El número tal. (No lo recuerdo). ¡Qué lejos estaba yo de adivinar para qué me preguntaba el número del tendido!

Fuí a la plaza temprano y el acomodador me colocó en mi asiento, que era en la quinta fila.

Poco después ví entrar a Mariano de Cavia, que tenía su localidad tres filas más abajo que la mía y un poco a la derecha, y nos saludamos afectuosamente.

Conviene saber para mayor efecto del chiste, que yo llevaba un sombrero algo raro de copete y de alas y un traje de americana color de chocolate espeso.

Terminada que fué la lidia de los dos toros rejoneados, oí a Granés que desde el callejón de la barrera gritaba:

—¡Mariano! ¿Está por ahí Pepe Estrañi?

—Sí, aquí está, más arriba.

—Pues haz el favor de que llegue a sus manos esto.

Y *esto*, era un rejón que Cavia hizo llegar hasta mí por medio de los espectadores intermediarios entre nosotros.

Cuando yo me ví con aquel rejón tan largo en la mano, exclamé:

—¿Y a dónde voy yo con esto?

A lo cual me contestó Cavia desde abajo:



—Puedes ir adonde quieras. ¡Di que eres San Isidro Labrador!

¡La vértiga de carcajadas!

Hizo la mar de gracia el chistecico
¿Se acordará de esto Marianico?

*
* *
*

Concluamos.

No como concluía en la primera edición, sino ahora al final de la segunda.

En la actualidad cuento la temprana edad de 79 primaveras. ¡Casi ochenta!

Llevo en el ejercicio de mi profesión de periodista 59

años; de ellos, 17 alternando con la de tenedor de libros y el resto de periodista sólo, sin mezcla de algodón ni de nada.

¿Tendré yo ganas de descansar y de pasar los últimos días de mi vejez tranquilamente y sin los disgustos, sinsabores y desengaños de todo linaje que proporciona el oficio a los que honradamente lo profesamos?

Pues no puedo cortarme la coleta, porque hay un inconveniente que me lo impide.

Y es que todos mis ahorros los tengo en un Banco insolvente.

En el Banco..... de la paciencia.

Santander, 1.º de abril de 1919.

A continuación y precedida de mi retrato de cuando yo era revistero de toros, publico la revista de la corrida inaugural de la plaza de toros construída por don Antonio Fernández Gallostra.

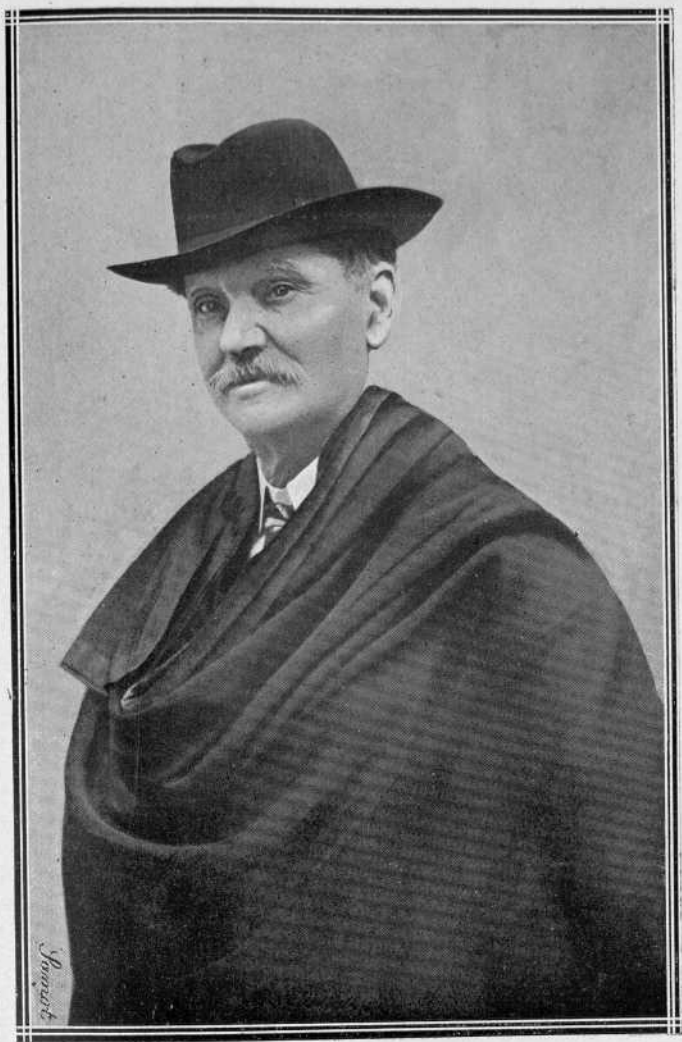
Lo hago así, en primer lugar porque esa inauguración marca una fecha memorable santanderina, y en segundo lugar como muestra de las numerosas revistas de toros que yo escribí en aquella época.

Perdón si abuso de la bondad de mis lectores.

Yo soy así.

ESTRAÑA.





Mi tipo juncal en el invierno de 1890, el mismo año que se inauguró la Plaza de toros de Cuatro Caminos, en la tarde del 25 de julio.
¡Ole los hombres!



INAUGURACIÓN

de la plaza de toros nueva.

Invocación.

¡Oh ilustres manes del sin par Romero,
de Montes, lidiador semi-divino,
del bravo Chiclanero,
de Julián Casas (el Salamanquino),
del maestro Costillares,
que inventó el volapié, que el arte agranda,
y de aquel que murió con alamares
víctima de un buró de Peñaranda!

¡Oh manes venerandos de los Cholas,
manes de los Hormigos y los Charpas,
que inspirasteis amor a las manolas
al picar en las plazas españolas
bravos berrendos sobre ruines *arpas!*

¡Oh vosotros también, los aún vivientes
lidiadores valientes,
Lagartijo, Frascuelo, Cayetano,
Sánchez (el Tato), inválido en Sevilla,
el Gordito, que ya es un veterano,
el Guerra, Mazzantini, Taravilla,
Pastor, Cara Ancha, el Gallo, el Espartero
y el inmortal e ilustre Buñolero!

Prestadme todos en el día este
robusta inspiración para que cante

con voz que mi entusiasmo manifieste
y domine el rugido del Atlante,
el sin igual suceso
que ayer esta ciudad ha presenciado
de júbilo febril perdiendo el seso
con motivo fundado.

Dadme el numen taurino
para cantar en versos inmortales,
aunque sea con voz de partiquino
de esas de a doce reales,
el acontecimiento más saliente
de la época presente,
que es la inauguración, estreno o prueba
de una plaza de toros toda nueva.

Como a mis muchas preces reiteradas
accedereis sin negativa astuta,
las gracias recibid anticipadas
de mi persona y de la *tía Canuta!*

LA PLAZA

¡Viva Gallostra! ¡Viva don Antonio,
el tocayo de Cánovas Augusto,
que, dando testimonio
de ser hombre de gusto,
acaba de erigir, ¡sublime ejemplo!,
un majestuoso templo
a la ciencia inmortal corniveleta
de Cúchares, Domínguez y Cacheta!

Ayer quedó este templo consagrado
por Cara y Mazzantini (celebrantes),
ante un público muy entusiasmado
de indígenas y seres trashumantes
que, con devoción pía,
vinieron en piadosa romería

por la atracción de tan solemne fiesta
con gran pompa dispuesta
para que digna fuera, cual lo ha sido,
del culto Santander, donde han nacido
el héroe del glorioso *Dos de Mayo*
y Alsedo Bustamante
y Menéndez Pelayo
y el ilustre Pereda, gran torero,
y Matías, el sabio paraguero!

Vamos, que estaba el circo archiprecioso,
rebosando alegría,
resplandeciente, hermoso,
como un joyel de rica pedrería
sobre una trenza de color castaño,
salvo sea el tamaño;
y aumentaba sus múltiples primores,
reflejo fiel de las costumbres moras
que nos describen los historiadores,
aquella colección de espectadoras
que en palcos, andanadas y tendidos
quitaban los sentidos
luciendo todo el traje
a favor del calado balconaje
y la española clásica mantilla,
que ya se sabe que es mi pesadilla.

Pero no hablemos más que de la plaza,
de esa plaza tan amplia, tan risueña,
tan propia de esta raza
que con mujeres y con toros sueña,
y en alabarla insisto
porque desde el comienzo yo la he visto
crecer de día en día
y casi me parece cosa mía,
como si yo la hubiera amamantado

o la hubiera pagado;
 así es que apostar puedo una cosecha
 a que Gallostra no la trajo hecha,
 ¡porque tal vez alguno habrá creído
 que de París o Londres la ha traído!

No, señor; de esa plaza toda entera
 se debe la estructura
 al docto profesor de arquitectura
 don Alfredo Escalera,
 y a Fernández Gallostra y a Pesquera
 y a Pache y hasta yo, ¡voto a un novillo!,
 juraría que he puesto algún ladrillo!

Gloria, pues, y laureles y loores
 para estos cinco ilustres constructores
 que han dado a luz esa obra tan galana,
 esa labor de pura filigrana
 ese grande portento,
 esa.

. . . —Oíga osté, me dice la gitana
 en este mismo histórico momento.
 ¿Se piensa osté pasar una semana
 jechando flores a ese *menumento*?
 —¡Canuta, no es usté poco impaciente!
 —Es que se ma acabao el aguardiente.
 —Vaya, pues a los bombos pondré punto.
 —¡Sí, señor, sí; pacemoz a otro azunto!

EN LA BARRERA

No fué abrazo el que nos dimos
 la *señá* Canuta y yo
 cuando ayer por la mañana
 nos vimos en la estación.

—¡Tía Canuta!

—¡Zeñó Pepe!

—¡Un abrazo!

—¡Vayan dos!

—¿Y el tío Calores?

—Mú viejo;

no pué ya con er carsón.

—¿Pero no trabaja?

—¡Quiá!

lo mismo que Sarvaor
(Frascuero) se la ha cortao,
ér también se la cortó!

—Y usté a mí ¿cómo me encuentra?

—Mú apagao de color,
bastante feo y sin fichas
la caja der dominó.

—¡Ay, sí señora, es verdad!

—¿Se va osté a poner yorón?

—No por cierto. ¿Con que vamos
a la fonda?

—¡Vamonoz!

La llevé a la plaza Vieja
donde instalada quedó
y por la tarde a las tres
fuí a buscarla en un camión.

*
* *

A las cuatro de la tarde
íbamos *Canuta* y *yo*
en la carreta, con cuatro
bueyes a la gran Dumont
entre infinitos carruajes,
berlinas, cestas, landós,
rippers, tartanas, tranvías

y todo cuanto creó
la inteligencia del hombre
para la locomoción.
Era un magnífico cuadro
de vigoroso color
el que ofrecían los coches
con su carrera veloz
y la inmensa multitud
que, resguardada del sol,
marchaba por la Alameda
en la misma dirección.
La *tía Canuta* gritaba
con su aguardentosa voz:
—¡Ole el vértigo! ¡A los toroz!
¡Viva la gente de humor!
¡Esto es la chipén! ¡De buten!
¡Canela y churramandó!

Conque llegamos al circo
y tomamos posesión
de treinta y tres talanqueras,
salvo involuntario error;
es decir, para mí una
y para ella treinta y dos!

*
* *

Hermosa estaba la plaza,
magnífica, superior
con aquel gran mujerío,
que daba la desazón
y la multitud compacta
que llenaba sombra y sol
agitándose impaciente
en monstruosa convulsión.
Todo era nuevo, la plaza,

los uniformes de honor
de los monos sabios, las
tocas de las mulas, los
trajes de los alguaciles,
los de la corporación
de agentes municipales,
que hechos parecen *ad hoc*,
y en fin, por ser todo nuevo
en tan solemne función,
hasta el presidente lo era,
pues lo fué el gobernador
que hemos estrenado ahora
cuando Cánovas subió.
Mientras llegaba el momento
de que se alzara el telón
para comenzar la fiesta
saliendo el primer *buro*,
todo el mundo contemplaba
la obra con delectación.
Y no se le ocurrió a nadie
gritar:—¡Que salga el autor!

MINUTOS ANTES

Como todo lo nuevo tiene sus imprevisiones por la falta de experiencia, parece ser que para entrar el público en la plaza hubo grandes dificultades por la angostura de las puertas y por no estar habilitadas todas las del edificio. Se produjo con este motivo la confusión consiguiente y hubo necesidad de que interviniera la guardia civil, hasta que terminó el belén a satisfacción de todos.

Para la corrida de mañana es de suponer que no ocurra lo mismo, porque, según dice el refrán, la experiencia es la segunda madre de Gallostra.

Durante el corto espacio de tiempo que transcurrió desde que ocupamos nuestras treinta y tres talanqueras, hasta que salieron los alguaciles, la *tía Canuta* no hizo más que prorrumpir en exclamaciones de asombro, ante el magnífico aspecto que presentaba el interior de la Basílica.

—Camará, ¿qué es aquello? me preguntó la gitana, señalando al palco de la autoridad, que estaba adornado con ramaje.

—Aquel es el palco de la presidencia, la contesté.

—Pus hijo, cuarziquiera diría que era un altar mayor en día de Corpus. ¿Va a presidir el Obispo u qué?

—No señora; va a presidir el gobernador de la provincia.

—¡Caya! ¡Pus no había visto que han colocao ayá arriba un reló de torre!

—¡Es verdad, tampoco lo había visto yo!

—Mire ozté, don Pepe, ezo está bien.

—¿Por qué?

--Porque asina pué zer preziente cuarziquiera, aunque tenga el reló empeñado!

—¿Y qué falta hace reló, *tía Canuta*, aquí donde se ven tantas barbianas de esas que *dan la hora*?

—¿Dónde están?

—En todas partes, en los palcos, en los tendidos, en las gradas; pero la sal molida y la canela, en el palco número 51.

—¿Lo dise osté compare, por aqueyas dos que visten mantiyas negras con visos de color de yema de huevo?

—Sí, señora.

—No tiene osté mal gusto, camará, pero si me hubía osté visto a mí el año veintitrés, cuando me conosió er *tío Calores* en er Puerto e Santa María y se chalo por mi pre-sona, se quea osté escuchiyifao y derretío der too.

—En efecto, ha debido usted de tener buenos quince, porque todavía está usted de buten.

—¡Guasón!

—Ay, mire ustedé, *tía Canuta*, mire ustedé lo que sale por allí!

—¡Jesús me varga! ¿Qué caricaturaz son esas?

—Los alguaciles que salen a hacer el despejo.

—¿Y dende cuándo gastan los arguasiles sombreros de madamoisela?

—¿Cómo?

—¿No lo está osté viendo, hombre de Dios?

¡Si son dos arguasiles que paesen dos señoritas fugás del hogar paterno!

—Tiene ustedé razón, *tía Canuta*. Hubieran estado mucho mejor vestidos de milicianos nacionales, como los chicos del Hospicio.

—Ea, ya están ahí las cuadriyas. ¡Ole er lujo y la gracia y er contoneo y la finura y las sircunstansias y er tabaco picao!

Con grandes aplausos fué saludada la gente que atravesó el redondel en correcta formación para saludar a la provincia, representada por el gobernador de la *idem*.

Y ocupando cada cual su puesto, con toda la solemnidad que requería el acto, hizo la señal el presidente y empezó la fiesta.

Sanguijuelo

Así se llamaba el primero que rompió plaza.

Era cárdeno, listón, bragao, astillado de los dos pitones, buen mozo y de libras.

Pertenecía, como todos los demás, a la vacada del señor conde de Patilla, con divisa celeste, blanca y encarnada.

Cara-Ancha le paró con cuatro verónicas y una

navarra, llevándose los primeros aplausos de la plaza nueva.

Y también la *tía Canuta* le aplaudió con entusiasmo diciéndole al pasar:—¡Ole los toreros de buen año!

El *Patilla* acometió al Trigo una vez, derribándole; al quite Mazzantini. Después el toro embistió al caballo suelto, echándole a volar.

Cuando la *tía Canuta* vió a Trigo por un lado y al caballo por otro, me dijo:

—Apunte osté ahí que ese toro debe de haber estudiado agricultura.

—¿Por qué?

—¡Porque ha separao ar *Trigo* de la *paja!*

Tres veces arremetió el toro a *Charpita*, cayendo éste en dos.

Badila puso una vara buena, con porrazo mayúsculo, y le improvisó la *tía Canuta* esta copla:

«¡Ole los mosos barbianez
que saben picar en regla,
y cantar música fina
y tocar toas las teclas!»

Soria puso también dos varas y cayó en la primera; al quite don Jose.

El cual recortó al toro, muy ceñido,
por lo que fué aplaudido,
y Mazzantini le rascó el testuz,
laureándole también la *multitud!*

Muy apurado en varas pasó el toro a banderillas, colocándole un par bueno de lujo, y otro de los de andar por casa el señor *Currinche*.

Gorete puso otro par, también de día de fiesta, cuarteando.

Y el público tuvo que avisar al presidente que ya estaba banderilleado el toro.

Conque así que se enteró
el señor *presidentero*,
fué y el pañuelo sacó
con muchísimo salero.

Y don José Campos (*Cara-Ancha*), lujosamente ataviado de verde botella, con gotas de oro, se fué a la cabeza de la res, la pasó varias veces con mucha diplomacia y se arrancó con una estocada que resultó buena y suficiente *de por sí*.

El puntillero acertó al primer golpe.

Cara-Ancha se retiró al estribo, aclamado por el país y saludado por la *tía Canuta* con esta copla:

¡Usté ar pelo se portó!
¡Ar pelo, señó José!
Es desir, ar pelo no,
poique, lo mezmó que yo,
se puede peinar osté
con la tapa de un reló!

Arriero

Era castaño, bragao, bien armado, buen mozo también y de peso.

De *Charpita* tomó dos varas, cayendo en una al descubierta, al quite *Cara*, y quedándose *sin fondos* el *portamonedas*.

Badila puso una vara de castigo, apeándose en seguida porque empezó a hacer aguas el *patache* y se fué a pique.

Más tarde puso otra Pepe echando por delante al toro y recibiendo una ovación.

Trigo picó una vez y perdió la *espiga*.

El bravo *Regaterin*
puso un palo en el morrillo
y otro lo clavó en el suelo
para sondear el piso.
Un par entero Bernardo
dejó algo desigualito
y el primero puso otro
con aplausos merecidos.

Llegó el toro a la muerte conservando todas sus facultades, pero con mala intención.

Mazzantini, vestido de pontifical con traje nuevo color morado y oro, muy bonito, se dirigió a la cabeza del toro, después de pronunciar el correspondiente brindis.

Al primer pase salió el toro de estampía y obligó a saltar al callejón, cayendo alguno de cabeza, a todo el partido fusionista, que estaba celebrando un *meeting* sobre las próximas elecciones.

Luis, pasándole con cuidado porque el toro desparrahaba la vista y se le colaba, logró cuadrarlo y se dejó caer con un pinchazo bien señalado, tirándose con verdad y por derecho.

Lo volvió a pasar y se tiró, por último, a volapié, rozándole el toro con el pitón el muslo izquierdo de puro atracarse y resultando una estocada magnífica.

El *Faro* despenó al toro de un solo *coup*, como se dice en París de Francia.

Aplaudió todo el pueblo entusiasmado
tan lucida faena,
en tanto que era el toro amortajado
sobre la roja arena.

La *tía Canuta* no vió la lidia de este toro porque se había ido a tomar una cántara de aguardiente a la taberna de la esquina.

¡Talegón brigadier!

Talegón se llamaba el tercer toro, negro mulato, pequeño, joven, bragao y con buenas armas.

Saturnino dió el salto de la garrocha con mucha limpieza y recibió una huevación general.

—¡Ole! exclamó la *tía Canuta*. ¡Ni el Beranger te gana a tí a sartar, chiquiyo!

Cara-Ancha se abrió de capote y lanceó a *Talegón* con tres verónicas, dos por encima de la cabeza y una navarra, todo ello de labor fina. (Muchos aplausos.)

De *Charpita* tomó una vara *Talegón*, arrebatando la existencia al *percebe* que montaba.

Tres de Trigo, jugando con el toro *Cara-Ancha* y Mazzantini.

Dos de Soria, que dejó el palo en una, que se cayó en seguida, y perdió el *grillo*.

Saturnino colgó un buen par, entrando bien, al cuarteo, y repitió con otro, que resultó terrestre.

El *Pulga* dejó un par un poquito pasado, pero entrando y saliendo con arte.

Y tocaron a matar
las trompetas del lugar,

llevándose una bronca el presidente porque no se habían puesto más que dos pares.

—¡Señor presidente!—gritó la *tía Canuta*; ¿para eso han subido al poder los conservadores?

Cara-Ancha trasteó a *Talegón* con un poco de coreografía y le soltó dos pinchazos, echándose el bicho y acertando al primer golpe el puntillero.

La *tía Canuta* le dijo a *Cara-Ancha*:

Cálmese usted, don José
que si un juzgao de respeto
me pregunta lo que sé
digo que no ha sío usted
er que mató ar interfeto!

Zopenco

Así se llamaba el cuarto toro.
Que era retinto bragao, ojinegro y corniabierto, dicho
sea con perdón.

Cantares le puso dos varas y marró otra.

Soria tres, corriéndosele la vara en una y cayendo dos
veces; al quite Luis en ambas.

Vargas le hizo dos sangrías y *Charpita* otra, cayendo
sobre una de las puertas frente a los chiqueros, que se
rompió con el peso del caballo.

—¡María Zantísima! dijo la *tía Canuta*; ese caballo debe
de ser el de la estatua der general Espartero.

Y a todo esto, el público tuvo que avisar de nuevo a
Usía que el toro había recibido suficientes varas y que no
podía con más.

La *tía Canuta* gritaba también:

¿En qué piensa ese señor?
¡Esto de la raya pasa!
¡Hombre, jaga osté er favor
de dormí la siesta en casa
que dormirá osté mejor!

Tomás Mazzantini, que llevaba un traje color de mer-
luza romántica y plata, se encontró con un toro que se
defendía y se tapaba y se quedaba y no había medio de
acercarse a él por ningún lado.

—¡Disparáiselas ustés con una bayesta! gritaba la *tía Canuta*.

Al fin, consiguieron Tomás y el *Regaterin* dejar dos o tres palos en el toro y un vagón de ellos en el redondel.

Y Mazzantini (don Luis), toreándolo bien, le soltó un pinchazo en lo duro, otro muy bueno y una estocada regular, descabellando a la tercera vez de intentarlo. (Palmas populares.)

Castañuelo

Aunque se llamaba así, no nos dió la castaña.

Tenía el color de su nombre y era además aldinegro, bien puesto y bragao.

Tomó siete varas con poder, aunque sin mucha codicia, de *Charpita*, *Cantares* y Soria, dando buenos tumbos y despanzurrando tres cámbaros mondadizos.

Cara-Ancha y Manzantini jugaron con *Castañuelo* y le torearon al alimón, poniéndose de rodillas al terminar. Entusiasmo patrio.

Pero, aunque fué la ovación
como no se da en la Granja
a ninguna institución,
el toreo de limón
me pareció de naranja!

Y ahora va lo bueno, lo magnífico, lo majestuoso, lo incomparable, lo que hizo a la *tía Canuta* desgañitarse a fuerza de exclamaciones de entusiasmo.

Cogió Mazzantini las banderillas y se las ofreció con mucha finura a don José; éste cogió otras y correspondió galantemente al obsequio.

¡Y fuera todo el mundo!

Va *Cara-Ancha*, alegre a la res, sale andando, cuadra en la cabeza, y ahí va un par de banderillas de las que

sólo se ponen en días de gran solemnidad, como el de ayer.

Ovación inmensísima.

Pues deje usted, que ahí va Luis, que, citando muy corto, parado y en muy poco terreno, clava, uno detrás de otro, dos pares superiorísimos de frente, que levantan una tempestad de aplausos, de vítores y de aclamaciones.

La *tía Canuta* calificó así los tres pares:

—¡Camará, ezo es una epopeya?

Y el señor Campos *Cara-Ancha*,
que se trae mucho salero,
se fué al palco treinta y cuatro,
donde estaba el arquitecto.

Le brindó con elocuencia
la muerte de *Castañuelo*
y de una buena estocada
dejó al bicho patitieso.

Por lo cual el señor Escalera le regaló una petaquita de plata sobredorada.

—¿Qué le ha regalao a ozté?, le preguntó la *tía Canuta* al señor Campos.

—Una pitiyera, contestó éste.

Y dijo la *tía Canuta*:

—¡Cómo, señor don José!
¡Pitiyeras a su edá?
¡Y la habrá aceptao uzté!
¡Jezú, qué inmoralía!

Los mulilleros iban a sacar un caballo antes que el toro, pero evitó la herejía Tomás Horga, que estuvo muy trabajador toda la tarde, parando a las mulas con un recorte de mucho lucimiento.

Y con gran razón le admiro
haciéndome el pueblo coro,
porque si Luis para un *toro*
Tomás Horga para un *tiro*.

Limonero

Sardo, bragao, careto y bien armado.

Asomó la cabeza por el chiquero y supongo que diría:
—¡Caramba, cuánta gente! Me da vergüenza salir.

Porque se estuvo lo menos un cuarto de hora sin atreverse.

Al fin salió, muy acobardado, y queriéndose volver a casa.

Pero empezó a tomar gusto a la vida pública y sufrió hasta diez y siete puyazos de los picadores, dando grandes tumbos y quitando la vida a tres amayuelas.

Y todavía está tomando varas si el público no avisa al señor Terrer.

¡Claro! Es el sistema administrativo de España.

Querrá el hombre mostrar celo
por sostener lo existente
y no sacaba el pañuelo
sin formar un expediente!

Al fin, gracias a habérselo dado el público dictaminado mandó tocar a banderillas.

Y pusieron al toro cuatro pares Bernardo Hierro y Tomás Mazzantini.

Luis brindó a la señora viuda, de Ceballos, que ocupaba el palco número 62, y previos muy pocos pases se arrancó al volapié con una estocada superior, metiéndose en la cuna materialmente con remuchísima sangre torera.

Los dos matadores fueron sacados del redondel en hombros.

Resumen

Ya queda hecho en la reseña lo que corresponde al ganado y a las cuadrillas.

La empresa merece plácemes porque ha hecho todo lo posible para que la inauguración de la plaza resultara solemne.

El servicio de caballos muy bueno.

Respecto a la presidencia, dicho sea sin ofender, ahí va esa copla de la *tía Canuta*:

 Mi opinión particular
 que es lo que a mí se me arcansa,
 es que debe plantear
 la cuestión de confiansa!

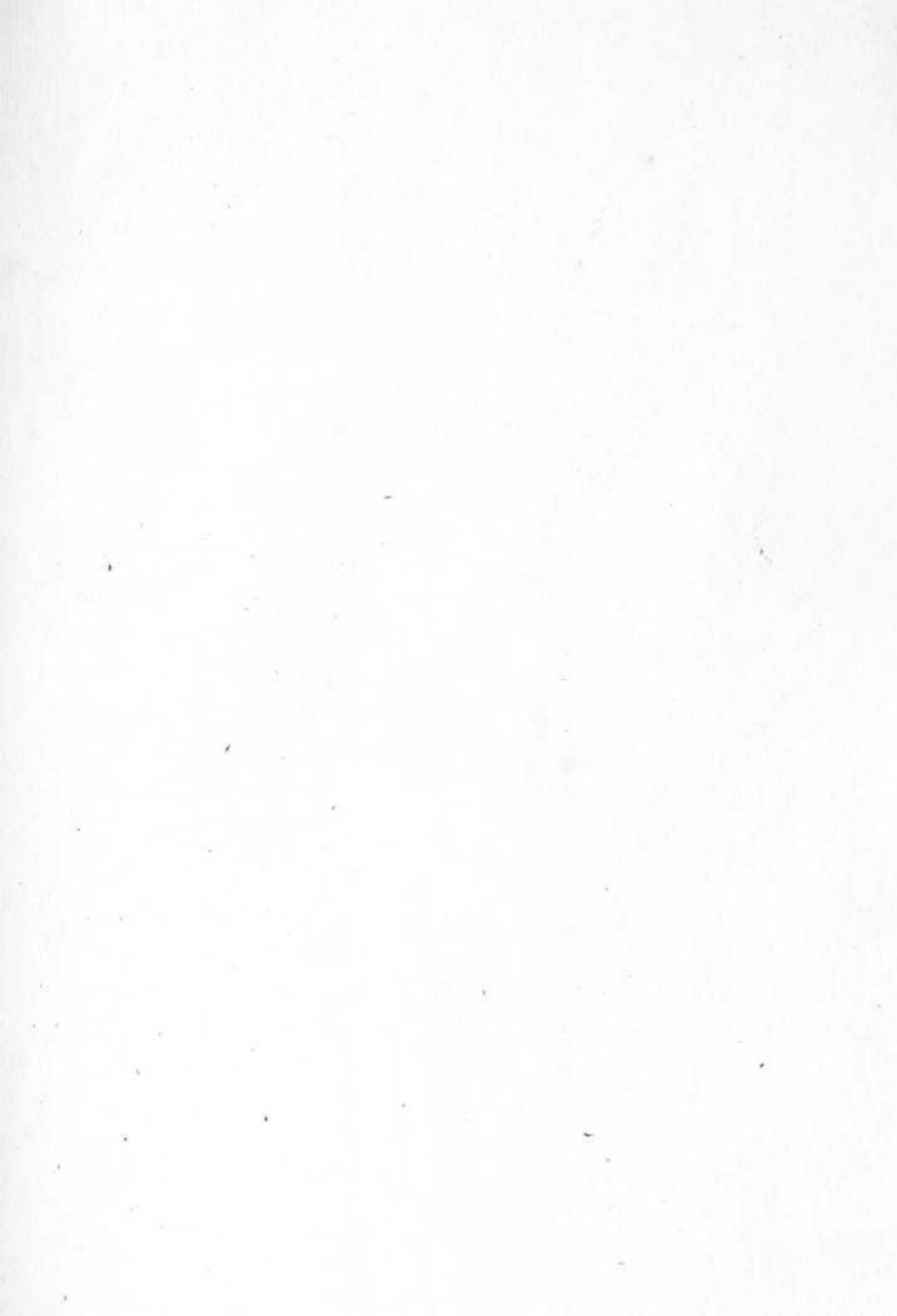
Otra copla de la tía para concluir:

 Con lo que hemos reseñao
 de ordinario y superfino,
 asin quedó consagrao
 er nuevo templo taurino
 y bastante hemos hablao!

PEPE







OBRAS DEL AUTOR

TEATRALES

El rizo de doña Marta. (Comedia en un acto).

Juicio del año 1873. (Revista).

La botica de Mercurio. (Revista).

El retrato del muerto. (Drama en un acto).

A Filadelfia. (Revista).

Los líos de doña Lola.

Carambola por chiripa. (Comedia).

El rábano por las hojas. (Sainete).

Santander por dentro. (Revista).

¡Yo soy así! (Monólogo).

Una cita en el Teatro. (Apropósito).

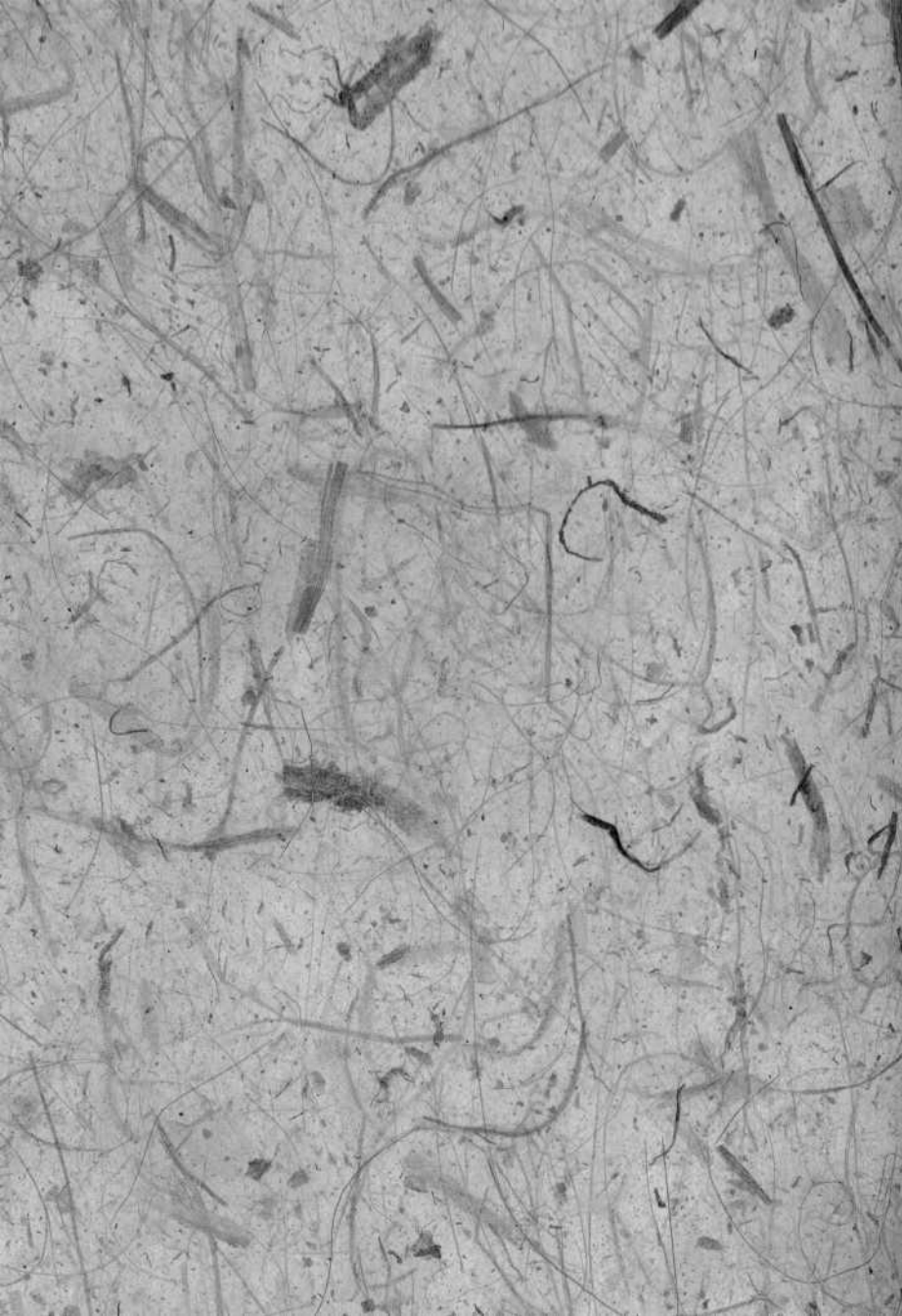
Pepe y Telesforo. (Humorada).

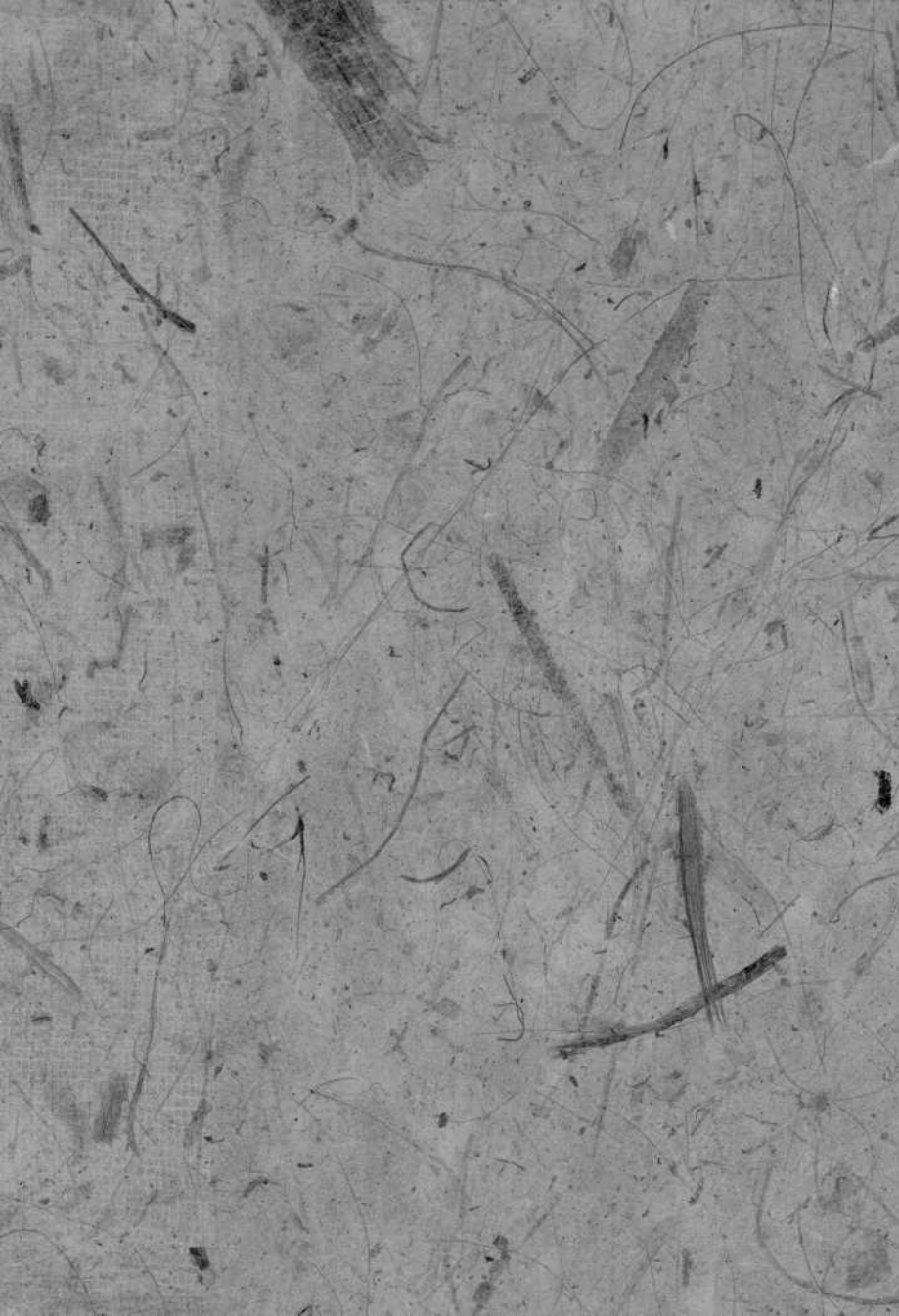
OTRAS OBRAS

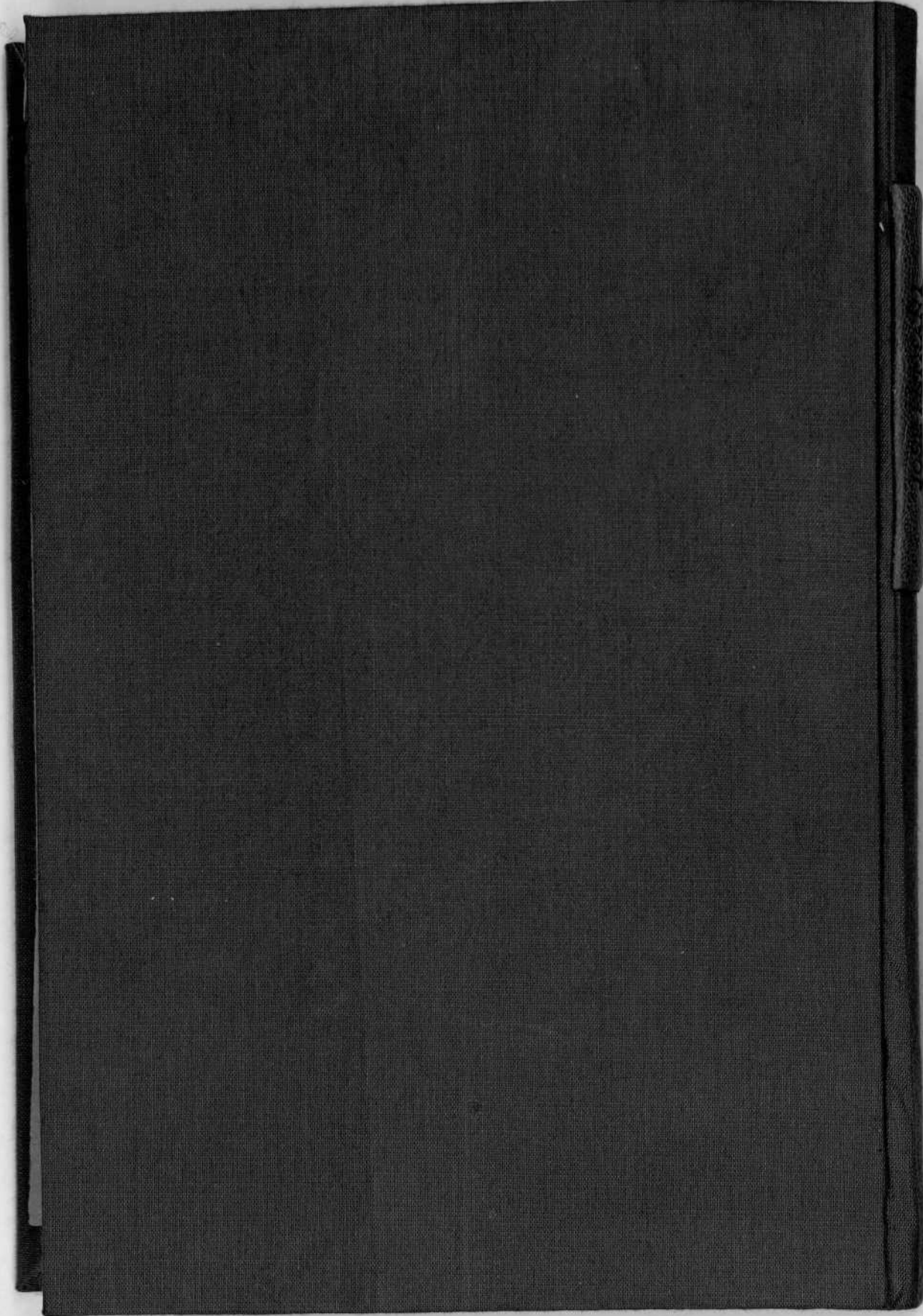
Cartas infernales. (Agotada la edición).

Del Cantábrico al Manzanares. (Viaje en verso).

Colecciones de pacotillas. (Nada más que de los tres primeros años de «La Voz Montañesa»).







JOSE ESTRANI

AUTOBIOGRAFIA